



«UN INQUIETANTE CLÁSICO DE LA LITERATURA AUSTRALIANA», J. M. COETZEE.

# PÁNICO AL AMANECECER

«UNA GRAN HISTORIA, UN VERDADERO CLÁSICO MODERNO», DOUGLAS KENNEDY.

«LA MEJOR Y MÁS ATERRADORA HISTORIA QUE EXISTE SOBRE AUSTRALIA», NICK CAVE.



KENNETH COOK

Lectulandia

John Grant es un joven profesor de un pueblo de la Australia interior. De camino a Sydney, donde debe tomar un avión hacia unas merecidas vacaciones, Grant se detiene en Bundanyabba, una tórrida y polvorienta localidad minera en la que todo el mundo se aburre. Después de dejar la maleta en el hotel, se dirige a tomar una cerveza. Pero Grant no sabe que en realidad se dirige al infierno de su propia destrucción. Lo que tenía que ser una breve estancia se convierte en cinco largas noches que sumergen a Grant en una pesadilla de mala suerte, alcohol y juego que lo arruinarán económica y moralmente.

*Pánico al amanecer* es una novela de suspense psicológico que muestra cómo a veces somos nosotros mismos los arquitectos de nuestros peores males, y cómo incluso en las peores circunstancias siempre persiste una nota de esperanza en la capacidad de resistencia humana.

**Lectulandia**

Kenneth Cook

# **Pánico al amanecer**

ePub r1.0

Titivillus 18.08.2019

Título original: *Wake in Fright*  
Kenneth Cook, 1961  
Traducción: Pedro Donoso

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

1

2

3

4

5

Nota editorial

Sobre el autor

Notas

*Para Patricia*

*Que sueñes con el diablo y sientas  
pánico al amanecer*

Antigua maldición

Sentado en su escritorio observó con desgana cómo los alumnos abandonaban la sala, sin dejar de pensar que, después de todo, era buena señal que ninguna de las chicas se hubiese quedado preñada durante el curso.

—Adiós, señor —dijo el último de los chicos que salía.

—Adiós, Mason. Nos vemos el año que viene —respondió el profesor antes de que la pequeña y desaliñada figura del alumno se desvaneciera en el resplandor que entraba por la puerta. En ese momento la clase no era más que un rumor de voces exaltadas que se iba disipando en el calor.

El profesor echó una mirada a la sala vacía que, junto con el rudimentario lavabo, formaba la totalidad del colegio. Veintidós pupitres para veintiocho alumnos, chicos y chicas entre cinco y diecisiete años. Veintiocho alumnos; veintisiete de ellos matriculados sólo porque la ley insistía en que la educación debía durar hasta los quince años, o bien porque algún granjero, desesperado ya de arañar el sustento entre los secos terrones de la gran llanura interior, creía que la educación podía ofrecer a su hijo una pequeña esperanza que a él le había sido negada.

Y luego estaba el estudiante número veintiocho, el joven Mason, de once años y ávido por aprender, afanoso, inteligente e incomprensiblemente sensible, aunque condenado a unirse a las cuadrillas de trabajadores del ferrocarril tan pronto cumplierse la edad legal porque su padre formaba parte de ellas.

El profesor se puso de pie, flexionó los hombros para despegarse la camisa mojada de la espalda y comenzó a cerrar las ventanas de la sala. A través de los cristales podía ver la planicie extendiéndose hacia el Oeste, interrumpida por uno que otro montón de matorrales que lograban mantenerse con vida en un lugar en el que la tierra permanecía libre de la más ínfima

traza de humedad durante meses y meses. No obstante, de algún modo la gente se las arreglaba para sacar provecho a esos parajes semidesérticos. Con la cría de ovejas y ganado (una cabeza por cada cuatro hectáreas) conseguían mantenerse y obtener suficiente dinero como para ir a gastarlo a los mercados de la costa australiana, algo que el profesor aún no llegaba a entender. Incluso había propietarios de miles de kilómetros cuadrados que amasaban una fortuna al soltar sus rebaños a pastar sobre esa moqueta de césped verde que brotaba de un día para otro, con la llegada de la lluvia ocasional. Pero ya había pasado casi todo un año sin lluvia y el sol se había encargado de marchitar todo objeto viviente, a excepción de esos matorrales de seco. Hasta la propia gente se había marchitado; la piel se les había arrugado y los ojos se les habían hundido al ver cómo sus animales pasaban a convertirse en blancos huesos. Y, sin embargo, pese a todo, seguían aguardando en el interior oscuro de sus casas de madera, convencidos de que la lluvia volvería a caer otra vez.

El maestro sabía que en algún lugar no muy lejano, en medio de esa calima ondulante, se hallaba la frontera del Estado, señalada por una valla rota. Y un poco más allá, bajo un calor aplastante, se alcanzaba el silencioso corazón de Australia conocido como Dead Heart. Mirando por la ventana sintió un vago placer porque era consciente de que esa noche ya estaría de camino a Bundanyabba y al día siguiente por la mañana embarcaría en un avión. Y luego por la noche sería Sydney y el domingo, un baño en el mar. Él era un australiano de la costa, nacido en esa franja del continente que se extiende entre el Pacífico y la Gran Cordillera Divisoria, un lugar donde la naturaleza había acumulado todas aquellas maravillas que con tanto rigor le habían sido negadas a la región oeste.

El mar, a dos mil kilómetros en dirección Este, con sus mareas subiendo y bajando, un día tras otro, y él todo un año sin verlo. Durante doce meses había sido el director de esa escuela en Tiboonda en la que él era el único profesor; doce meses en los que sólo había tenido el dinero de la paga vacacional para costearse los días de descanso de mitad de curso. Así que no le quedó otra que pasarlas en Bundanyabba, la ciudad minera de sesenta mil almas que concentraba buena parte de la vida en el territorio cercano a la frontera. Para el profesor, ese pueblo no era más que una versión a gran escala de Tiboonda. Y Tiboonda no era otra cosa que una versión del infierno.

Pero tenía ante sí las prolongadas vacaciones de final de año: seis semanas de licencia, seis semanas de paga. Dos semanas de su dinero servirían para cubrir el billete de ida y vuelta a Sydney, lo que le dejaba cuatro semanas de

paga que debía administrar con juicio entre las visitas que realizaba a sus parientes. Pero eran seis semanas junto al mar, metido en el agua para librarse del polvo que su alma había acumulado.

Una vez cerradas las ventanas, dio una mirada alrededor y sintió el olor de la clase, que siempre le parecía más fuerte cuando ya se habían marchado los chicos. Era una mezcla de tiza y tinta, con trazas de emanaciones corporales, de bocadillo añejo y de restos de manzana, todo ello mezclado con un aroma a tierra polvorienta que, pese a tratarse de un recinto cerrado, no dejaba de acumularse en su interior y se agitaba al paso del profesor.

Recogió entonces su maleta y se encaminó hacia el exterior. Siempre parpadeaba cuando le daba el sol: en todo ese tiempo había sido incapaz de aprender el truco de los habitantes locales, que mantenían los ojos constantemente entornados. Cerró la puerta de madera ajustándola a su desvencijado marco y echó la llave. A continuación sacudió la cabeza de un lado a otro y sacó sus gafas de sol: tras todo un año en la región oeste aún no había llegado a una conclusión sobre su utilidad. Sin ellas puestas, los destellos eran blancos, y cuando se las ponía, los destellos eran grises (si es que existe algo así como un destello gris), aparte del inevitable resplandor de luz blanca que siempre se colaba por los lados, como minúsculos dardos dirigidos contra sus ojos.

Intentó mantener los párpados lo más bajo posible mientras cruzaba el patio del colegio y dejaba atrás aquella burda estacada, levantada en mitad de la pálida tierra polvorienta en inútil protesta ante la posibilidad de que el ganado pudiese acabar perdido en la zona destinada al recreo de los niños.

La única forma de distinguir la carretera de la llanura era gracias a las profundas marcas que las ruedas de los camiones dejaban sobre la tierra. Al pasar sobre ellas el profesor sintió cómo se hundía la tierra bajo sus pisadas.

Noventa metros más allá de la escuela se encontraba la posada y, a continuación, el apeadero junto a la vía férrea llamado Tiboonda Station. Esas tres construcciones formaban el pueblo de Tiboonda. Las tres estaban hechas de madera y hierro, las tres compartían la monótona forma de una caja achatada tan característica de la arquitectura de la región oeste y las tres estaban reseca y carcomidas por las termitas. Esas pobres construcciones despuntaban miserablemente sobre la llanura como si no tuvieran ni la menor intención de formar un pueblo.

El profesor caminaba con lentitud para evitar levantar polvo a cada paso. Las nubecillas blancas que se elevaban en distintas direcciones indicaban el camino de regreso que seguía cada alumno a pie, en bicicleta o a caballo,

hasta llegar a los campamentos ferroviarios, las granjas o los tugurios típicos de los nativos en los que vivían.

Para todos ellos, seis semanas significaban seis semanas en ese lugar en el que el lecho del río estaba seco y agrietado, y el agua tenía que ser trasladada en tren desde Bundanyabba. Todo lo que podían hacer era jugar en medio de esa tierra polvorienta o, como mucho, perseguir a los camellos salvajes cuyos ancestros habían constituido el primer sistema de transporte en esos parajes interiores.

Al alcanzar la posada, atravesó el porche desvencijado y entró en el bar. Aunque en su interior reinaba la penumbra, no hacía fresco. Nunca refrescaba en Tiboonda, excepto alguna noche en pleno invierno, cuando el frío calaba hasta los huesos. En invierno añorabas el verano y en verano añorabas el invierno; aunque en realidad, lo que más añorabas era estar a miles de kilómetros de allí. Pero había que cubrir la plaza para el Departamento de Educación durante dos años: irse antes de tiempo era obligar a su tío a pagar la fianza que había depositado a su nombre, cuando él aún era lo suficientemente iluso como para querer dedicarse a la enseñanza para salir adelante en la vida. Así que tenía que pasar otro año más allí, a menos que, por obra de la gracia divina, fuera capaz de convencer al departamento para que lo trasladasen al Este. Pero era más probable que a Dios no le sobrase tanta gracia.

—Una jarra, Charlie —le dijo al tabernero que, por alguna razón, emergió de la oscura trastienda vestido con un chaleco sobre la camisa empapada.

Charlie le sirvió la cerveza.

En los pueblos remotos del Oeste no abundan las comodidades de la civilización: no hay sistema de alcantarillado, no hay hospitales, es raro dar con un doctor, el agua es mala, la luz eléctrica es para los pocos que pueden costearse un generador y las carreteras apenas existen. Tampoco hay teatros ni salas de cine y los salones de baile se cuentan con los dedos. Pero hay un sólido principio del progreso que mantiene a la gente a salvo de la locura declarada y que se encuentra arraigado a miles de kilómetros al Este y al Norte, al Sur y al Oeste del Dead Heart: dondequiera que vayas, la cerveza siempre está fría.

El profesor dejó que sus dedos rodeasen el cristal del vaso y contuvo el pequeño ataque de amargura que le entró al ver la cantidad de espuma con que le habían servido la cerveza: a esas alturas ya nada le importaba mucho porque, a fin de cuentas, ese condenado tabernero tenía que quedarse allí, mientras que él ya estaba de camino hacia el Este.

En un primer momento, sorbió con prisa, empapando su deshidratada garganta en un reguero de cerveza. Luego, con el vaso ya a medias, continuó bebiendo con lentitud, dejando que el alcohol le ayudase a relajarse.

—¿Querrás tu habitación cuando vuelvas? —le preguntó Charlie mientras se rascaba la barriga a través de un agujero en la camiseta.

—¿Dónde me iba a quedar si no?

—El tío que estaba antes que tú vivía en una caravana, Jackie. Se me ocurrió que a ti también te podía interesar un cambio en lugar de seguir en la posada de siempre.

El tabernero se burlaba de él con la socarronería que la gente del Oeste usaba para tratar a aquellos que no mostraban cariño por su árida tierra.

—Volveré a este mismo lugar.

—Intentaré guardarte la habitación.

Los únicos huéspedes permanentes que Charlie había llegado a tener eran los maestros del colegio de Tiboonda.

—Gracias.

Si por alguna casualidad la posada sufría un incendio, ¿no se vería el Departamento obligado a cerrar también el colegio? ¿O levantarían a toda prisa otro de esos cajones de madera dentro del terreno escolar para que el maestro tuviese un sitio donde alojarse?

—¿Te pongo otra, Jack?

—Gracias.

Empujó el vaso vacío por encima de la barra del bar llena de manchas y surcos, y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

Habían pasado casi dos horas desde el último cigarrillo, durante el recreo de la tarde, y el cosquilleo del humo hacía en ese preciso instante más placentera la cerveza. Casi con ternura le echó una mirada al tabernero, pero de inmediato levantó la vista.

Charlie le había servido una segunda jarra de cerveza y se apoyaba contra una repisa de botellas que servían para reforzar la ilusión de que había alguien en un radio de ochenta kilómetros dispuesto a beber alguna bebida que no fuera una cerveza. El tabernero chupaba los restos de un cigarrillo liado a mano y al rato escupió al suelo esa colilla repugnante.

—¿Coges el de las cuatro y cuarto, Jack?

—Sí —respondió con la vista puesta en las manos gruesas y mugrientas del tabernero. En realidad, no deseaba demorarse en su cerveza—: Bueno, nos vemos dentro de seis semanas, Charlie.

—Seguro, Jack. Hasta entonces. —Charlie sonrió sin asomo de humor o buena voluntad, como si el regreso del profesor a Tiboonda fuese algo en lo que no quisiera pensar.

—Adiós, Charlie.

Adiós a ese cuarto sofocante y a esas comidas grasientas preparadas por la amante mestiza de Charlie en esa cocina asquerosa, adiós a esas noches en vela y a los áridos amaneceres en los que la tenue luz ofrecía la falsa promesa de una tregua al calor, adiós a sus veintiocho alumnos y a sus desconfiados padres de rostro avergonzado, adiós a Tiboonda, al menos durante las próximas seis semanas.

Sus dos maletas lo esperaban en el bar. Sólo tuvo que cogerlas y caminar en dirección a la estación. Una única vía atravesaba la llanura describiendo una larga curva negra que resaltaba en contraste con la tierra. En el horizonte divisó una pequeña nube oscura que podía ser el primer indicio de lluvia. De momento era casi imperceptible por encima de la línea del horizonte. Al cabo de media hora aproximadamente, el tren de las cuatro y cuarto estaría en Tiboonda.

Pensó que debía haber esperado dentro de la posada un rato más porque el toldo de la estación no ofrecía ninguna protección contra el impacto directo de la luz solar, aunque era difícil saber si el sol era peor que la presencia de Charlie.

Sacó la cartera y volvió a inspeccionar el cheque con su paga. Ciento cuarenta libras: el salario de seis semanas más el complemento por gastos de traslado. Seguramente no tendría problemas para cambiarlo y comprar su billete a la compañía aérea. Era probable que cualquier banco aceptase un cheque del Departamento de Educación; sólo tenía que demostrar su identidad.

Pero en la cartera también guardaba algunos billetes de veinte libras, los ahorros de su salario del trimestre anterior. Aunque había calculado ahorrar cien libras, la cerveza era cara en Tiboonda y un hombre o se dedicaba a beber o le entraban ganas de volarse la tapa de los sesos.

Pese a todo, el curso siguiente tenía que tomárselo con más calma. «El próximo curso»: ese simple pensamiento era como una descarga nerviosa, «el próximo curso»; dentro de seis semanas, comenzaría otro año escolar en Tiboonda..., otro año en esa burla de pueblo donde él no era más que un marginado en una comunidad de gente que se sentía en casa en ese inhóspito y desolador territorio que se extendía a su alrededor: ardiente, seco y abandonado ante sí y ante aquellos que decían ser sus propietarios.

Mejor no pensar en eso. Mejor no pensar en nada que no fuera el mar, en su imagen actuando como una gran sombra que pudiese protegerlo del calor que ahora buscaba hundirle sus dedos largos y ardorosos a través del cráneo hasta alcanzar las delicadas células vivas de su cerebro.

En un momento dado, el tren de las cuatro y cuarto llegó a Tiboonda. También era conocido como «el tren de los viernes», lo que servía para distinguirlo del tren de los lunes. Ambos eran la única conexión entre Tiboonda y el mundo exterior, es decir, Bundanyabba; eso sin contar la carretera, claro, que no se podía utilizar cuando llovía debido al lodo que se formaba, pero tampoco durante la estación seca porque el polvo era capaz de impedir el paso de los coches tanto como el lodo.

El tren del viernes tiraba de una docena de vagones de carga y un par más para pasajeros. La locomotora, uno de esos formidables monstruos que sólo se pueden encontrar en las zonas más remotas de la Commonwealth, no podía dejar de recordarle a aquellos trenes que los indios perseguían en las películas norteamericanas.

Incluso antes de que el tren se detuviese junto al andén, pudo oír los cantos. En todos los trenes que avanzaban con lentitud por el Oeste se cantaba: lo hacían los jornaleros y los mineros, los tenderos y los temporeros, incluso aborígenes y mestizos se les unían con timidez. Y siempre alguien sacaba una armónica, y todos coreaban con desafinada alegría los grandes éxitos de Norteamérica que se colaban a través de los programas de la Corporación de Radiodifusión Australiana, o que se oían en aquellos aparatos llenos de estática en los que sonaba alguna emisora regional de radio.

Fuera, sobre las planicies desiertas, por encima de los chirridos y estridencias de las viejas locomotoras, esas letras deprimentes y las trilladas melodías de la Norteamérica moderna llevaban a los dingos a levantar las orejas asombrados y hacían más honda la tristeza que impregna los territorios de la Australia interior.

Los hombres que cantaban viajaban juntos en el vagón de adelante. El profesor abordó el coche de atrás. No quería cantar. Estaba solo en el compartimento, a excepción de un jornalero aborigen de cierta edad con el pelo blanco y una barba cana de tres días. Era un aborigen puro, con los marcados rasgos de su pueblo, y no dejaba de mirar a través de la ventana como si en esa planicie hubiese algo que él no hubiera visto hasta entonces.

Esa misma llanura era terreno conocido para el profesor que, habiendo viajado a Bundanyabba con anterioridad, sabía que en las restantes seis horas

de viaje el paisaje iba a cambiar tan poco que ninguna señal indicaría que el tren se había desplazado realmente.

Colocó sus maletas en el portaequipaje, abrió la ventana y se acomodó sobre el asiento con los pies estirados sobre el apoyabrazos de enfrente.

*Hay un corazón hecho para ti, se oía el canto.  
Un corazón que necesita tu amor divino,  
un corazón que puede ser fuerte y sincero,  
tan sólo con decir que eres mía.  
Si nos separamos mi corazón se rompería,  
dime que eso nunca ocurrirá,  
oh, querida, hazme una promesa,  
que siempre mía serás.*

Ése era el destino, pensó el profesor, de una raza de cantantes que hacía ya mucho había olvidado cómo componer una canción.

Cerró los ojos y el tren se puso en movimiento. El traqueteo de las ruedas, el sonido de la locomotora y los aullidos discordantes de los que cantaban sostenían un ritmo incomprensible mientras él iba descendiendo hacia ese estado semiinconsciente que asalta a muchos de los que viajan en tren.

El tren del viernes se balanceaba a través de la llanura y cada ocho kilómetros o así pasaba junto a alguna vivienda decrepita, ocasión que el conductor aprovechaba para hacer sonar el silbato. Un conjunto de niños desharrapados se congregaban y saludaban atentamente agitando la mano hasta perder de vista el convoy: hasta el lunes no volverían a pasar más trenes.

Poco a poco, el sol fue calmando su torturante apremio, y la planicie se volvió ocre y púrpura y luego oro y negra, a medida que el cielo descendía atravesado por millones de destellos titilantes provenientes de fríos mundos a una distancia impensable. Aquellas viviendas no eran más que retazos de luces amarillas enmarcados por las ventanas, pero el maquinista hacía sonar el silbato igualmente y, en la oscuridad, los niños no dejaban de saludar al paso del tren agitando la mano.

Cuando el tren ya se acercaba a Bundanyabba, el profesor terminó de recobrar la conciencia. La ciudad aparecía como un barrunto de luces elevadas a cierto

nivel por encima de la llanura, con el mismo aspecto que ofrecen las embarcaciones que flotan agrupadas en un mar oscuro y calmo.

El profesor se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo de su camisa. Los hombres que cantaban se habían dado finalmente por vencidos y ya sólo se preocupaban de reunir su equipaje y aprovechar la hora que aún quedaba para dormir. El tren del viernes atravesaba la ciudad y él observaba las casitas de madera a través de la ventana, construidas sobre minúsculos solares..., como si no hubiese suficiente espacio. O tal vez se apiñaban todas juntas para guarecerse contra la soledad de la gran llanura interior.

Como había pasado las dos últimas vacaciones de cambio de trimestre allí, el maestro conocía Bundanyabba bastante bien. Había tenido la oportunidad de nadar en las cloradas aguas de su piscina, había asistido a las salas de cine, había probado la cerveza llena de conservantes que traía el tren desde la costa y, por lo tanto, había agotado todos los placeres que ofrecía el lugar. Le habría gustado que saliese algún vuelo hacia el Este esa misma tarde.

El tren se detuvo con un chirrido de alivio, como si también se alegrase de haber llegado y estuviese un tanto sorprendido de haber podido atravesar la llanura una vez más. Grant cargó con sus maletas a través del bullicio de la estación y fue hacia el revisor para entregarle el billete correspondiente a su trayecto de ida. La otra parte, que debía servirle para su regreso, la guardó con cuidado en su cartera pensando en el tiempo que aún habría de transcurrir hasta volver a pisar esa estación. Con gran esfuerzo ignoró ese pedazo de cartón impreso que le decía que aún tenía que volver a Tiboonda.

Fuera de la terminal esperaban varios taxistas intentando captar pasajeros. El profesor negoció con uno y le pasó la dirección del hotel en el que había reservado una habitación para una sola noche.

—¿Primera vez en Yabba? —preguntó el taxista según avanzaban por las anchas calles. A cada lado los edificios aparecían engalanados por una sucesión de toldos levantados sobre pilotes de aspecto raquítico.

—Sí —contestó el profesor.

—¿Se queda aquí por mucho tiempo?

—Sólo esta noche.

—Vaya, qué mala suerte. Debería usted ver un poco más de Yabba.

Se podría pensar, reflexionó el profesor, que el taxista trataba de venderle una visita guiada, pero él ya se había percatado con anterioridad de que toda la gente en Bundanyabba tenía una extremada tendencia al chovinismo.

—¿Le parece que hay mucho que ver?

—Yo diría que sí. A todo el mundo le gusta Yabba. Es el mejor sitio de Australia.

—¿En serio? ¿Por qué? —Sabía que se enfrentaba a una situación de riesgo, teniendo en cuenta que la determinación de los habitantes de Bundanyabba a soltar un monólogo sobre las virtudes del lugar surgía a la menor oportunidad. Pese a todo, se había predispuesto a pasar el resto del trayecto a la escucha.

—Bueno —comenzó el taxista—, aquí hay libertad y es un sitio relajado. A nadie le importa quién eres o de dónde vienes. Basta con que seas un buen tío y te irá todo bien. Es un lugar amigable, ¿entiende lo que le digo? Yo llevo aquí ocho años. Me vine de Sydney porque tenía problemas de salud, una obstrucción en el pecho. Y a los seis meses de estar aquí había desaparecido, pero jamás se me pasó por la cabeza marcharme de Yabba.

El profesor ya había observado con anterioridad los hábitos amistosos de los habitantes de Bundanyabba y le parecían rudimentarios y embarazosos. En cuanto a las cualidades terapéuticas de la ciudad, el aspecto cetrino y demacrado del conductor sugería con toda claridad la necesidad de un cambio por un clima más dulce como el de la costa.

—Si puede, quédese un tiempo más —le sugirió el taxista mientras recibía el pago por la carrera.

El profesor albergaba la sospecha de que le había cobrado de más, aunque no estaba del todo seguro.

La chica de detrás del mostrador de la recepción del hotel era una pálida imitación del resto de recepcionistas repartidas por el mundo.

—¿Una habitación a nombre de John Grant? Hice una reserva por correo.

Sin decir una palabra, la chica cogió un gran libro de registros y comenzó a pasar las páginas. Grant dejó las maletas en el suelo y se dispuso a esperar con paciencia. Al encontrar la página con las reservas para esa noche, la recepcionista comenzó a recorrer la lista con el dedo de arriba hacia abajo. A media altura su dedo se detuvo y levantó la cabeza.

—¿Sólo una noche?

—Sí, eso es todo.

—Me tiene que pagar ahora.

—No hay problema.

—¿Quiere incluir el desayuno?

—Sí, por favor.

—Entonces es una libra con diez.

Sacó un billete de dos libras y se lo pasó. A su vez, la recepcionista le extendió una gran placa metálica con el número siete grabado de la que colgaban dos llaves.

—Una es la de la puerta de entrada y la otra es la de su habitación —explicó la chica de forma monótona, como si hubiese repetido lo mismo mil veces, cosa que era bastante probable—. Tiene que dejar un depósito de diez chelines por las llaves. Luego, cuando entregue las llaves, se lo devolvemos.

—Vale, muchas gracias.

Acto seguido, la chica perdió todo interés en él y regresó a la vacua contemplación practicada por las de su clase.

—Perdone, ¿le importaría decirme dónde está la habitación, si es tan amable?

—Subiendo-las-escaleras-al-fondo-del-pasillo-a-la-derecha —dijo ella sin levantar las cejas, como si fuera una sola palabra.

Al menos, pensó Grant, la chica no era otra predicadora más de la doctrina de la amistad tan característica de Bundanyabba.

La habitación número siete tenía un catre de hierro, un colchón poco prometedor, un pequeño armario, una cómoda con cajones y una mesa de aspecto renqueante sobre la que descansaban una Biblia y una jarra de agua. Ambos objetos se veían igual de viejos y en desuso. Aunque Grant tenía sed, la elevada concentración de cloro y sustancias químicas del agua de Bundanyabba le provocaba el mismo efecto que esos fuertes laxantes que anunciaban en los periódicos.

Dejó sus maletas sobre la cama y salió en busca de una cafetería en la que pudiese comer y beber algo. Ya eran más de las diez y las puertas de los bares estaban entornadas, aunque no cerradas del todo: en Bundanyabba ésa era la forma de obedecer la ley que prohibía la venta de licores después de las diez de la noche y durante todo el domingo.

Según avanzaba por la calle principal, Grant fue dejando atrás una serie de cafeterías de mala pinta que aparecían a intervalos regulares y de las que emanaba un disuasorio aroma a patatas fritas grasientas y café ahogado en leche.

Había empezado a pensar que tal vez no era mala idea beber un par de tragos antes de cenar, así que entró al siguiente bar que encontró en su camino. El acceso a través de un par de puertas batientes, como en la mayoría de los bares en Bundanyabba, iba a dar inmediatamente a la siguiente puerta de entrada: había que tirar de las primeras para luego empujar la segunda.

Grant entró y volvió a entornar con cuidado la puerta tras de sí en señal de respeto a las costumbres locales.

Era difícil decidir si hacía más calor dentro del bar o fuera, en la calle. La barra estaba rodeada por una densa nube de hombres, y al otro lado el dueño, con un rostro enrojecido en el que sobresalían sendas venas azuladas, servía con torpe apuro las jarras de cerveza sin dejar de azuzar a un par de compungidas camareras de complexión menuda.

—Jean, allí hay unos señores que quieren cerveza. Un momento, amigo, ahora lo atienden las chicas. ¿Dos jarras? Cuatro medianas por aquí, Mary. No hay problema, muchachos, un minuto nada más. Hola, qué tal, Jack, ¿qué te ponemos?

El esfuerzo por fingir una camaradería inexistente unido a la expresión de avaricia satisfecha le daban vida a ese elocuente rostro, acalorado y sudoroso, mientras el dinero no paraba de fluir.

El repicar de la caja registradora era constante en esa sala llena de humo mezclado con el clamor de cincuenta hombres hablando al unísono y a toda voz.

Consciente de que no había esperanza de encontrar un bar con menos barullo entre la docena de locales de Bundanyabba, Grant se abrió camino y logró obtener una cerveza de una de las chicas. Acto seguido, se retiró a una esquina y extrajo sus cigarrillos, pero se dio cuenta de que no tenía cerillas. El solo esfuerzo de regresar a la barra para comprar una cajetilla era demasiado, así que dio una mirada a su alrededor para pedir fuego a alguien.

Junto a él, un policía uniformado bebía solo, apoyado contra la pared.

—¿Fuego? —pidió Grant.

—Claro —respondió el policía hurgando en el bolsillo de su pantalón, de donde sacó un gran mechero con una pieza para proteger la llama del viento.

—¿Primera vez en Yabba? —preguntó de forma inevitable, mientras sostenía una gran llama extendida hacia Grant.

Concentrado en encender su cigarrillo sin quemarse la nariz, Grant retrasó la respuesta.

—Sólo estoy aquí esta noche —dijo finalmente—, vuelo a Sydney mañana por la mañana.

—Ya veo. ¿Viene de lejos?

—Tiboonda... Soy el profesor de la escuela.

—¡Vaya! El profesor, ¿eh? Veamos, entonces su nombre debe de ser...

Grant le permitió buscar un rato antes de pronunciar su apellido:

—Grant.

—Por supuesto. Usted fue el que reemplazó a Murchison, ¿no es así?

—Se llamaba McDonald.

—Es verdad, McDonald. Bueno, qué sabe uno, ¿no? En fin, mi nombre es Jock Crawford —aclaró estirando una mano de gran tamaño.

—John Grant —correspondió el profesor. Ése era el tipo de situación que siempre se repetía en Bundanyabba. Pero bueno, sólo sería por esa noche. Al día siguiente a esa misma hora ya estaría en Sydney, y Bundanyabba quedaría a muchos kilómetros y a seis semanas de distancia.

—¿Quieres algo de beber, John?

—Eh... Sí, vale, gracias. —Le seguía poniendo nervioso que alguien a quien acababa de conocer lo llamase por su nombre de pila. Pero claro, era lo mismo que habían hecho todas las personas a las que había conocido desde que se hallaba en el Oeste.

A través de la muchedumbre se hizo un pasillo para dejar pasar al policía, a quien el tabernero se encargó de atender personalmente y sin tardanza. En menos de dos minutos estaba de vuelta con las cervezas.

—¿Te gusta la cerveza Huntleigh, John?

—Sí, está bien. No sé si es imaginación mía, pero me parece un poco fuerte. —Era un manido tema de conversación, pero a la gente de Bundanyabba le encantaba.

—Hombre, te da una estocada importante. Si no estás acostumbrado más vale que tengas cuidado. Es una cerveza que lleva mucho arsénico para que se conserve durante el camino hasta aquí.

Grant le echó una mirada escéptica a su vaso de cerveza.

—¿Arsénico?

—Eso he oído.

—Mmmh. Otra cosa: ¿a qué hora cierran aquí los bares? —Aunque ya sabía la respuesta, sentía curiosidad por saber cuál era el punto de vista del policía sobre los horarios de atención y venta.

—En cuanto la gente se va a su casa. Unas veces cierran a medianoche... y otras se quedan abiertos toda la noche..., lo que suele ocurrir las noches de paga, claro.

—¿Y la Policía no se preocupa?

—No. ¿De qué serviría? Con que mantengan las puertas cerradas y no monten mucho escándalo, no nos preocupamos. Si cerrásemos los bares a las diez, tendríamos que vérnoslas con un montón de antros clandestinos.

Grant no dejaba de sorprenderse por la conversación que sostenía con un agente de la ley que se dedicaba a beber alcohol en un bar con el uniforme

puesto. Resultaba bastante obvio que la Policía actuaba con una tolerancia muy razonable. No había mucho más que añadir al respecto.

—Bueno, sí. Lo entiendo. ¿Le gustaría beber una más?

—Hombre, claro.

Grant se acercó para recoger el vaso del policía.

—Mira, mejor dame el dinero que seguro que me las sirven a mí antes.

Grant, obediente, le dio un billete de diez chelines y, una vez más, no pasaron ni dos minutos cuando el policía ya estaba de regreso con las cervezas y con el cambio.

—¿Ya ha terminado su trabajo por hoy? —preguntó Grant.

—Acabo de empezar. Estoy de ronda por los bares. Me he tirado toda la semana igual. No está mal, ¿sabes? No tengo que pagar por la cerveza.

Grant no sabía bien cómo reaccionar, así que se limitó a corroborar:

—¿De verdad se las dan sin pagar?

—También me podrían haber dado gratis la tuya, pero eso es pasarse un poco ¿no crees?

—Sí..., por supuesto.

—En cierto modo, les hacemos un favor a los bares ¿sabes? —dijo el policía como si intentara justificarse, dedujo Grant.

En ese momento comenzaba a notar que la cerveza hacía su efecto y se sentía más a sus anchas. Llevaba diez horas sin comer. El calor del bar se le hacía menos aplastante, el ruido había dejado de oprimirle la cabeza y parecía flotar a su alrededor de forma algo más remota.

Dirigió una mirada al rostro crudo del policía, en el que se apreciaban unas cuantas pecas.

—¿Lleva mucho tiempo en Yabba, Jock? —preguntó, saboreando discretamente su ligera ironía.

—Toda mi vida, John.

—¿Y nunca ha pensado en irse a otra parte?

—¿Irme de Yabba? En la vida. Es el mejor pueblo del mundo.

—Habrás estado en otros lugares, ¿no?

—Bueno, pasé tres meses en la capital durante mi formación. No me gustó.

De pronto Grant cayó en la cuenta de que su broma privada no era particularmente graciosa y se bebió el resto de la cerveza.

—Bueno, mejor me pongo en marcha —se excusó—, porque aún no he comido nada.

—¿No te bebes otra más antes de marcharte?

—No, gracias. Creo que no. Ya es mucho para un estómago vacío.

—Vamos, seguro que no te hace daño —insistió el policía al tiempo que guiñaba ostensiblemente el ojo—: Invita la casa.

«¿Por qué no?», pensó Grant. Le iba a costar dormir en la cama del hotel, de modo que le pasó su vaso al policía, que volvió a repetir su rutina a través del pasillo que se abría en la muchedumbre.

—Nos tomamos esta ronda y nos vamos al siguiente bar. Esta noche tengo que hacer guardia en todos —anunció el policía ya de vuelta de la barra.

Grant intentaba imaginarse cuál sería el índice de enfermedades del hígado entre los miembros del cuerpo de Policía de Bundanyabba.

—Yo ya no beberé más, Jock: necesito comer —dijo, al advertir que parecía obligado a continuar la ronda con el agente.

Dio la impresión de que el policía quedó contento con la aclaración y se concentró en su cerveza. Al rato volvió a hablar:

—¿Y dónde piensas comer?

—No lo sé. ¿Algún lugar que esté bien?

—La sala del Two-up está bastante bien si lo que quieres es un filete.

Como todo buen australiano, Grant había oído hablar de las salas de juego Two-up. Toda ciudad tenía la suya, y en los territorios del interior, mineros, peones, trabajadores ferroviarios y, en general, cualquier persona desesperada por divertirse (es decir, casi todo el mundo) se congregaban allí provenientes de cientos de kilómetros a la redonda para apostar ilegalmente sobre el resultado de un par de monedas de penique tiradas al aire.

—¿Dan de comer en la sala del Two-up? —preguntó.

—Es la mejor comida de por aquí —respondió el policía con el orgullo de sentirse amo y señor del lugar, tal como se podía observar también cuando los habitantes de Bundanyabba hablaban de los excesos de la ciudad.

—¿Y dónde está ese sitio?

—En la calle principal, justo doblando la esquina que sigue. Te acompaño, dame sólo un minuto.

Grant se preguntó si también dejarían que la Policía hiciese apuestas gratuitamente, pero prefirió no comentar su ocurrencia con Crawford. El policía había comenzado a parecerle simpático y, de alguna forma, se daba cuenta de que eso era una clara señal de que había bebido demasiado.

Crawford había acabado su cerveza y permanecía expectante jugueteando con su vaso.

—¿Un par más? —propuso Grant, más que nada, porque no quería dejar de pagar la ronda que le correspondía. Así que le pasó el dinero a Crawford y

lo vio partir en busca de más cerveza. Esta vez tardó un poco más y al regresar le explicó:

—Le he dado el cambio a la chica... Le he dicho que era de tu parte. Ya verás cómo sirve de ayuda la próxima vez que vuelvas por aquí.

Grant podría haberle hecho notar que no existían mayores probabilidades de que volviese por allí nunca más e, incluso si por alguna razón eso llegaba a suceder, sería aún más difícil que la chica se acordase de él. Pero no dijo nada. Se dedicaba a fumar un cigarrillo tras otro, como hacen los hombres cuando beben.

—¿Tiene mucho trabajo la Policía en Bundanyabba? —preguntó sin que en realidad le importase demasiado si tenían mucho o poco que hacer.

—No, John, en general no. Nos limitamos a vigilar cómo van las cosas — Crawford se había puesto un tanto solemne al hablar en calidad de oficial.

—¿Y no hay delincuencia?

—Prácticamente nada, John. Nada serio, en cualquier caso. Posiblemente éste es el lugar más honesto de Australia.

—¿De verdad?

Acto seguido, Crawford echó a perder parcialmente su anterior declaración al agregar:

—Claro que nadie es tan burro como para atreverse a hacer algo porque sabe que lo cogeríamos enseguida.

—¿Sí?

—Hombre, estamos tan aislados que no puedes salir corriendo de aquí sin que alguien lo note.

—No. Supongo que no. Entonces lleváis una vida relativamente cómoda, ¿no?

—Bueno, está bastante bien —asintió Crawford—, aunque, claro, tenemos unos cuantos suicidios... Eso nos da un poco de problemas.

Grant recordó haber oído algo sobre la tasa de suicidios en Bundanyabba y sobre la costumbre local de hablar de «muerte accidental» en los más flagrantes casos de autoeliminación, así que le preguntó a Crawford el porqué.

—Bueno —contestó cuidadosamente el policía—, supongo que se debe a que tantos suicidios dan mala reputación al pueblo.

Grant había oído otra historia sobre Bundanyabba según la cual las autoridades locales habían instalado el termómetro oficial en el jardín frente al ayuntamiento. Cuando las temperaturas se elevaban por encima de los treinta y ocho grados a la sombra, ponían los aspersores a regar y así evitaban

que el termómetro siguiera subiendo. Por eso las temperaturas de Bundanyabba rara vez sobrepasaban los treinta y ocho grados.

Tal vez, pensó Grant, existía una correlación entre la actitud oficial ante los suicidios y las altas temperaturas, aunque no se acababa de creer la historia del termómetro.

De cualquier manera, todo el asunto era demasiado complicado como para analizarlo a esas alturas de la noche.

—Me temo que ahora tengo que ir a comer algo.

—¿No te bebes otra antes de partir?

—No, de verdad que no. Ya he bebido suficiente, gracias. Me voy a desmayar si no como algo pronto.

—Salta a la vista que no eres de Yabba —recalcó el policía—. Vamos, te llevaré a la Sala.

«La Sala», como se percató Grant, era otro nombre para referirse al Two-up, que a su vez era habitualmente llamado «el Juego» a secas.

Al salir a la calle el barullo del bar quedó atrás como si se hubiesen liberado de algo palpable. Grant intentó recordar el número de cervezas que acababa de beberse, pero no le quedó claro. Hablar de «fresco» para referirse al aire de la calle era cuando menos una inexactitud, aunque se podía notar cierta diferencia con el aire que había en el bar y Grant acusó el efecto.

Le dirigió una mirada afectuosa a Crawford. Un personaje, eso es lo que era Crawford; un auténtico representante del espíritu local. Él mismo, John Grant, estaba disfrutando del tiempo pasado en compañía del policía mientras realizaba una breve observación científica de los habitantes de Bundanyabba. Al bajar a la calle desde el bordillo de la acera, Grant casi tropieza.

Crawford lo condujo un par de manzanas más adelante por la avenida principal, hablando sin parar de las características de la vida en Bundanyabba, mientras Grant se preguntaba si los habitantes de Bundanyabba hablaban entre ellos sobre las virtudes de su ciudad tanto como lo hacían con los forasteros. Tenía la impresión de que sí, que la ciudad era una obsesión para ellos. Los hombres de Yabba, claro... ¿Acaso *yabba* no quería decir «hablar» en lengua aborígen? Era como para haber hecho un juego de palabras, aunque en su estado no conseguía atar los cabos.

Crawford dobló por una de las grandes bocacalles que cruzaban y unos metros más abajo entraron en un callejón largo y oscuro, paralelo a la calle principal. A un lado, Grant podía ver la parte de atrás de los comercios y tiendas recortados contra el cielo nocturno. Al otro lado se alineaban las altas vallas de los patios traseros de las casas.

No había iluminación alguna en la callejuela y los edificios a los lados proyectaban toda una zona de sombras que se elevaba un palmo por encima de la cabeza, de modo que todo estaba sumido en la más absoluta oscuridad. Grant notó, sin embargo, la presencia de varias figuras en la penumbra. Una veintena de hombres repartidos a lo largo del callejón hablaban en voz baja. La luz anaranjada de los cigarrillos se encendía y poco después se desvanecía cuando alguien fumaba. Cada cierto rato relampagueaba el resplandor amarillo de una cerilla.

A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, Grant vio que su presencia y la de Crawford llamaban ligeramente la atención.

—¿Cómo va todo, Jock? —interrogó una voz procedente de un grupo de hombres.

—No me quejo, Jim. Y tú, ¿qué te cuentas? —fue la respuesta de Crawford, que identificaba a las personas por su voz, como pudo percatarse Grant. A él, en cambio, le resultaba imposible discernir ni el menor rastro de aquellas siluetas.

Alcanzaron una puerta en la que dos hombres esperaban con la desidia propia de quien debe montar guardia.

—Buenas, Jock —dijeron cuando Crawford y Grant estuvieron cerca. Grant podía ver que ambos lo miraban de forma penetrante..., tan penetrante al menos como permitía la oscuridad.

—Éste es un amigo mío, John Grant —dijo Crawford—. Podéis dejarle pasar cuando venga, es un tío legal.

El par de vigilantes soltaron un gruñido, y Grant y Crawford franquearon las puertas para acceder a lo que parecía un patio en la parte de atrás de un edificio comercial. Grant se preguntaba por qué ponían tanto celo en vigilar un establecimiento que era a todas luces tolerado por la Policía.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Crawford anunció:

—No permiten la entrada a menos que te conozcan. Ya han tenido suficientes líos con los tipos de la prensa. De vez en cuando aparecen por aquí y se ponen a escribir cosas; ya sabes, montan un escándalo por lo de la bebida y las apuestas. Así que tenemos que suspender el Juego por un rato y hacer que los bares cierren a las diez.

Crawford hizo una pausa y luego añadió con amargura:

—La verdad es que no dejan de dar la lata.

Atravesaron el patio y accedieron a una gran sala en la que habían instalado bancas de madera y asientos hechos con tablones. Sobre las bancas, unos cuantos hombres estaban comiendo. A un lado de la sala había algo

similar a un puesto de hamburguesas. En su interior, un par de sujetos con la camisa desabotonada preparaban filetes sobre una gran plancha.

Crawford se acercó al mostrador:

—Anda, Joe, ponle un filete a mi amigo, ¿quieres?

Uno de los hombres respondió:

—¿Qué hay, Jock? —Y plantó otro trozo de carne sobre el asador.

—Son seis pavos —le explicó Crawford—, pero son los seis pavos mejor gastados de tu vida.

Grant se preguntaba si los organizadores del Juego cedían una licencia de explotación a los encargados del puesto de comida o si simplemente el restaurante formaba parte de la organización general. Por otro lado, el entusiasmo que mostraba Crawford por los platos que servían podía sugerir que había intereses personales de por medio, de no haber sabido Grant hasta qué extremo la gente de Bundanyabba estaba orgullosa del Juego. Y parte de ese orgullo incluía también las instalaciones anexas.

A través de la puerta ubicada al otro lado de la sala, Grant divisó cerca de cien hombres agrupados en torno a un espacio abierto en el que gesticulaban dos individuos. Se trataba, sin duda, del famoso Juego.

—Vamos, te mostraré la parte de adentro mientras preparan tu plato —propuso Crawford.

El espacio en el que se desarrollaba el Juego debía de haber sido un gran almacén en otra época. En el centro se extendía un pedazo de moqueta de color verde de unos tres metros cuadrados, en cuyos bordes habían dispuesto una serie de banquetas de algo más de veinte centímetros de altura donde permanecían sentados los jugadores.

A sus espaldas, se agolpaba de pie la multitud de forma escalonada hasta alcanzar las paredes del recinto: eran el resto de jugadores. Al ver la totalidad de la sala, Grant calculó que debía de haber unas trescientas personas. Todos vestían pantalones con pinzas y camisas de cuello abierto, excepto unos cuantos que sólo llevaban una camiseta ajustada sin mangas. Grant se sintió un tanto llamativo con su chaqueta safari.

En mitad de la moqueta se ubicaban los dos hombres a los que Grant había visto gesticular. Ambos eran grandes, demacrados, con un aire rapaz: obviamente, eran quienes llevaban el control del Juego. Junto a ellos, un hombre gris de baja estatura sostenía una tablilla de madera en la mano. Grant lo vio depositar dos fajos de billetes a sus pies.

—¿Conoces el Juego? —inquirió Crawford.

—Vagamente —respondió Grant.

—Bueno, aquel que ves ahí con la tablilla es el *spinner*, el que lanza.

—Ajá.

—Acaba de poner cincuenta libras en el centro. Esa suma tiene que ser cubierta antes de que vuelva a lanzar.

Varios jugadores en torno a la moqueta lanzaban billetes y los controladores los iban recolectando. De pronto uno de ellos gritó: «¡Todo en orden!»

—Eso significa que ya han sido cubiertas las cincuenta libras del centro —continuó Crawford—. Ahora el resto de jugadores ya pueden apostar entre ellos.

En todo el perímetro del cuadrado central los hombres iban dejando caer billetes mientras gritaban «diez a cruz», «cinco a cara», «diez pavos a cruz» o «veinte a cruz», según el tamaño de su cartera o de su ambición.

Tan pronto como las monedas caían al suelo, otros jugadores lanzaban fajos de billetes del mismo tamaño, con lo que declaraban su intención de apostar que las monedas caerían del lado contrario al señalado.

A Grant, que no estaba en su mejor estado, le parecía que no era más que una lluvia de dinero lanzado a la ligera y sin razón aparente. En ese momento debía de haber más de mil libras sobre la moqueta.

En los rostros de los jugadores, sin embargo, se podía ver que nada era a la ligera. Al contrario: sólo había semblantes concentrados, expectantes y calculadores. Toda esa operación tenía lugar mediante transacciones bastante discretas, excepto cuando alguno de los jugadores era incapaz de cubrir una apuesta y comenzaba a gritar para atraer la atención de los jugadores al otro lado del cuadrilátero.

Llegado cierto punto, todas las apuestas habían sido cubiertas y se hizo el silencio en la sala. Uno de los controladores preguntó «¿Todo en orden?», mirando en derredor. Al no haber objeción entre los presentes, extrajo dos monedas de un penique y las colocó cuidadosamente en la tablilla de madera que sostenía el sujeto gris.

El controlador dio un paso atrás.

—Muy bien —dijo—. ¡A lanzar!

El hombre le dio un impulso a la tablilla y arrojó al aire las monedas, que se elevaron por encima de su cabeza y fueron a caer más allá en la moqueta.

El silencio contenido reinaba en la sala.

Los controladores se acercaron a verificar las monedas sobre el suelo.

—¡Cruz!

La sala estalló en una actividad frenética de jugadores que se lanzaban al montón de billetes acumulados alrededor de la moqueta para cobrar sus ganancias. Pilas de dinero que llegaban a las doscientas libras eran rápidamente repartidas mediante el más simple de los procedimientos: cada hombre cogía lo que le correspondía.

—¿Ves de qué va, John? —quiso saber Crawford.

—Más o menos: apuestan si las monedas caen en cara o en cruz, ¿no?

—Eso es.

—Pero ¿qué es todo ese trapicheo que ocurre alrededor?

—Verás, una vez que la apuesta del *spinner* ha sido cubierta, cualquiera es libre de hacer nuevas apuestas con el resto de jugadores del cuadrilátero.

—Y entonces, ¿cómo gana dinero la Sala?

—Pues se lleva una parte de las ganancias del *spinner*. Y si a alguno de los que apuestan a los lados le toca una buena tajada, también tiene que dejar algo a la casa.

El reparto de dinero había acabado, y la Sala se disponía para la siguiente ronda.

—No me cuesta imaginarme —dijo Grant— que se puede armar una gorda a la hora de repartir: la cosa parece bastante confusa, ¿no?

—Pues aquí casi nunca ha habido bronca. Cada uno sabe lo que le toca y lo coge: tan sencillo como eso. ¡Hombre!, seguro que no funciona en otra parte que no sea en Yabba. Esta gente se conoce entre sí, claro.

Las monedas de penique volvían a volar por el aire.

—¡Cruz!

Y, de nuevo, volvía a comenzar el ajeteo para cobrar las ganancias. El hombre de la tablilla vigilaba imperturbable el montón de billetes que se acumulaba a sus pies. Parecía como si estuviera relleno de dinero, pensó Grant.

—¿Y cuándo deja de lanzar? —le preguntó a Crawford.

—Cuando él quiera o cuando al lanzar salga cara, lo que significa que pierde el montón.

—¿Y siempre tiene que apostar todo?

—No, basta con poner una libra delante.

El *spinner* volvió a lanzar cruz, y Grant calculó que ya debía de tener acumuladas frente a él unas cuatrocientas libras. Grant se abrió paso hacia el hombre, fascinado por la abundancia de billetes arrugados.

Las monedas volvieron a volar por el aire.

Cruz otra vez. Esta vez el *spinner* arrojó la tablilla y comenzó a llenarse los bolsillos con los billetes que había ganado. En tan sólo un cuarto de hora había convertido sus cincuenta libras iniciales en ochocientas. Recogió el último puñado de billetes y lo puso en la mano de uno de los controladores, y sin mostrar mayores signos de emoción dejó el centro de la moqueta y se abrió paso entre la multitud para desaparecer por la puerta.

—Era Charlie Jones —comentó Crawford—. Viene aquí todos los días de paga con cincuenta libras y se pone a lanzar hasta ganar ochocientas o perderlo todo.

—Y en promedio cómo le va, ¿sale perdiendo o ganando?

—Pues cada seis semanas consigue sacar las ochocientas. —Pero Crawford añadió como justificación—: Claro que sólo tiene que lanzar cuatro veces seguidas y que le salga cruz, ya lo has visto.

—No está mal.

Otro jugador ya se había hecho con la tablilla y depositaba una libra para comenzar.

—Mi filete debe de estar listo —sugirió Grant.

—Sí, vamos.

Volvieron al comedor y recogieron el plato de Grant en el mostrador.

—Bueno, voy a tener que ponerme en marcha —dijo Crawford tras observar de forma paternal cómo Grant tomaba asiento en uno de los bancos.

—Vale, Jock. Muchas gracias por haberme enseñado la ciudad. —Grant ya tenía ganas de que el policía se marchase.

Se dieron la mano y Crawford añadió:

—Ya nos veremos por ahí. —Tras lo cual desapareció en mitad de la noche.

Grant encontró que el filete no cumplía con los elogios que Crawford le había dedicado. Estaba fibroso y totalmente pasado, y Grant sospechó que, de no tener ese acentuado sabor a carne quemada, podría haber sabido ligeramente a podrido.

Con todo, se sintió mucho más despejado cuando se lo hubo comido, junto con las grasientas patatas fritas. A continuación se bebió un café con sabor y aspecto de leche diluida a la que habían añadido alguna sustancia de color marrón para después recalentarlo todo. La comida en la sala Two-up, pensó Grant, no estaba a la altura del entretenimiento, aunque probablemente era mejor que la típica comida que servían en los otros cafés de los territorios interiores.

Comprobó entonces la hora en su reloj. Eran las once y media. Su avión salía a las once y media de la mañana en dirección al Este. Aún tenía doce horas por delante por llenar.

Trató de pensar qué haría a continuación, ¿irse a la cama, beber un rato más, salir a dar una vuelta? Pero en el fondo sabía muy bien que lo que quería era regresar a la sala para observar el Juego. El espectáculo le había interesado más de lo que estaba dispuesto a admitir y en ese instante una implacable tentación secreta rondaba en su interior, por más que fingiese no verla.

En la sala de juego otro hombre ocupaba ya el centro del cuadrilátero y había logrado amasar un considerable montón de billetes a sus pies. Un instante más tarde lo había perdido todo al caer las monedas sobre la moqueta señalando cruz.

Grant permaneció contra una pared observando con atención el método para apostar. Sus pensamientos recorrían las distintas posibilidades de que salieran cuatro veces seguidas cara o cruz, sin dejar de pensar en los billetes que tenía en la cartera.

Por lo general casi nunca jugaba porque rara vez se le presentaba la posibilidad de hacerlo. Pero podía sentir en su interior una emoción completamente nueva: esa extraña pasión que tan bien conocen los jugadores.

«Tampoco importa mucho —se dijo a sí mismo—, si pierdo las diecisiete libras que llevo. Pero ¿qué pasa si gano?»

De forma deliberada comenzó a alentar esa tentación que rondaba en su interior, para ver si afloraba convertida en una clara intención de su voluntad.

Sacó entonces un billete de cinco libras de su cartera.

La sola perspectiva de depositar una apuesta le provocaba una sensación de inseguridad, de modo que avanzó vacilante entre la multitud con el billete de cinco libras en la mano. Frente a él, en un extremo del cuadrilátero, un hombre con casi quinientas libras a sus pies gritaba:

—Vamos, otros cincuenta a que sale cruz. ¿Alguien apuesta a cruz?

Grant permaneció indeciso. Se sentía torpe entre todos esos apostantes llenos de aplomo y no lograba dar el paso para depositar su billete en el suelo. Además, todavía no estaba para nada convencido de la infalibilidad del sistema de distribución de las ganancias.

De pronto alguien le quitó el billete de la mano.

—¿A cruz, amigo? —preguntó un hombre de aspecto desastrado, situado justo detrás del hombre que azuzaba a los apostantes.

Grant asintió con la cabeza porque no se le ocurrió qué más podía hacer y vio cómo sus cinco libras iban a parar al montón sobre el suelo.

En ese momento el controlador gritó:

—¿Todo en orden? —Y a continuación las monedas volaron por el aire.

—¡Cruz!

Al instante, Grant se vio zarandeado por los empujones de los jugadores que pujaban por ir a recoger sus ganancias. Él mismo quiso avanzar pero no lograba reunir la confianza necesaria. Poco después todo estaba listo para el siguiente lanzamiento y Grant, aplastado contra la pared, seguía sin noticias del hombre con el que había depositado su apuesta.

Seguro, pensó, que cualquiera se había quedado con lo que le correspondía. Comenzó entonces a mirar a su alrededor en busca de alguien a quien reclamarle su dinero, si bien no albergaba grandes esperanzas. En ese instante vio al hombre de aspecto desastrado saltando e intentando mirar por encima de las cabezas.

—¿Alguien ha visto al tío alto, el de la chaqueta? ¿Alguien ha visto al tío alto de la chaqueta? —preguntaba con insistencia.

Grant levantó la mano y comenzó a hacer gestos con energía. El hombre se le acercó sorteando la multitud de apostantes.

—Aquí tienes, amigo. Pensaba que te había perdido —dijo, y le pasó dos billetes de cinco libras a Grant, antes de escurrirse sinuosamente de vuelta al cuadrilátero sin esperar respuesta.

Grant miró avergonzado los billetes e hizo un gesto de agradecimiento al hombre que los había rescatado. Iba a metérselos en el bolsillo cuando experimentó una emoción completamente nueva: el remordimiento del jugador que no ha aprovechado todo su dinero para colocarlo en una apuesta ganadora.

Cuando ya introducía los billetes en la cartera, Grant hizo una pausa. En ese momento tenía veintidós libras y diez chelines. El doble de eso eran cincuenta libras. Y dos veces cincuenta hacían cien. Y el doble de cien...

Con toda confianza, se zambulló en la multitud y consiguió sentarse apretujado en la banqueta que bordeaba la moqueta. A continuación extrajo todo el dinero de la cartera y lo sostuvo en la mano, esperando a que terminase el lanzamiento que tenía lugar en ese momento.

Ni siquiera se detuvo a pensar si debía apostar a cara o a cruz. Simplemente estaba allí para ganar dinero por pura suerte. Y la suerte, como él bien sabía, no se regía por caprichos.

Cuando llegó el momento, dejó caer sus veintidós libras y diez chelines al suelo y anunció:

—Veintidós libras y diez chelines a cruz.

Había decidido apostar a cruz por el simple hecho de que el hombre a su lado había puesto su dinero a que salía cara.

De inmediato alguien arrojó un manojó de billetes sobre el montón de Grant.

—Veintidós con diez a cara —dijo una voz por encima de su hombro y, a modo de comentario, añadió—: Ahí van veintitrés, amigo.

Sólo entonces Grant cayó en la cuenta de que los diez chelines sueltos estaban fuera de lugar.

De nuevo el humor de Grant sufrió un vuelco. Se sentía bastante cohibido. Acababa de hacer una apuesta y dentro de breves instantes tendría cincuenta libras o no tendría nada. Ya no podía cambiar de parecer. Pese a todo, no dejaba de repetirse a sí mismo: «No importa si pierdes. Es una decisión que has tomado y ya está. No importa si pierdes.» Siguiendo una reacción instintiva que no conseguía entender, mantuvo los ojos cerrados y la cabeza gacha, de manera que el jugador con el que había apostado su dinero no pudiera verlo.

Todavía tenía los ojos cerrados cuando oyó el resultado del lanzamiento: cruz.

Ahora tengo cincuenta libras, pensó Grant, y se dio la vuelta para darle a su oponente los diez chelines en monedas. Pero nadie a su alrededor dio la menor señal de tener algo que ver con la apuesta. Diez chelines no eran algo a tener en cuenta en el Juego.

El dinero continuaba a sus pies.

—¿Sigues apostando todo a cruz, amigo? —le preguntó alguien por encima del hombro.

En una rápida evaluación consideró el asunto y respondió:

—Sí.

Pero en una segunda evaluación pensó: «Santo Dios, ¿por qué no guardé parte del dinero, al menos?»

Un fajo de billetes había sido depositado con rapidez por encima de él, y tenía cien libras delante.

Llegado ese punto, ya no le importaba ni su propia apariencia. Las manos le temblaban visiblemente cuando se encendió un cigarrillo y dio una profunda calada, dejando pasar el humo hacia sus pulmones.

En ese momento se dio cuenta de la terrible humareda que se concentraba en la sala, del calor que casi se podía palpar con las manos, de las caras sudorosas de los jugadores en tensión, de la insaciable avaricia de los controladores y una vez más las monedas volaban por el aire, más y más alto, describiendo un doble arco, esos pequeños discos de la fortuna, hasta caer al suelo.

—¡Dios mío! —exclamó Grant—. ¡Es cruz!

Echó una mirada a su dinero, depositado ante él, un puñado de billetes verdes y arrugados, y se inclinó para recogerlo. Pero en el instante en que alargaba el brazo para hacerse con él, lo invadió la tercera sensación extraña de aquella noche: el misticismo de los jugadores. Sabía que las monedas volverían a caer en cruz. Lo sabía con la misma certeza con la que sabía que estaba vivo. Lo único que tenía que hacer era dejarse llevar por esa convicción; a lo cual no puso ninguna resistencia.

Volvió, pues, a tomar asiento con la espalda recta y, sin tocar su capital, vociferó:

—Cien libras a cruz.

Tres jugadores se unieron para cubrir el monto de Grant. Él permaneció sentado en su sitio y se limitó a echar un vistazo alrededor mientras se completaban el resto de apuestas. No pensaba en nada: estaba poseído por cierta intuición. Y mientras ese extraño demonio le hablase, Grant ni siquiera dudaría de sus propias acciones.

Estuvo cerca de titubear cuando las monedas describieron un arco en el aire para volver a caer, pero no hubo tiempo para que esa indecisión cristalizara. El controlador volvió a gritar:

—¡Cruz otra vez!

La reacción golpeó a Grant en el estómago con dureza. Por un momento tuvo la sensación de que iba a caer desmayado sobre sus propias ganancias. Pero acto seguido se agachó y comenzó a meterse los billetes en los bolsillos.

No se le pasó por la cabeza dejarle una propina a los controladores, quienes tampoco parecían haberse dado cuenta de sus ganancias porque no le pidieron nada. Con ambas manos en los bolsillos de la chaqueta, donde guardaba su dinero, Grant se abrió paso a empujones y salió tambaleándose al comedor, cruzó el patio trasero, alcanzó el callejón oscuro lleno de holgazanes (que a sus ojos desacostumbrados a la oscuridad le pareció aún más fantasmal que antes) y finalmente llegó a la calle.

Todo su cuerpo bullía con el júbilo que experimentaba su espíritu. Acababa de ganar casi doscientas libras. Sus diecisiete libras con diez

chelines se habían convertido en doscientas libras.

Las palabras «doscientas libras» se repetían en su mente sin cesar. «Doscientas libras. Doscientas libras. DOSCIENTAS libras. Increíble. ¡DOSCIENTAS LIBRAS!» Y además tenía el cheque de su paga intacto en el bolsillo.

No había tenido tanto dinero en su vida y en ese momento podía sentir cómo se hinchaba en los bolsillos y abultaba dentro de la ropa, dejando escapar un siseo mientras caminaba. Tenía que ir a algún sitio donde pudiera contarlo y contemplarlo.

El camino de regreso a la habitación del hotel le pasó totalmente inadvertido, excepto cuando tuvo que buscar a tientas las llaves entre los billetes que se amontonaban en los bolsillos.

Una vez en el cuarto se sacó de encima todo el dinero, lo puso en el suelo y se dedicó a contarlo con cuidado, agrupando los billetes según su valor. A continuación extrajo el cheque de su paga y lo colocó también a un lado. Doscientas libras en billetes más un talón por ciento cuarenta y cinco libras. Trescientas cuarenta y cinco libras, y al día siguiente estaría en Sydney.

Se miró al espejo y observó su rostro, joven aunque tenso y sudoroso. Sus ojos brillaban con la excitación que le provocaba haber ganado todo ese dinero; su cabello lucía desordenado de haberlo revuelto con los dedos.

—Grant —le dijo a su propia imagen reflejada—, eres un tío listo.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama y se quedó mirando al techo, sintiendo el cosquilleo de la dicha que lo invadía.

Por primera vez en mucho tiempo pensó en Robyn y se rió de sí mismo por atreverse a suponer que doscientas libras podían facilitar las cosas con ella. Robyn la de largo cabello rubio recogido en trenzas. Robyn llena de confianza y seguridad, siempre inalcanzable. Robyn a la que hacía un año había visto por última vez, una semana antes de partir a Tiboonda, de pie frente a la puerta de entrada de su casa con una luz encendida a sus espaldas que hacía brillar su cabello. Robyn, que se había mostrado excepcionalmente poco interesada en John Grant. Pero ¡qué diablos!, era una chica encantadora.

¿Qué tal si hacía una llamada de larga distancia en ese instante para anunciarle que volvía a casa, que se había hecho rico? Pero era cierto que Robyn estaba más familiarizada con el dinero que él y quizás una suma como trescientas cuarenta y cinco libras no le causase mayor impresión.

Volvió a reírse y se incorporó para comenzar a desvestirse. Pero se detuvo, asombrado ante la enormidad de un pensamiento.

Si hubiese mantenido su apuesta... y hubiese salido cruz otra vez... ya no tendría que volver a Tiboonda nunca más. Habría ganado cuatrocientas libras. Cuatrocientas libras más su suelo daban para pagar la deuda que tenía con el Departamento de Educación, e incluso le sobraba un poco para vivir en Sydney mientras se buscaba un nuevo trabajo.

Un sólo lanzamiento de las monedas; cinco segundos y quedaría a salvo de tener que pasar todo un año más en Tiboonda. Si tan sólo... Aunque aún podía...

Se sentó en la cama y se puso a mirar el dinero. Era maravilloso, pero ¿qué podía proporcionarle más allá de unas cuantas semanas de gloria en Sydney? Incluso su salario bastaba para eso. Y si perdía las doscientas libras nada habría cambiado: no estaría peor que si hubiese perdido las veintidós con diez que tenía al comienzo.

En cambio, si ganaba podía marcharse a Sydney para quedarse allí. El brillo había desaparecido de sus ojos, pero la tirantez de su piel había aumentado. Lentamente se puso de pie, se colocó la chaqueta, reunió el dinero en fajos bien hechos y se los metió en el bolsillo. Guardó también el talón en la cartera, se miró al espejo otra vez, sonriendo por un instante ante su cara de preocupación, y se puso en camino hacia la sala Two-up.

Una vez en la puerta, lo dejaron entrar sin mayores preguntas y pasó directo al cuarto de apuestas. La multitud no parecía haber experimentado grandes cambios; si acaso, el calor había aumentado y el humo era aún más denso.

Grant se sentía más o menos tranquilo. Ya no le excitaba la idea de jugar. Simplemente sabía que existía una oportunidad clara de conseguir lo que quería y no la iba a dejar pasar.

Le llevó cerca de cinco minutos volver a alcanzar la orilla del cuadrilátero. Según avanzaba empujando con paciencia, decidió que esta vez apostaría a cara. Un hombre que parecía haber ganado una fortuna se levantó de la banqueta y Grant ocupó su lugar.

El controlador se acercó al jugador que estaba inmediatamente al lado de Grant para ofrecerle la tablilla. La costumbre en el Juego de Bundanyabba era lanzar las monedas siguiendo el orden de las personas sentadas en la banqueta que rodeaba el cuadrilátero. El jugador negó con la cabeza y el controlador le ofreció entonces la tablilla a Grant.

Durante el resto de su vida recordaría el impulso que lo llevó a aceptarla y a seguir al controlador hasta el centro del cuadrilátero.

En condiciones normales le causaba vergüenza ser el centro de cualquier actividad, aunque en esta oportunidad sabía que la atención de todos los que estaban en la sala se concentraba en el par de monedas, no en el *spinner*.

—¿Cuánto? —preguntó el controlador.

Grant no tenía ninguna intención de prolongar el calvario: había decidido que sería doble o nada y lo mismo daba jugárselo todo a un lanzamiento que a varios.

—Doscientos —respondió, sacando el dinero de su bolsillo.

El controlador lo contó sin mayor atención.

—Doscientos —anunció, y comenzaron a llover billetes de los cuatro rincones del cuadrilátero. Grant esperaba abatido sosteniendo la tablilla para lanzar en la mano.

—El centro ya está cubierto —cantó el controlador, y de inmediato, comenzaron las apuestas a los lados del cuadrilátero.

Grant se sentía rodeado de dinero, pero todo le parecía lejano excepto las cuatrocientas libras apiladas frente a él que alcanzaba a tocar con la punta del zapato.

—¿Todo en orden? —gritó el controlador.

Las voces habían bajado el volumen.

—Bien, entonces ¡a lanzar!

Con gesto inexperto, Grant arrojó las monedas al aire y se sumió en un momento de oscuridad espiritual.

Acto seguido el controlador anunció:

—¡Divididas! —Y recogió las monedas.

Grant no sabía qué significaba y, hasta que el controlador no comenzó a colocar las monedas nuevamente en la tablilla, no cayó en la cuenta de que había salido una cara y otra cruz, lo que invalidaba la tirada.

Entonces se le ocurrió que la decisión de apostar por cara ya no era válida y que entonces como lanzador debía apostar por cruz, pero no tuvo tiempo de pensarlo porque el controlador le estaba dando la orden de lanzar de nuevo, así que volvió a tirar.

Sobre el suelo, las dos monedas dejaban ver la cruz, las dos en cruz, cuatrocientas libras. Pero como un áspero sonido que interrumpe un plácido sueño el controlador gritó:

—¡Lanzamiento inválido! Se mantienen las apuestas. ¡Lanzamiento inválido! ¡No toquen su dinero!

El controlador recogió los dos peniques y volvió a colocarlos en la tablilla, que Grant recibió con mano temblorosa.

—Tienes que lanzarlas por encima de tu cabeza, muchacho.

Invadido por los nervios, Grant volvió a arrojar las monedas. Intentó seguir su trayectoria pero el destello de una de las lámparas se lo impidió.

¿Dónde habían ido a parar?

Se produjo mucho alboroto a sus pies y los billetes, las cuatrocientas libras, desaparecieron; el controlador acababa de anunciar cara y Grant tenía que abandonar el cuadrilátero, pese a ni siquiera haber visto caer las monedas.

Un aturdimiento en forma de rumor constante se apoderó de su cuerpo. Le molestaba que el resto de jugadores notasen su deterioro. Sentía los músculos de su cara tan tirantes que le parecía estar sonriendo con insistencia. Seguro que tenía contracciones en las mejillas. Se apoyó contra una pared y fumó con avidez, intentando reírse de la situación y deseando no haberse acercado nunca a ese lugar. Lo mejor era marcharse de allí cuanto antes, pensaba, porque el peligro aún subsistía. La parte de su mente que aún actuaba con independencia de su turbación física comenzó a repetir: no tiene importancia, sólo has perdido veintidós libras con diez. Arriesgaste y la cosa no salió como querías. Eso tú ya lo sabías antes de que ocurriera. Ahora mismo no estás peor que si hubieses perdido las veintidós libras a la primera apuesta.

Pero no estaba convencido. Un minuto antes tenía doscientas libras y luego ya no. De poco servía decir que las había perdido tan rápido como las había ganado. El anticlímax de la situación lo hacía sentirse seco, sacudido, asqueado.

La total despreocupación de los que lo rodeaban le pareció de una insensibilidad cruel, pero un último resquicio de humor evitó que cayese de lleno en la autocompasión y con una sonrisa pensó en su propia falta de preocupación por el que había perdido un rato antes, cuando a él le había tocado ganar.

Bueno, bueno, se dijo, has tenido tu oportunidad. Ahora vete a la cama y olvida que todo esto ha sucedido.

Y, sin embargo, permaneció apoyado contra la pared, imbuido de la atmósfera de dinero. Había sido tan fácil ganar. Sólo con tirar una moneda en un par de ocasiones y el dinero se había duplicado, y duplicado, y duplicado. ¡Dios mío!, el ansia de dinero era algo persistente, lacerante.

Cuando de pronto apareció Crawford, casi no lo reconoció.

—¿Qué hay, John? ¿Todavía por aquí?

Grant se había quedado sin energías para hacer un esfuerzo de sociabilidad.

—¿Pueden cambiarme un cheque en este lugar? —respondió con una pregunta. No se lo iba a pensar, simplemente lo iba a hacer. Sí, lo iba a hacer. Actúa primero y piensa después. Pero actúa ya.

—Sí —contestó Crawford, que no daba señales de estar sorprendido—. ¿De cuánto es?

—Ciento cuarenta. —Grant sacó el cheque y se lo enseñó a Crawford.

—No debería haber ningún problema. Yo me encargo. Pero tienes que firmarlo.

Grant endosó el cheque con un bolígrafo que Crawford le había pasado. A continuación, el policía se dirigió a los controladores, que se encargaron de cambiar el cheque sin hacer preguntas: distraídamente sacaron el dinero de los bolsillos hasta alcanzar la suma.

Grant no llegó a darle las gracias a Crawford por haber convertido el documento en efectivo.

—¿Vas a jugar? —preguntó Crawford.

Pero Grant ya lo había dejado atrás e intentaba abrirse paso hasta el cuadrilátero.

Sus labios encarnaban su desesperación. En alguna parte de su mente la irracionalidad de su acto se le aparecía con claridad. Pero se comportaba como un autómatas dominado por una sola idea que actuaba como una orden. Había una decisión que lo empujaba hacia adelante, una decisión que parecía haber tomado hacía mil años.

Grant no era de los que optaba por ir forjando sus ganancias mediante apuestas pequeñas. Se inclinó por encima de los jugadores que estaban sentados en la banqueta del perímetro y dejó caer sus ciento cuarenta libras anunciando:

—Ciento cuarenta a cruz.

Su voz sonaba extraña y lejana. La desesperación pesaba sobre sus hombros y le hundía el estómago. No tenía la menor esperanza de ganar, pero ya no iba a retirar su apuesta incluso aunque hubiese tiempo para hacerlo antes de que comenzase la lluvia de billetes desde distintas direcciones.

Tres minutos después de haber recibido el dinero correspondiente a su cheque lo había perdido todo.

El grito de «¡cara!» no tuvo mayor efecto en él. Pero pasado un momento o dos sobrevino la dura y dolorosa conmoción al caer en la cuenta. Pasmado, se limitó a observar mientras las distintas manos iban repartiéndose el dinero que acababa de poner ante sí. Luego se quedó mirando la moqueta vacía, el

lugar donde había estado su capital, hasta que otro montón de billetes comenzó a florecer y el Juego siguió su curso.

Grant se giró entonces con la vista perdida, salió del edificio y se adentró en la noche, caminando con rigidez, traspuesto por la magnitud de su pérdida. El significado de lo que acababa de sucederle tenía tal profundidad que no conseguía pensar en sus consecuencias. En el fondo de su mente se había formado un pequeño nudo, alrededor del cual giraba la destructiva comprensión de lo que acababa de hacer. Pero hasta que ese nudo no se soltase, no podía pensar con suficiente detenimiento en lo que sucedería a partir de ese momento.

Se marchó, pues, de regreso al hotel, se quitó la ropa, se dejó caer desnudo sobre la cama y se quedó mirando con los ojos ardiendo el techo de la habitación, hasta que de pronto cayó dormido con la luz aún encendida.

Pensó en Robyn con su vestidito de tenis blanco y luego en una ola avanzando en el mar con la espuma blanca en la cresta sin perder su forma ondulada de profundo color verde, y luego, ¡Dios santo!... Despertó del todo sobre ese camastro de hierro en un hotel en Bundanyabba sin dinero.

Grant se levantó y apartó la vista de su rostro gris reflejado en el espejo. Aún desnudo se acercó a la ventana y, sin prestar mayor atención, recorrió con la vista el feo patio trasero del hotel y las vallas de la parte posterior de los comercios vecinos. No hacía mucho que había amanecido y el calor asfixiante de la noche ya había dado paso al resplandor del sol, más severo y abrasador.

Grant se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la pared de madera empapelada, intentando extraer algún resto de frescor. Cogió el jarro de la mesa, se echó un poco de agua por la cabeza y dejó que chorrease tibia por su cuerpo.

—No tiene sentido —dijo en voz alta— caer en la miseria y la desesperación.

Pero las palabras no eran de gran ayuda para disipar esa pira condenatoria levantada en su contra que no dejaba de arder en su interior.

Se sentó en la cama y se detuvo en el reflejo de su imagen en el espejo. La oscura sombra de una barba sin afeitar había aparecido sobre su rostro, tenía el pelo aplastado por el agua y el sudor había comenzado a acumularse sobre su pecho y su frente. Intentó entonces esbozar una sonrisa y comprobó que sus labios respondían: sus ojos, sin embargo, permanecieron apagados y vacíos.

—La vida —se dijo— te parecerá más prometedora después del desayuno.

Se había echado de espaldas sobre la cama a punto de caer dormido otra vez, cuando oyó que la campanilla del hotel indicaba que era la hora de ducharse, afeitarse y vestirse para salir con aspecto presentable a un mundo que, de pronto, se había convertido en algo excesivamente complicado.

Para su sorpresa, el desayuno estaba bastante bueno, sobre todo porque alguien del hotel había tenido la brillante idea de incluir papaya helada en el bufet. Eso ayudó a calmar un poco sus pensamientos y, a continuación, vinieron el café y el primer cigarrillo del día.

Ese primer cigarrillo, el primero de los once restantes de su último paquete, más dos chelines con siete peniques era todo lo que había salido de sus bolsillos tras rebuscar en ellos. Se le ocurrió que debía consumir todo lo que le ofrecieran en el hotel porque sus posibilidades de volver a comer ese día eran como mucho escasas. Pero el calor comenzaba a oprimirlo y después de haber fumado toda la noche sin parar tenía la boca seca, así que sólo se comió la papaya.

Pidió, eso sí, otro café y encendió un nuevo cigarrillo, a fin de cuentas los once tampoco le iban a durar mucho.

No había mucha gente en el comedor y estaba solo en su mesa, de modo que con el segundo cigarrillo se presentó también el momento para evaluar la situación. Sí, era el momento de afrontarlo: ¿qué iba a hacer?

No tenía a nadie a quien pedir algo de dinero y mucho menos conocía a alguien a quien pudiera explicar que acababa de perder todo su dinero en las apuestas. Pero, además, ¿cuánto tendría que pedir prestado? Sólo para sobrevivir hasta que llegase el próximo cheque serían como mínimo cien libras.

Si lograrse llegar a Sydney existía la remota posibilidad de reorganizar su estancia quedándose en casa de algunos parientes lejanos. Pero, aun así, ¿qué podía hacer con dos chelines y siete peniques para sobrevivir durante seis semanas? Y, además, ¿cómo llegaría hasta allí? Sólo el billete de ida en tren eran diez libras, en caso de que estuviese dispuesto a aguantar un viaje de cuarenta horas sin dinero ni comida. Y una vez en Sydney, ¿pensaba irse caminando con las maletas desde la estación hasta casa de su tío en la periferia de la ciudad, a veinticuatro kilómetros de distancia? En definitiva, todo eso no eran más que elucubraciones porque no tenía diez libras.

¿Tenía algo que pudiese vender? Sólo su ropa, aunque no parecía que en Bundanyabba hubiera gran interés por el mercado de segunda mano. Su reloj estaba viejo y cascado, y como mucho le darían unos cuantos chelines. Pero

es que, además, ni siquiera sabía si existía algo similar a una casa de empeños en la ciudad.

La única opción que parecía quedarle era la de encontrar alguna clase de trabajo en Bundanyabba. Si pudiese encontrar empleo en una tienda o en una oficina, o trabajar como jornalero; cualquier cosa que sirviese para pagar el billete a Sydney.

Pero ¿dónde se iba a quedar durante todo ese tiempo? El lunes, como muy pronto, intentaría conseguir trabajo, pero no se podía quedar en el hotel porque la cuenta se elevaría a más de lo que ganaría trabajando.

El contraste entre lo que tenía ante sí en ese momento y lo que había planeado la noche anterior se le hizo presente en toda su violencia física. Sin embargo, prefirió dejar a un lado sus pensamientos para enfrentarse a los problemas más urgentes.

Era evidente que tenía que dejar el hotel de inmediato. Al menos ése era un paso irreversible. Subió a su cuarto, hizo las maletas, dio un vistazo para asegurarse de que no se olvidaba nada y volvió a bajar a recepción.

Una extraña sensación lo asaltó al recibir los diez chelines de depósito que había dejado por la llave. Se había olvidado de ese pequeño billete de tonos anaranjados y al verlo entre sus manos, recordó los succulentos fajos de dinero que había perdido la noche anterior. Se metió el dinero en el bolsillo donde descansaban sus dos chelines con siete peniques y se dirigió a la calle cargando con sus dos maletas.

Eran las nueve de la mañana del sábado.

El sol le hirió los ojos con mayor intensidad de la habitual. Grant se caló las gafas y enfiló por la calle principal, siguiendo con lentitud el sendero que marcaban los toldos en mal estado, hasta dejar atrás el ayuntamiento con su inexplicable terreno de jardín verde delante.

Cuando alcanzó la esquina de las oficinas de correos, dio la vuelta y volvió a repetir el trayecto en sentido inverso. ¿Adónde podía ir a continuación?

Sintió que llamaba la atención, aunque no había razón para que la gente que circulaba por aquella concurrida calle pensase al verlo que hacía otra cosa que esperar el autobús. Puso sus maletas a la sombra de un toldo, junto a una parada, y se sentó sobre una de ellas.

Tenía que haber una respuesta. No podía dedicarse a deambular de arriba abajo hasta derrumbarse. Aunque, por otra parte, también era una opción factible.

Desde donde estaba sentado se divisaban las enormes acumulaciones de desechos y desperdicios de las minas, verdaderos montículos artificiales abandonados unos cuantos metros más allá de la ciudad. Cuando soplaba el viento, densas nubes de polvo mineral se levantaban desde allí para llenar el aire de la ciudad de una cegadora nube de partículas en suspensión.

Grant observó esas formas estériles de tierra acumulada como un potencial refugio donde pasar las próximas noches de las restantes seis semanas. Probablemente había comedores populares en Bundanyabba, pensó con algo de desesperación.

Sentado en la parada se fumó otro de sus cigarrillos. El bus hizo su aparición, se detuvo y volvió a ponerse en marcha, mientras Grant, convencido ya de que llamaba la atención, volvió a ponerse en pie y comenzó a caminar alrededor del centro comercial con sus maletas.

Hacia las nueve y media le entró una suerte de histeria nerviosa que le apretaba la garganta. Tenía que encontrar algún sitio donde dejar su equipaje y pensar un rato.

El sol ya había elevado la temperatura hasta alcanzar los treinta y ocho grados a la sombra, y el alquitrán de la carretera empezaba a borbotear. Grant se sintió desamparado en medio de esa tierra de nadie. No había ningún espacio para la retirada ante un enemigo invisible e invulnerable. Sus líneas de apoyo se habían desvanecido y había perdido las armas. Ni siquiera podía cavar en el suelo para esconderse.

Convertido en una figura solitaria que ni siquiera merecía un tiro de gracia, parecía condenado a vagar por esa tierra desolada hasta hundirse en el olvido.

¡Al carajo! No podía seguir caminando de un lado para otro por esa misma calle durante otras seis mortales semanas.

Así que se metió en el bar del hotel más cercano.

Sólo había unos treinta hombres dando sus primeros tragos después del desayuno. A Grant no le costó encontrar un rincón para colocar sus maletas y pidió un *pony* de cerveza, la medida más pequeña. Fueron nueve peniques pero sirvieron para darle un respiro de la calle. Sin beber una gota puso el vaso sobre la barra, decidido a utilizar la cerveza como excusa para permanecer en el bar tanto tiempo como quisiera.

Ocho cigarrillos aún, menos el que se estaba a punto de fumar, hacían siete. Era curioso que los cigarrillos resultasen tanto más apetecibles cuando la oferta estaba estrictamente limitada.

Se reclinó contra la barra y levantó la vista hacia las innumerables hileras de monedas de uno y tres peniques adheridas al aparador de madera sobre su cabeza. Era la costumbre local: mojar las monedas más pequeñas con cerveza y pegarlas en los listones de madera. Una vez lleno todo el espacio disponible llegaban a sumar varias libras. Entonces las arrancaban y todo el proceso volvía a comenzar. Se suponía que los dueños del bar cedían el dinero a obras de caridad, pero Grant nunca había encontrado ninguna prueba que diera crédito a esa suposición.

Según sus estimaciones, debía de haber unas diez o doce libras pegadas sobre su cabeza: dinero suficiente para llegar a Sydney. Pero estaba claro que si intentaba hacerse con las monedas tendría que enfrentarse a una decidida resistencia.

Con prudencia le dio un sorbo a la cerveza y jugó con el humo del cigarrillo mientras fumaba: lo dejaba escapar tan lentamente que podía inhalarlo nuevamente por la nariz. «Está claro —se dijo— que esto no ayuda en nada a solucionar mi situación.»

Un hombre bajo de gafas se instaló en la barra junto a él y pidió una mediana con un acento que parecía guardar restos de procedencia irlandesa. En cuanto se quitó el sombrero panamá, dejó a la vista una cabeza casi totalmente calva, exceptuando un par de mechones blancos alrededor de las orejas.

—¡Qué calor! —le dijo con amabilidad a Grant, pasándose un gran pañuelo sobre la calva perlada para agregar credibilidad a su comentario.

—Sí, calor —asintió Grant secamente.

El hombre de baja estatura echó una mirada al bar pero, aparentemente, no divisó a ningún conocido de modo que volvió a dirigir su atención hacia Grant.

—¿Primera vez en Yabba?

Grant retrocedió un poco: ¿es que todo el mundo en Bundanyabba había adoptado exactamente el mismo modelo de conversación?

—Primera vez en Yabba —admitió de forma tan indiferente que pareció grosera, aunque la grosería de ese tipo no era algo conocido en Bundanyabba y el hombre no llegó a darse cuenta.

—¿Y qué? ¿Te parece un buen sitio?

Al menos se podía introducir una nueva cuña, se percató Grant al instante.

—No, creo que es rematadamente horrible —soltó con la esperanza de que eso evitase los siguientes pasos en la conversación.

El hombre bajito se detuvo en seco con la cerveza a medio camino hacia sus labios.

—¿Que no te gusta Yabba? —Eso era lo más cercano a la herejía que jamás hubiese oído y no sabía cómo lidiar con ello.

—No.

De un solo trago, el hombrecillo vació su vaso y pidió otro de inmediato. Tras un momento en el que parecía haberse detenido a reflexionar, se giró hacia Grant y le preguntó:

—¿Te apetece una cerveza?

Aunque podía parecer que Grant acababa de hacer algo obsceno, no había sido suficiente como para ser censurado.

—No. Simplemente me estoy bebiendo ésta sin prisa, gracias.

—Bueno, acaba con ella y te invito a otra.

Eso ya había ido demasiado lejos. Grant no tenía ni el más remoto deseo de cultivar la amistad con ese *émigré* sin cabello, a pesar del tono nostálgico de su voz.

—Mire —replicó—, estoy sin blanca y no puedo permitirme seguir bebiendo. Sólo quiero beberme esta cerveza con calma, ¿vale?

Pero ésa tampoco era la forma de hacer frente a la situación.

—¿Y eso qué tiene que ver, hombre? Te he dicho que yo pago la próxima cerveza. No quiero que me invites tú. Vamos, bébetela ya de una vez.

El hombre bajito había comenzado a subir la voz y algunos de los demás bebedores empezaron a mirarlos. En ese punto, Grant prefirió darse por vencido y, tras vaciar su minúsculo vaso de cerveza, lo colocó sobre la barra.

—Póngame dos medianas, señorita —dijo el hombre bajito, y al poco Grant pudo sentir de nuevo en la palma de la mano la reconfortante curva de un vaso de trescientos centímetros cúbicos lleno de cerveza fría.

—Mi nombre es John Grant —dijo con desidia.

—Tim Hynes.

Grant estrechó la mano que le tendía. Era una mano dura y, por alguna razón, bastante fría. Tal vez de tanto sostener vasos de cerveza, pensó Grant, cuyas manos estaban caldeadas de sudor.

—¿Y cómo es que un joven como tú se encuentra en la bancarrota?

¡Dios mío! Esa gente tan despiadadamente amistosa cuya pura buena voluntad rozaba la impertinencia. En fin, era Bundanyabba y se estaba tomando la cerveza que ese hombre le había pagado y, nunca se sabe, tal vez Hynes pudiera ayudarlo a encontrar trabajo.

—Perdí el cheque de mi paga y ahora tengo que esperar unas cuantas semanas hasta recibir el siguiente. —Lo que en términos literales era verdad.

—¿Unas cuantas semanas?

—Soy el profesor de la escuela de Tiboonda y acababa de recibir mi paga para las vacaciones del fin del curso escolar.

Pero la verdad no se puede eludir eternamente.

—¿Y cómo es que perdiste el cheque?

—No lo sé. Simplemente lo perdí. Me debo de haber deshecho de él con parte de la basura cuando estaba haciendo las maletas.

—¿Y ahora no tienes dinero?

—Unos pocos chelines.

—¿Y cómo vas a recuperar tu dinero?

—Bueno, ya he escrito al Departamento y ellos me enviarán otro cheque en algún momento, aunque suelen ser bastante lentos.

—Entonces has venido a Yabba de vacaciones, ¿no es eso, John?

—Para nada. Iba de camino a Sydney. —Grant se percató de la pequeña incongruencia—. En realidad no me di cuenta de que había perdido el cheque hasta esta mañana.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer hasta que te llegue la paga?

—No tengo ni la más mínima idea. —Quizás entonces recibiese alguna recompensa por esa patraña que acababa de soltar.

—En ese caso será mejor que te tomes otra cerveza. ¡Dos medianas más, señorita!

—Mire, muchísimas gracias, pero no me gusta beber de su cerveza sobre todo cuando yo no puedo invitarle..., ni...

—¡Vamos! No tiene importancia, John. De verdad. Yo también he estado en la bancarrota más de una vez.

—Se me ocurrió que tal vez podría conseguir un trabajo por aquí para un par de semanas.

—Es posible, John, es posible. Muchas gracias, señorita. —Hynes extrajo un billete de una cartera rebotante y se volvió para quedar de nuevo frente a Grant—. ¿Y te gusta dar clases en Tiboonda?

Grant ya no deseaba deshacerse de Hynes, pero se odió un poco a sí mismo al darse cuenta.

—No está mal, un poco alejado, claro.

—¿Y entonces Yabba no te gusta?

—Bueno, supongo que estoy un poco quemado. Probablemente es un buen lugar. —¡Qué diablos!, las cosas que un hombre puede llegar a decir

llegado el momento.

Hynes se inclinó hacia él y apoyó su vaso con un golpe para dar énfasis a sus palabras.

—Hijo mío —dijo a continuación—, ¡es el mejor pueblo del mundo!

Grant se esforzó al máximo para adoptar una expresión acorde con la situación, pero podría haberse pasado toda su vida buscándola sin éxito, así que se limitó a sonreír incrédulo:

—Lo cierto es que este lugar parece gustar a todo el mundo —confirmó.

—Claro que gusta a todos. Ahora, escúchame un momento, John.

Grant puso atención y Hynes bajó la voz.

—¿Eres masón?

—No.

—¿Eres de los Buffs?

—¿De los qué?

—De los Buffs.

—¿Los Buffs? —A Grant le pareció gracioso.

—Los Buffaloes.

—¿Los Buffaloes? —Hasta dónde iba a seguir con esto.

Además, Hynes también había comenzado a exasperarse.

—¿Eres miembro del club de los Buffaloes?

—No, en mi vida los había oído nombrar.

—No eres masón ni de los Buffs. —Hynes parecía superado. Pasado un momento, como si por fin comprendiese, volvió a preguntar—: Entonces, debes de ser católico, ¿no?

—No, no soy católico.

—Bueno, no es que eso fuera a serte de gran ayuda, en cualquier caso. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Y no eres de los Buffs?

—No. No soy de los Buffs.

—Pobrecito John. ¡Otras dos cervezas, señorita!

Grant ni se molestó en protestar. Había comenzado a sentirse distante y el desengaño provocado por sus pérdidas se estaba convirtiendo en tristeza. Además, no estaba acostumbrado a beber en exceso después de un ligero desayuno a base de papaya.

Se pasó toda la mañana tomando cervezas con Hynes, conversando sobre Bundanyabba, sobre el trabajo de Hynes (aparentemente estaba relacionado

con una de las minas), sobre sus dos hermosas hijas y luego, más tarde, sobre su maravillosa esposa.

Al principio Grant insistía en llevar la conversación hacia las posibilidades que tenía de encontrar trabajo en Bundanyabba, aunque eso sólo servía para que Hynes volviese a insistir en lo incomprensible que resultaba que no fuese de los Buffs. Aburrido ante la obstinación de Hynes, Grant acabó perdiendo todo interés y simplemente se rindió a la bebida.

Al final de la mañana Hynes salió a comprar unas cuantas botellas de cerveza para llevar a casa, y Grant se encontró apoyado sombríamente en la barra, pensando con profunda melancolía en Robyn.

Robyn hablaba con una voz dulce y clara, y al hacerlo su boca adoptaba un gesto ligeramente tímido, a ratos audaz. Sus ojos eran grises y claros, y su rostro, un rostro ancho, mostraba cierta gravedad oriental que, al sonreír, cedía y se desvanecía. Su perfil era sereno y de aires helénicos, su cuerpo, suave y fuerte.

—Mejor nos vamos a comer a casa.

Grant se dio cuenta de que había estado sonriendo a la barra y sintió cómo sus pensamientos se venían abajo, entrechocando unos con otros. Pero retomando el dominio de sí mismo volvió a prestar atención a Hynes, cuyos brazos sujetaban un montón de botellas de cerveza envueltas en papel marrón.

—No estoy como para ir a comer a su casa con su esposa. —Grant hablaba con lentitud.

—Por supuesto que sí. Ella está acostumbrada.

—Sí, claro, pero seamos honestos, viejo amigo, he bebido un poco más de la cuenta y no me gusta la idea de ir así de visita a casa de unos desconocidos...

—En Yabba no hay desconocidos, vamos hombre, ponte en marcha.

Ya era casi la una de la tarde. Habían estado bebiendo durante tres horas seguidas. Haciendo eses, Hynes se dirigió a la salida del bar. Grant lo siguió caminando recto pero despacio, preocupado por mantener las apariencias en todo momento. Una vez en la calle, Hynes abrió la puerta trasera de un gran Ford y depositó la cerveza en el asiento.

—Sube —le dijo a Grant mientras rodeaba el coche caminando hacia el lado del conductor.

Grant forcejeó un momento con el tirador de la puerta delantera, pero logró abrir.

El coche había estado aparcado al sol durante horas y la elevada temperatura en su interior lo obligó a tomar grandes bocanadas de aire. Sin

embargo, era víctima de la despreocupación que afecta a los borrachos, por lo que observaba su propia incomodidad con distanciamiento.

Pronto, pensó con vaguedad, tendría que enfrentarse al futuro, pero por el momento era un hombre dedicado a tomarse la vida tal como venía.

De camino a la periferia pasaron ante la catedral católica, que parecía demasiado importante y asentada para Bundanyabba.

La casa de Hynes era un chato bungalow de madera en cuya parte delantera habían intentado plantar un jardín. El dueño de la casa atravesó el porche, empujó la puerta principal y entró en una estancia oscura que prometía en vano algo de frescor: imposible, en diciembre no había ningún sitio fresco en Bundanyabba.

—Pasa y siéntate —le dijo a Grant, empujándolo hacia un salón lateral—. Le diré a mi esposa que estamos aquí.

Grant se encontró en un salón en penumbra, decorado con gruesas cortinas y una espesa moqueta. «Todo de un gusto deplorable, sin duda, aunque de gran confort», pensó antes de sentarse en un hondo sillón tapizado de cuero y con reposabrazos de madera.

A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra, se entretuvo en una suerte de ejercicio mental intentado esquivar la idea de que aquel cuarto se había amueblado en exceso: era una situación bastante divertida.

Cogió sus cigarrillos pero se percató de que sólo le quedaba uno, así que prefirió sacar de la caja adornada que descansaba en mitad de la mesa de centro. A continuación lo encendió y se echó hacia atrás, inhalando. Eso era, sin duda, mucho mejor que dedicarse a ir de aquí para allí por las calles del pueblo. Cuando recobrase la sobriedad ya tendría tiempo para pensar seriamente sobre el asunto de encontrar un empleo. Después de todo, no estaba totalmente perdido. Sólo tenía que dar con la manera de juntar unas cuantas libras y puede que incluso le llegara para pasar un par de semanas en Sydney. Y si no lo conseguía, bueno, completaría un año en Tiboonda.

«Un año más en Tiboonda... Más vale no pensar en algo así... Mejor evitar romperse la cabeza ahora.»

Una chica alta y seria entró en la habitación y anunció:

—Mi padre vendrá dentro de un par de minutos.

Grant se puso de pie súbitamente y, a pesar de darse cuenta de lo ceremonioso que resultaba, hizo una pequeña reverencia y saludó:

—Hola, buenos días. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

Por su forma de responder, Grant comprendió que la chica ya había advertido que iba medio borracho.

Ella se sentó enfrente.

—De verdad le pido disculpas por presentarme de esta forma. Fue su padre el que insistió en que lo acompañase.

—Bueno, es lo que suele hacer.

Grant tuvo la impresión de que la misma situación ya se había repetido antes en numerosas ocasiones y que él no pasaba de ser otro triste caso al que había que soportar con paciencia.

La chica era muy delgada, aunque su cuerpo sugería unas formas llenas y el vestido de flores oscuro que llevaba se adhería a su piel con cada movimiento. Su cabello era largo y moreno, sus ojos grandes, muy grandes, al igual que su boca, aunque no tan grande para el tamaño de su rostro. Grant no sabía que hubiese chicas así en el Oeste: hasta el momento sólo había visto una serie de criaturas regordetas y sudorosas de mala complexión.

De pronto cayó en la cuenta de que llevaba un rato ahí de pie, mirándola fijamente, y volvió a sentarse con rapidez, sin saber qué hacer con las cenizas de su cigarrillo.

—Mi nombre es John Grant —dijo al mismo tiempo que lamentaba su tosquedad al hablar.

La chica sonrió con formalidad y dejó pasar un momento antes de responder:

—Soy Janette Hynes.

Luego ambos permanecieron en silencio. Janette se echó hacia atrás hasta reposar la cabeza en el tapiz del sillón y, estirando los brazos, fue a posar los dedos sobre las rodillas. Era su forma de reaccionar ante el calor o ante el aburrimiento que le provocaba la presencia de Grant, o ante ambas cosas a la vez.

A Grant le hubiese gustado estar más sobrio o más borracho, pero en su estado no era capaz de manejar la situación y permaneció en silencio, mirando con desesperación el cigarrillo que se estaba fumando.

Así pasaron casi tres minutos, hasta que Hynes volvió a aparecer con dos grandes vasos de cerveza.

—Una rápida antes de comer —sugirió.

Grant cogió el vaso y reiteró sus protestas por tener que presentarse de aquel modo a comer, pero Hynes lo acalló con sus comentarios estridentes. Janette aprovechó para salir de la habitación en silencio.

La única señal de que Hynes se había enterado de la marcha de su hija fue que ocupó el asiento que había dejado vacío. Pero también él tenía cierta inclinación a permanecer en silencio, y Grant comenzó a sospechar que la señora Hynes no era, quizás, tan dócil como su marido había insinuado.

Grant se preguntaba qué apariencia podía tener la mujer que, junto a ese curioso hombre de baja estatura, había engendrado a Janette. Debía de ser una hija concebida tardíamente, pensó, a menos que la señora Hynes fuese mucho más joven que su marido.

—¿Vuestra hija trabaja en Yabba, Tim?

—Es enfermera.

—Es la más joven, me imagino.

—Sí. La otra tiene treinta años.

Hynes ya no se mostraba tan entusiasta acerca de su hija como antes en el bar.

Janette asomó la cabeza por la puerta para anunciar:

—Mamá dice que vengáis a comer ya.

Hynes y Grant acabaron rápidamente sus cervezas y atravesaron el salón en dirección a la parte trasera de la casa.

En el comedor la señora Hynes estaba atareada arreglando los últimos detalles en la mesa y levantó la cabeza con aire de amabilidad al ver aparecer a Grant detrás de su marido. Era una mujer de formas cuadradas, más joven que Hynes, aunque no mucho. Desestimando las disculpas presentadas por Grant, lo invitó a sentarse a la mesa, en la cual destacaba una cubertería de buena calidad dispuesta con esmero sobre un almidonado mantel blanco.

Janette tomó asiento en la cabecera de la mesa y su madre en el extremo opuesto, mientras que Hynes y Grant quedaron a los lados. De la otra hija no había señales.

Durante la comida, Hynes habló sin parar. La señora Hynes se reía educadamente y a veces profería un «¡madre mía!» en el momento apropiado, sin mostrar mayor interés ni por Grant ni por el propio Hynes. Janette no decía nada. Grant tuvo la sensación de que, si bien Hynes era reconocido como el cabeza de familia y su voluntad solía ser la ley, nadie lo tenía en gran aprecio. Se había encontrado con la misma situación en otras familias de la región oeste.

El menú estaba compuesto por la típica comida del interior, consistente en filete con patatas y un puñado de minúsculas verduras de imposible identificación. Estaba, eso sí, bien preparada, y Grant, con un apetito inflado por la cerveza, se comió su plato con tal voracidad que sólo cuando la señora

Hynes le preguntó «¿Quiere usted un poco más, señor Grant?» se dio cuenta de que llevaba un rato raspando la salsa sobre su plato.

—No, muy amable. Una comida excelente, sin duda. Muchas gracias —murmuró, intentando no mirar a Janette.

De postre comieron una especie de tarta de crema, tras lo cual Hynes llevó de inmediato a Grant al salón con un par de botellas de cerveza, mientras Janette y su madre se encargaban de recoger la mesa.

Tras la comida, Grant se sintió bastante recuperado y decidió no continuar bebiendo. Aceptó, sin embargo, el vaso que Hynes le tendía, simplemente para pasar el rato, y sacó otro cigarrillo de la caja que estaba sobre la mesa de centro.

—Bueno —le dijo a Hynes— creo que tendré que ponerme en marcha dentro de poco.

—¿En marcha? ¿Adónde?

—Bueno, eh..., creo que debería salir a buscar trabajo.

—No vas a encontrar trabajo un sábado.

—No, tal vez no. Pero... Es que yo...

—Vamos, bébete tu cerveza, hombre, y pásalo bien, anda.

—Sí, claro. Pero, en serio, es que algo tengo que hacer.

—Por supuesto que sí, pero en este momento es mejor no pensar en esas cosas. Vamos, hombre, tómate tu cerveza y deja de preocuparte.

La casa comenzó a temblar por unas fuertes pisadas que provenían del porche. A Hynes se le iluminó la cara y gritó:

—¡Pasad, muchachos! ¡Pasad!

Dos hombres enormes, de unos treinta años y con camisas de cuello abierto, aparecieron encuadrados por el marco de la puerta.

—Buen día, Tim —exclamaron—. Buen día, John —repitieron, una vez hechas las presentaciones.

Hynes corrió a buscar otros dos vasos, y Grant tuvo la espantosa sensación de anticipar lo que tocaba a continuación, hasta que uno de los hombres lo confirmó:

—¿Primera vez en Yabba, John?

Pero Hynes regresó antes de que empezara con la cantinela una vez más.

Hynes y sus dos amigos hablaban al mismo tiempo e intercambiaban los torpes insultos que forman la típica conversación de la región oeste. Exceptuando algunos detalles menores, los recién llegados parecían casi idénticos, incluso por la tupida mata de pelo rizado que ambos lucían entre el cuello de la camisa y la garganta.

Algún día, pensó Grant, amasaría una fortuna fabricando ese modelo, como si fuera una pechera.

Al parecer, ambos hombres eran mineros que trabajaban con Hynes. Uno se llamaba Dick y el otro Joe y, pese a las apariencias, no eran hermanos ni estaban siquiera emparentados.

Siempre que pensaba en un minero, Grant imaginaba a alguien con la cara tiznada saliendo de la tierra como si fuera un topo. La diferencia era que podía parpadear, mover la cabeza y hablar, aunque lo más seguro, con un marcado acento galés. En cuanto a los recién llegados, se trataba de un par de especímenes que hablaban con el sonsonete nasal desarrollado por aquella gente que no abría mucho la boca al hablar para evitar que les entrase polvo.

Grant dejó que le rellenasen el vaso y, poco después, sorprendido al encontrarlo vacío, permitió que le sirviesen una vez más. Hynes parecía haberse olvidado del todo de su presencia y se había enfrascado en una conversación cuyo sentido a Grant se le escapaba casi por completo y que estaba relacionada con una jauría de galgos que ambos mineros compartían.

—¿Hacéis carreras de perros? —se atrevió a preguntar Grant.

Dick le dirigió una mirada como si le sorprendiera comprobar que Grant seguía allí.

—¿Cómo dices? —preguntó, y volvió de inmediato a su conversación con Hynes.

Grant volvió a concentrarse en su cigarrillo. Cavilaba, aunque ya no muy convencido, sobre la mejor forma de escapar y adonde. Pero como no hallaba ninguna respuesta cierta, se limitó a permanecer sentado.

Pasado un rato, dejó caer sus párpados y las voces se fueron convirtiendo en un murmullo constante. Un zumbido cálido lo envolvió como si estuviera rodeado de grandes abejas dando vueltas en un día caluroso, realmente caluroso.

Se hundía y se hundía, se dejaba caer suavemente manteniendo la atención justa como para sentir esa agradable sensación de abandono, más profundo, todo cálidamente borroso, las piernas y los brazos rendidos, la sensación de flotar a la deriva, cediendo más y más, poco a poco y sin ningún temor.

—Vas a tirar la cerveza como no te sientes bien.

Janette estaba sentada algo más allá en un taburete.

Grant sacudió la cabeza y estiró el cuello en un intento por disipar la nebulosa que envolvía su cuerpo y su mente. Con lentitud, esfuerzo y sufrimiento se incorporó.

—Lo siento —se excusó—, me he quedado dormido.

Hynes y sus amigos seguían discutiendo con seriedad sobre perros y no parecían haberse dado cuenta.

Janette tampoco hacía mucho por ayudarlo: simplemente se limitaba a continuar en su sitio, impasible y despreocupada.

Grant le dio un gran trago a su vaso de cerveza e intentó una sonrisa, pero no lo consiguió porque su cara no respondía bien.

Al diablo con todo; la humillación que podía soportar tenía un límite.

Hizo un esfuerzo para ponerse en pie y anunció, si bien con algo de estridencia:

—Bueno, ya me voy, Tim, gracias por tu hospitalidad.

Los tres hombres interrumpieron su conversación y le dirigieron la mirada. Los rostros de los dos jóvenes carecían de expresión, pero Hynes parecía perplejo: no sabía bien qué hacer con respecto a Grant. Era evidente que estaba tentado de dejarle partir y olvidarse de él. Por un momento, Grant pensó que era lo que Hynes iba a hacer y comenzó a desear no haber sugerido irse... de regreso a las calles de Bundanyabba.

—¿Y adónde te vas, hombre?

La pregunta carecía de respuesta y Grant, sin saber qué decir, comenzó a balbucear, consciente, y aliviado además, de que Hynes volviera a insistir en que no se marchase.

Hynes se le aproximó con una botella de cerveza.

—Quédate un rato, ¿quieres? —sugirió mientras le rellenaba el vaso—. Tenemos que ver lo de encontrarte un trabajo.

A esas alturas, Grant estaba seguro de que Hynes no tenía ni los medios ni la intención de conseguirle un empleo, pero por el momento era mucho mejor posponer las cosas un rato más. Lo que no tenía sentido era volver a la calle tambaleándose medio borracho.

—Siéntate y conversa con Janette —dijo Hynes—. ¿Es que no te apetece pasar un rato en compañía de una chica guapa?

Hynes regresó con sus amigos tras dejar esa propuesta flotando en el aire como una insinuación de ligero mal gusto entre Grant y Janette, algo que si bien no se podía mencionar, resultaba meridianamente claro para ambos.

O al menos en el caso de Grant, quien pensó que la propuesta había quedado clara para los dos. De hecho, Janette sonrió al volver a sentarse y le preguntó:

—¿Y para qué quieres trabajar?

—Por la razón de siempre, para tener dinero.

Tras un vistazo a su reloj, comprobó que eran las cinco y media. ¿Cuánto hacía que estaba allí sentado con la borrachera encima?

Janette lo observaba con curiosidad y, a menos que se estuviera equivocando, detectaba cierta calidez en su mirada, una insinuación en sus gestos que parecía admitirlo entre las pocas personas que ella se mostraba dispuesta a conocer. Era obvio que había que sondear su posición antes de avanzar, de modo que le contó a la chica la misma versión de sus desgracias que ya le había contado antes a su padre.

—Bueno —contestó ella—, pero todo se solucionará cuando llegue el próximo cheque, ¿no?

Cada vez que Grant volvía la vista hacia su vaso lo encontraba vacío, pese a que Hynes, inquieto y ansioso por su invitado, se acercaba insistentemente a rellenarlo, mientras le aseguraba que «eso le ayudaría a arreglar las cosas». De hecho, el dueño de la casa estaba ya muy borracho, y el propio Grant se daba cuenta de que también él se aventuraba por el brumoso corredor de la embriaguez: su voz resonaba grandilocuente en sus propios oídos, su ánimo emergía desbordante, inflado y boyante, mientras una sonrisa irónica torcía sus labios en señal de burla hacia su propia vida y sus contrariedades.

Pese a que Grant estaba considerablemente borracho y apenas se enteraba de lo que hacía, consiguió no obstante, con relativa desenvoltura, dar cuenta de la ensalada y del pescado que una silenciosa señora Hynes le sirvió a él y a los demás hombres en el comedor. Tampoco tropezó al salir de la sala. Aunque tenía lagunas en la cadena de acontecimientos: le costaba recordar cómo había pasado de una situación a otra.

Su voz sonaba entera y firme. Y hablando con lentitud le preguntó a Janette por qué demonios no se iba de Bundanyabba.

Se encontraba fuera, en la galería. Sólo Dios sabía dónde estaban los demás. En ese momento, Janette estaba junto a él, muy cerca. Las estrellas de esas latitudes del mundo abarrotaban el cielo, excepto allí donde la luna las escondía con su luz, un haz pálido que derramaba un mínimo esplendor sobre la ciudad de Bundanyabba.

Grant respiró hondo el aire tibio de la noche y contempló con majestuosa melancolía los tejados que relucían.

—Luz de luna —declamó—. Como nieve sobre la polvorienta cara del desierto.

Como Janette permanecía en silencio, él continuó:

—Ya sabes cómo sigue: «Resplandece por un instante o dos...»<sup>[1]</sup>

Pero la chica seguía sin decir nada.

—Es parte de un poema —admitió con menor grandilocuencia.

—Lo sé.

¿Había quedado como un tonto delante de ella? Janette no parecía pensarlo. Ahora era ella la que hablaba, aunque no lograba entender del todo lo que le estaba diciendo. En cualquier caso, sonaba agradable. Janette tenía una voz suave y baja, y Robyn estaba a casi tres mil kilómetros de distancia. Además, Robyn era una causa perdida mientras que Janette irradiaba una belleza particular: parecía una chica adorable, rápida y seria, y, sobre todo, estaba muy cerca.

—¿Te gustaría dar un paseo? —propuso Grant, dibujando una sonrisa para que ella pudiese percibir una máscara de atractivo sufrimiento.

De alguna forma tuvo la impresión de que su propuesta no era la expresión de una ocurrencia personal suya sino que, más bien, venía a traducir las intenciones de Janette. O quizás estaba totalmente borracho.

A continuación se encontró en el salón, de pie junto a Janette, quien anunciaba:

—Papá, John y yo vamos a dar un paseo.

Los tres hombres les dirigieron una mirada desanimada. Uno de ellos dio la impresión de estar molesto por algo, pero pronto no tuvo importancia porque ya caminaban por la calle, él y Janette, solos en mitad de la noche mientras la luna lograba que hasta esa tierra polvorienta pareciese hermosa.

En medio del caos que dominaba su mente, Grant sabía que todo estaba resultando demasiado fácil. Poco antes ese mismo día, Janette no le había prestado mayor atención. Tampoco él mismo conseguía recordar en qué momento había comenzado a sentirse atraído por ella. Pese a que ella no parecía haber dicho mucho, había un aire de conformidad en su forma de caminar y en la manera que había permitido que Grant la cogiese de la mano.

¿Por qué accedía? ¿Quién era esa chica alta y morena que caminaba junto a él, más allá de los límites de ese pueblo de bárbaros?

Entonces se desviaron del camino.

¿Quién había iniciado ese movimiento? Grant mantuvo su mente alerta y le echó una mirada a la chica que tenía al lado: parecía decidida, parecía..., ¿qué es lo que parecía?... ¿Por qué iba tan callada?

Caminaban sobre el duro suelo de tierra, por esos páramos que se extendían entre el pueblo y las minas. Sus sombras se proyectaban alargadas por la luz de luna. Grant volvió a mirar a la chica, pero le pareció que la cabeza se le iba y sus pensamientos volvieron a diluirse con la borrachera.

El silencio reinaba en el lugar. Dada la ausencia de vegetación suficiente para alojar insectos, el único sonido que resonaba era el de los pasos sobre la grava. Grant pensó que entre ellos no habían hablado ni siquiera cinco minutos.

—Estás muy... callada —comentó.

—¿Tú crees? —su voz sonaba aún más profunda, casi ronca, lo que causó turbación en Grant.

Ella no volvió a decir nada más. Caminaba con la cabeza muy cerca de Grant, quien no conseguía enfocarla bien y veía dos perfiles. Con los ojos vidriosos y la boca entreabierta, Janette mantenía la vista fija adelante y caminaba con bastante rapidez, guiándolo de la mano.

Grant comenzó a albergar grandes sospechas. Sabía que ella no podía estar tan borracha como él. Había algo en el ímpetu que dominaba a la chica que despertaba las dudas de Grant, mientras intentaba seguir su cuerpo tenso cogido de la mano: estaba claro que Janette ya no paseaba, sino que se dirigía a un lugar concreto.

Cierto instinto de precaución llevó a Grant a comentar:

—¿Y tu padre no se preocupará si no regresamos pronto?

Pero él mismo se dio cuenta de que acababa de preguntar una tontería.

Llegaron a una ligera hondonada en el suelo en la que había crecido un puñado de matorrales como si fuese un seto, dejando un claro en el medio.

Grant ya no sospechaba: estaba seguro de que Janette lo había conducido hasta allí y sabía por qué. Nadie podía estar tan borracho como para no darse cuenta.

La chica cruzó el seto hacia el espacio de en medio y él la siguió. Por un momento permanecieron detenidos uno junto al otro, dos figuras altas y esbeltas bajo la luna, entre las minas y el pueblo.

La urgencia ya parecía haber desaparecido en ella, que se dejó caer sobre el suelo desnudo para yacer de espaldas con las manos entrecruzadas bajo la nuca. Grant la miró desde arriba por un instante con la sensación de que tenía que decir algo. A continuación se sentó junto a ella.

La chica mantenía los ojos cerrados y respiraba hondo. Grant dejó correr su mano tanteando la cara de Janette, que movió la cabeza para alcanzarle los dedos con los labios.

—Ya sabes que eres muy... hermosa —dijo Grant, aunque no le gustó nada la sonrisa sardónica que se dibujó en el rostro de Janette al oír esas palabras. En una situación así no era necesario decir nada.

Sacó entonces su último cigarrillo, lo encendió y observó que la chica había deslizado su cabeza hasta hacerla descansar sobre uno de sus muslos.

Grant levantó la mirada hacia el cielo e hizo todo lo que pudo para pensar en algo con las últimas fuerzas rescatadas del alcohol. Era obvio que estaba siendo tentado para seducir a esa chica, o para dejarse seducir por ella, y quería que la situación estuviese más clara. Aparte, había ciertas dificultades técnicas... En cualquier caso, ella debía de estar enterada, así que ¿por qué no? Sí, adelante. ¿Adelante? Sí, vamos, ¿por qué no?

Pese a todo, seguía pensando que tenía que decirle algo, aunque ya no hubiera nada que decir o nada que fuese a ser bien recibido.

Allí estaba Robyn, Robyn con su pelo rubio..., pero Robyn no estaba allí. Además, ¿que era Robyn para él?

De pronto recordó que nunca había estado con una mujer y sabía que, de haber estado más sobrio, hubiese quedado desconcertado ante la sola idea. Pero tal como iban las cosas, sólo se sintió arrastrado por lo inevitable de la situación. El momento para la retirada ya había pasado.

Estaba demasiado borracho para pensar en los embates de la pasión; a esas alturas, sólo los impulsos embrutecidos en su interior dictaban sus acciones, de modo que apagó el cigarrillo contra el suelo, se arrellanó junto a ella y la rodeó con el brazo.

Estaban tumbados cara a cara. Todo lo que Grant alcanzaba a ver era una mancha formada por las mejillas, el pelo, los labios y dos grandes ojos cerrados. Se acercó aún más, recostado en un codo, y le pasó los dedos por el cuello. Permanecieron así durante casi un minuto, Janette respirando cada vez más rápido y sin abrir los ojos.

Con cierta torpeza, Grant la besó. Ella no tardó en responder y fue extraño sentir cómo sus labios parecían acariciar los suyos: ¡por fin un parpadeo de pasión parecía alcanzarlo! Pero no iba a durar mucho.

Los ladridos de un zorro se oyeron provenientes de las inmediaciones de la mina. Fue un sonido que sólo sirvió para resaltar el gran aislamiento en el que se encontraban.

Mientras pensaba en el próximo paso, Grant cayó presa de la tristeza. Eso no se parecía mucho a los planes que tenía para su vida. ¿Qué pasaría si engendraba un bebé en medio de esa tierra árida que tanto odiaba? Mientras el cuerpo de la chica vibraba y se agitaba, el suyo permanecía quieto. Anheló poder consumirse en deseo, pero lo único que tenía ante sí era la deprimente certeza de sus propias intenciones.

Los ladridos del zorro volvieron a escucharse, más lejanos esa vez.

Grant permaneció tumbado mirando a Janette, perplejo ante sí mismo, ante ella y ante la luz de la luna sobre la llanura.

Con lentitud, Janette deslizó su mano hacia su garganta y se desabrochó los botones del vestido. A continuación, dejó caer los pliegues a cada lado y Grant pudo ver que no llevaba nada debajo. Estirando ambos brazos y dejando caer la cabeza hacia atrás, expuso sus pechos a la luz de la luna.

Grant seguía quieto, con la vista fija en ella, desesperado por sentir el placer furibundo que todo eso debía provocarle.

Tenía que haber algo más allá de todo eso, algo más convincente, incluso en lo que al simple placer se refería.

El zorro volvió a ladrar, tan lejano esa vez que costaba oírlo.

Janette estiró un brazo y atrajo a Grant hacia su cuerpo. La pasión volvió a encenderse y Grant se entregó a la tarea que tenía ante sí. Pero con los brazos de la chica trenzados alrededor de su cuello no pudo evitar que la náusea lo invadiese violenta, inusualmente.

Con un movimiento se alejó de ese cuerpo para arrodillarse contra los matorrales a vomitar y vomitar, ruidosamente, presa del dolor y de la más abyecta humillación.

Al cabo de un rato, mareado y avergonzado, consiguió volver con Janette. Ella se había puesto de pie y lo esperaba fuera del seto de arbustos. Su vestido volvía a estar abotonado.

—Lo siento —masculló Grant—, será mejor que regresemos.

Janette no dijo nada y ambos volvieron a salir al camino bajo una luna que entonces mostraba las cosas con crudeza y precariedad.

Grant dejó que la borrachera se hiciera cargo de él: se dejó llevar por ella como aquel hombre que se hunde en el sueño para dejar de pensar.

Después ya sólo hubo fragmentos de esa noche que siempre recordaría...

– Janette sacudiéndole la chaqueta antes de volver a entrar a casa.

– Los hombres cantando en el salón: todos le dirigieron la mirada cuando volvió a aparecer y alguien soltó una carcajada.

– Janette, que de pronto desapareció en algún punto entre el zaguán y el salón donde los hombres cantaban.

– Otro hombre uniéndose a la fiesta. «Éste es el doctor Tydon», oyó que le decían. Un tipo menudo de bigote.

– Un nuevo vaso de cerveza en su mano y él bebiéndosela de inmediato, sin mayor placer, buscando sólo vaciarse de toda idea y sentimiento.

- Más y más cerveza.
- Luego se acabó la cerveza y apareció el whisky.
- Luego se acabó el whisky y comenzaron a beber algún tipo de licor, dulce y empalagoso.
- «¿Qué te parece Yabba, John?» ¿Quién diablos había preguntado eso?
- Palabras de enfado, pero ¿de enfado con quién?

Hasta que finalmente venció el olvido y Grant logró aniquilarse por completo. O al menos durante un buen rato.

Estaba agazapado detrás del escritorio, en una esquina de la clase en Tiboonda. Un hombre iba a dispararle con un revólver. La detonación le provocaba una herida en la cabeza y el destello le dañaba los ojos.

Estaba muerto.

Luego una pausa.

Olvido.

Y volvía a la misma esquina de la sala, y el hombre armado quería dispararle de nuevo. Sabía que todo volvía a suceder por segunda vez: la herida en la cabeza, el dolor en los ojos. Pero ante todo era el miedo: iban a matarlo y no había nada que pudiera hacer para impedirlo. La detonación. El destello.

Y la muerte.

Una pausa.

Olvido.

Cuando abrió los ojos, la luz era insoportable y volvió a cerrarlos. En cualquier caso, tenía que abrirlos si quería saber dónde se encontraba.

Estaba tumbado en una camilla, su ropa empapada en sudor y la sed raspando hasta dejarle surcos en la garganta. Le dolía la cabeza. Le dolía mucho mucho mucho.

¿Dónde diablos estaba?

Se puso de pie y se inclinó a un lado y al otro, tratando de reubicar el dolor dentro de su cráneo.

Tenía una puerta enfrente y al otro lado había alguien. Podía oír el ajetreo de una vajilla.

Grant se acercó a la puerta y la abrió. Ante su vista apareció una especie de cocina y un hombre de espaldas a él que preparaba algo sobre un hornillo

de camping.

El hombre se dio la vuelta, enjuto y pequeño, con bigote.

—Buen día —dijo.

Grant tuvo que intentarlo tres veces antes de llegar a pronunciar un saludo:

—Buen día.

—Me imagino que te encuentras un poco descompuesto, ¿no? —inquirió el hombre.

—Sí —respondió Grant, creyendo que estaba a punto de desmayarse o de caer muerto.

—¿Quieres un trago? —preguntó el hombre.

—Agua —contestó Grant.

—Cerveza —insistió el hombre.

—No, sólo agua, gracias —masculló Grant, con la impresión de que iba a soltar un grito si lo obligaban a seguir hablando sin darle algo de beber.

—El agua de Yabba sólo sirve para cocinar —le explicó el hombre y abrió un pequeño refrigerador a queroseno del que extrajo un vaso de cerveza—. La dejo aquí para que se le vaya el gas. Es mejor beberla así cuando uno se encuentra en un estado como el tuyo.

Grant cogió el vaso y pensó que iba a vomitar cuando el olor agrio de la cerveza sin gas alcanzó sus fosas nasales. Pero tenía que beber y no le resultó tan mala una vez que se hubo tragado medio vaso.

—Lo siento mucho —se disculpó a continuación—, pero ¿serías tan amable de decirme quién eres?

—Tydon —replicó el hombre—, el doctor Tydon: nos conocimos anoche en casa de Hynes.

Grant dejó pasar un momento antes de poner las cosas en orden. En casa de Hynes anoche... La memoria le devolvió un golpe a traición. Bajó la cabeza para mirarse la ropa. Estaba lleno de manchas. Dios, bueno, más valía esperar a que pasara el dolor antes de ponerse a pensar en ello.

—Será mejor que te sientes —dijo Tydon, ofreciéndole una caja de frutas como asiento.

Grant se acomodó encima. Tydon recogió su vaso y lo rellenó con otra de las cervezas que esperaban en la nevera.

—No, creo que no quiero más, muchas gracias —se disculpó Grant.

—En un estado como el tuyo hay que beberse dos. Y luego tienes que comer algo.

Sumiso, Grant se bebió otro medio vaso de cerveza.

—¿Qué hago aquí?

—Te traje anoche. Estabas clavado.

—¿Clavado?

—Pedo. Con la curda, ciego, ebrio: llámalo como quieras.

—Perdón. Es que no me queda muy claro. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Pues que, después de tu pequeño episodio con Janette, te cociste hasta quedarte tirado bajo la mesa.

Grant sintió cómo su rostro se desarmaba al oír esto.

—Vamos, no te pongas así. Todos hemos tenido nuestros pequeños episodios con Janette.

Eso iba a requerir un buen rato de reflexión una vez que se sintiera mejor, pero por el momento lo de ponerse a pensar no era una propuesta muy práctica.

—Come un poco de esto que he preparado —dijo Tydon, señalando un plato que acababa de servir donde se apilaba un puré de carne y verduras.

—Muchas gracias, pero no me siento con muchas ganas de comer.

—Seguramente, pero da igual, más vale que comas, ¡vamos!

Grant no estaba en condiciones de discutir, así que se limitó a arrimar a la mesa la caja sobre la que estaba sentado y comenzó a comer con una cuchara del plato que Tydon le había puesto delante. De hecho, no tardó en sentirse mejor y se lo comió todo.

Su memoria volvió entonces a darle un aviso: sus maletas, ¿dónde estaban?

Las había dejado en el bar. ¿Qué bar? ¡Dios santo! No existía ninguna posibilidad de volver a encontrarlas. Sintió cómo las lágrimas se le agolpaban en los ojos pero luchó para no dejarse llevar. Había perdido su dinero, su honor, su virtud y por último, sus maletas. Por alguna razón, las maletas le parecieron la más lamentable de todas sus pérdidas.

¡Al carajo! No podía venirse abajo y ponerse a llorar frente a ese sujeto, Tydon.

—Menuda fiesta la de anoche —comentó.

—Bueno, todos los fines de semana son así en casa de Hynes.

—¿Y a qué hora acabó?

—Cerca del amanecer.

—¿Qué hora es ahora? —Su propio reloj se había parado.

—Deben de ser cerca de las cuatro.

—¡Cielos! —Grant se las arregló para ponerse de pie con toda la rapidez que pudo—. Bueno, muchas gracias por tu hospitalidad. Será mejor que me

ponga en camino.

Eso era algo que ya había dicho antes, por supuesto... En casa de Hynes.

—Pero si no tienes dónde ir. Mejor que te quedes aquí.

—Pero es que no me puedo quedar aquí indefinidamente. —Sintió la necesidad de explicar su situación—. Soy el profesor en la escuela de Tiboonda y he perdido...

—Sí, sí. Ya me soltaste el rollo ese anoche. Y no me creo ni una palabra.

—¿No?

—No —dijo Tydon con un desprecio lleno de jactancia.

—¿Y por qué no?

—Yo mismo te vi en el Juego el viernes.

—Ah...

—¿Por qué quieres mentirnos?

—Bueno, cualquiera se sentiría como un tonto...

—Los hay mucho mejores que tú que han quedado como tontos en el Juego.

Por primera vez, Grant podía ver y oír a Tydon con claridad. Y no le gustaba mucho. Tenía los dientes en pésimo estado.

—Sin duda. Pero da igual: tampoco puedo quedarme indefinidamente en tu... cabaña, ¿no crees?

—No es mi cabaña. Pertenece a las minas. Yo sólo he vivido aquí durante cinco años.

—Bueno, vale, da igual...

—Si te parece, puedes quedarte aquí mientras vas por ahí gorroneando a tipos como Tim Hynes.

No había mucho que responder a una propuesta así, de modo que Grant se limitó a permanecer sentado y mirar a través de la pequeña ventana de la cocina. Fuera la llanura se extendía hasta perderse bajo una masa de sinuosas ondas de calor que le hacían girar la cabeza a toda prisa. Supuso que era su turno de decirle algo a Tydon, así que preguntó:

—¿Y has vivido aquí durante cinco años?

Parecía que Tydon hubiera estado esperando la pregunta.

—Si buscas satisfacer tu curiosidad sobre mí —dijo, pese a que Grant no estaba al tanto de haber expresado ninguna curiosidad especial respecto a él—, soy médico y alcohólico.

Grant no estaba muy convencido, aparte de que no conseguía entender qué tenía que ver eso con el tiempo que había estado viviendo en la cabaña. Pero Tydon continuó:

—Vine a Bundanyabba hace siete años porque es prácticamente el único lugar en Australia donde puedo practicar la medicina sin que mi alcoholismo sea un obstáculo que impida que la gente venga a consultarme. Me costó sólo un mes descubrir que aquí podía vivir y beber cuanto quisiera sin necesidad de tener que trabajar, a condición de seguir siendo lo que los habitantes locales llaman un «personaje».

Grant simplemente emitió un «Mmmh» con la esperanza de que el monólogo hubiese llegado a su fin. Pero había más.

—He logrado mantenerme como un personaje. Vivo en esta cabaña y obtengo comida gratis de mis numerosos amigos, quienes, además, cubren mis necesidades de cerveza: con algo de autocontrol, es el único tipo de alcohol que me permito beber.

Es probable que todo eso fuese mentira, pensó Grant, incluido lo de ser doctor. Pero ¿qué diablos importaba? Además, ¿quién era él para preocuparse de las mentiras de la gente? Daba igual; el caso es que Tydon no le caía bien.

Éste último volvió a darle un trago a su cerveza sin gas y Grant sospechó que la bebida estaba así porque se trataba de los restos de las botellas abiertas la noche anterior, que Tydon había conseguido escamotear.

—¿Y te las arreglas para vivir sin dinero? —preguntó, porque era evidente que Tydon esperaba alguna reacción ante la revelación que acababa de soltar.

—No del todo: me llegan unas pocas libras de una pensión de guerra. Aunque en Yabba se puede vivir sin dinero, siempre y cuando estés dispuesto a conformarte.

¿Le estaba sugiriendo este miserable «personaje» que en ese punto él, John Grant, tenía que «conformarse»? ¿Debía adoptar la misma forma de vida miserable que Tydon?

Para el caso, podía ser una solución para las próximas seis semanas.

Pero no allí, no en ese horno de cabaña. Además, después del episodio de la noche anterior no le quedaba otra que largarse de una puñetera vez de Bundanyabba.

Tydon abrió la nevera para sacar otra cerveza, y Grant pudo ver la cantidad de botellas medio vacías que se acumulaban en la repisa de abajo.

Su dolor de cabeza se había transformado en un padecimiento tan intenso que no iba a ser capaz de aguantar mucho rato más.

—¿No tendrás una aspirina por casualidad?

—No —respondió Tydon—, tengo algo mucho mejor.

Sacó entonces una cajita de su bolsillo, la abrió y extrajo unas pastillas blancas de gran tamaño.

—Esto arreglará tu dolor de cabeza y te dará, además, un pequeño subidón.

Grant cogió la pastilla de mala gana: compartía plenamente con el resto de habitantes de Australia la desconfianza hacia los médicos alcohólicos.

—Trágatela con un poco de cerveza; es mejor —añadió Tydon mientras le rellenaba el vaso.

—Verás..., es que los fármacos no me sientan bien... Tal vez debería...

—Esto no contiene nada que pueda hacerte daño —afirmó Tydon con autoridad—: trágatela.

Una de las pocas cosas que Grant no soportaba era quedar en ridículo, así que se tragó la pastilla con un sorbo de cerveza.

No observó ningún efecto dañino en lo inmediato.

Tydon lió un cigarrillo con el tabaco extraído de una petaca que luego le pasó a Grant. Pese a que Grant notaba la boca revestida por una leve capa de cemento, todo su ser ansiaba un cigarrillo. Con dedos torpes y algo temblorosos se lió uno.

Si lograba pasar el día y beber poco, lo suficiente para aliviar su cuerpo enfermo, mañana podría dedicarse de lleno a pensar si buscaba trabajo o si se iba a Sydney. Mientras tanto, ¿por qué no quedarse allí? Pero su ropa...

—Me dejé las maletas en algún bar por ahí. Sería mejor que intentase recuperarlas —dijo.

—Yo no me preocuparía —replicó Tydon—, mañana seguirán en el mismo sitio, y tú tienes una cita dentro de media hora.

—¿Una cita?

—¿También lo has olvidado? Vas de caza con Dick y Joe.

—¿Dick y Joe?

—Sí, los dos mineros que estaban anoche en casa de Hynes. —Y a continuación Tydon agregó de forma casual—: Tuviste suerte de que Joe no te hiciese papilla anoche.

—Pero ¿qué es lo que hice?

—Janette.

—Ajá. Bueno, en realidad no ocurrió nada entre ella y yo. —No sabía por qué se molestaba en contarle esto a Tydon.

—¿No?

Grant no se sentía con ganas de continuar sus explicaciones. Después de todo, que no ocurriera nada no había sido culpa suya ni de Janette.

—Janette —insistió Tydon, decidido a hablar sobre ella— es un caso biológico muy interesante.

—¿Ah, sí?

—Si fuese un hombre habría sido encarcelada por violación hace dos años.

—¿Qué dices? ¿Y qué es todo este asunto de la cacería de canguros?

—Pues que acordaste ir a soltar unos tiros, así de simple.

—¿Con un tipo que quería hacerme papilla anoche?

—Sí. Pero estarás a salvo mientras Janette no esté en las inmediaciones. Mira, si alguna vez decidiera casarme, Janette es el tipo de chica con quien lo haría. Le gusta el sexo, le gusta experimentar y disfruta con la variedad.

Grant escuchaba exasperado: no estaba en condiciones de tener que oír las lascivas especulaciones de ese miserable.

—Y es una chica inteligente, tiene un buen cuerpo y no está mal de cara.

Grant volvió a pensar en el rostro de Janette tal como lo había visto la noche anterior, delineado contra la luz de la luna, en un primer momento, y luego borroso y cercano. Oh, Robyn, Robyn, Robyn con sus ligeros vestidos blancos.

—Además, al igual que los demás hombres que la han conocido, sé cómo es en la cama. Y te puedo decir que es muy buena, una verdadera máquina.

A Grant le sonaba a mentira. Tydon daba la impresión de ser un pequeño psicópata, una persona desagradable que no sólo no era médico sino que jamás había estado en la cama con Janette, si es que se podía llamar «cama» a ese montón de matorrales perdidos en algún lugar entre el pueblo y la mina.

—En algún momento pensé en casarme con ella. —Tydon no paraba de hablar con brutalidad y desprecio, como si estuviese enzarzado en una áspera discusión—. Pero no sería capaz de vivir con una mujer por mucho tiempo. En fin, me parece que volveré a traerla aquí a pasar un rato uno de estos días.

Bravo, fantástico, pensó Grant, ¿y él qué podía hacer? ¿Ponerse de pie y echarse a andar bajo el sol? ¿Atravesar la tierra ardiente en dirección al pueblo... para luego deambular por sus calles hasta caer muerto de una insolación?

No, tenía que aguantar allí y dejar que Tydon le contase sobre su vida sexual, o supuesta vida sexual o, incluso, supuesta vida. ¡Qué cosa más emocionante! Ya no sabía qué pensar.

Tydon seguía hablando:

—Pero ¿qué hay de malo en que una mujer se acerque a un hombre cuando le apetece?

—La verdad..., no lo sé.

—No lo sabes porque en realidad no hay nada de malo en ello. Nada. Es una forma de comportarse sensata y civilizada. Y, sin embargo, siempre encontrarás gente que diga que Janette es una zorra: son precisamente aquellas mujeres a las que les gustaría comportarse como ella y aquellos hombres a los que ella no les ha hecho caso.

—¿Tú también vienes a cazar?

—Sí. El sexo es como comer o dormir o evacuar. Es algo que hay que hacer por simple necesidad o porque te dan ganas. Bébetete otra, anda. Y, sin embargo, ha permanecido rodeado de misterio y habladurías durante siglos, Dios sabe por qué.

—Gracias. —Ésa tenía que ser la última del día.

Tydon, sentado sobre su caja con la espalda encorvada, hacía pequeños movimientos espasmódicos según hablaba, como si se retorciera de dolor.

Grant percibió que la jaqueca que lo atenazaba había dado paso a una sensación que era incluso peor: una especie de vibración incesante que parecía comenzar en un extremo de su columna para subir y extenderse por todo el cráneo y luego volver a descender hacia el resto de su cuerpo. Ése debía de ser, sin duda, el «subidón» prometido por Tydon.

En ese momento deseó no haberse tomado la pastilla.

Tydon, sin dejar de hacer contorsiones, prosiguió hablando sin parar sobre Janette, inclinando un poco el rostro cada vez que mencionaba su nombre, para pasar, a continuación, a temas como la higiene sexual, la enfermedad social, la concepción, la interrupción del embarazo y el aborto, sin olvidar la homosexualidad (se decían muchas tonterías sobre la homosexualidad aunque no había nada de malo en ella, lo que no significaba que él la practicase) y los órganos genitales y la influencia de su tamaño en la vida de pareja y Janette, y de nuevo Janette, una y otra vez más.

Al percibir el sonido del motor de un coche que acababa de llegar, Grant tuvo la sensación de ser liberado de una fría, oscura y fétida mazmorra. Sonó el claxon y se oyeron los ladridos de un perro. Una voz comenzó a gritar:

—¡Vamos, Doc!

Tydon se acercó a la puerta.

Grant se estremeció ante el torrente de luz que inundó la habitación.

—Ya voy, estaré listo en un minuto.

Se produjo entonces algo de jaleo al bajar los dos hombres del coche tratando de que el perro no los siguiese. Un instante después ambos se plantaban en la cabaña, corpulentos, ruidosos, haciendo retumbar las paredes

y sin dar ninguna muestra de los efectos sufridos por el desenfreno de la noche anterior. Aunque probablemente para ninguno de ellos fue un desenfreno como lo había sido para Grant.

—¡Hola, John! —exclamaron—. ¿Qué? ¿Un poco tocado?

Y a continuación:

—Ya sabes, chico, hay que beberse otra para curar la resaca. Sí, otra más.

Y luego:

—Venga, Doc, a ver si nos damos prisa.

Tydon había abierto un armario construido por él mismo para sacar un rifle que parecía bastante efectivo.

—Te hemos traído un rifle, John —dijo uno de los mineros—. No lo ha usado nadie en los últimos cinco años así que puede que te estalle en la cara.

—¡Ja, ja, ja!

—Vamos, Doc, larguémonos de aquí.

Salieron de la cabaña y se montaron en un coche americano de gran tamaño. Lo cierto es que la mayoría de los habitantes de Bundanyabba parecía tener debilidad por los cochazos americanos de todos los modelos.

Al abrir la puerta trasera, Grant se encontró de cara con un enorme perro de caza que ocupaba casi toda la parte de atrás del coche. Sus patas se desparramaban incluso hacia la parte de delante y topaban contra las ventanillas. Una gran lengua jugosa le colgaba a un lado y a otro, sin dejar de babear. Pero a Grant le cayó bien esa gran bestia de tonos grises y pardos: era el primer ser vivo en Bundanyabba que parecía razonablemente sencillo y con toda certeza no iba a dirigirle la palabra.

Empujando el huesudo enredo que formaban las extremidades del perro logró hacerse un hueco en el asiento. Joe o Dick, no estaba seguro, montó también a su lado, Tydon se sentó en el asiento del copiloto, al lado del minero que conducía, y juntos se pusieron en camino: cuatro hombres y un perro asados de calor.

Al viajar por carretera en la región oeste uno siempre va en compañía de una estela de polvo que asciende desde las ruedas y se arremolina siguiendo las corrientes de aire provocadas por el movimiento del vehículo. Y por alguna razón, siempre hay abundante polvo que entra por las ventanas y se adhiere al pelo y a la ropa, pero sobre todo, a los ojos y a la garganta.

El calor es inconcebible. No importa si las ventanillas están abiertas: el sudor corre por el cuerpo y los calcetines acaban empapados. Pero si, además, hay una cantidad de personas apiñadas en un coche, el olor de sus cuerpos se mezcla para formar un hedor inmundos.

Así iban Grant y Tydon junto a Joe y Dick y el perro de color gris pardo. La única diferencia era que el perro no sudaba, aunque viajaba con sus fauces horriblemente abiertas, su jadeo como un estertor constante y la lengua que colgaba fuera sin dejar de babear. Pero, sobre todo, era el olor que desprendía, ¡Dios mío, qué pestilencia!

El minero conducía a toda velocidad por esa rudimentaria carretera, dando constantes botes en los baches y derrapando con furia sobre los bancos de polvo y arena. Las carreteras de la región oeste están atravesadas por pasos elevados construidos con la esperanza de canalizar la más mínima agua de lluvia que pudiera ser conducida en la dirección deseada. Pero estas elevaciones no pueden verse hasta que uno está ya encima de ellas. Y si vas a cien kilómetros por hora, no tienes tiempo de reducir la velocidad antes de impactar, así que las ruedas delanteras del coche quedan por un breve instante suspendidas en el aire hasta que el vehículo aterriza con los neumáticos traseros, dando un gran bote antes de volver a rodar sobre el camino. Cada salto es un infierno. Grant pensó que se iba a morir cada vez que ocurría. Y en cada ocasión, el perro se elevaba por el aire hasta chocar con el techo del auto y volver a caer encima de él.

La situación era prácticamente una farsa, pero eso no le servía de consuelo a Grant, apretujado entre el perro y el minero. Tenía la impresión de encontrarse en la posición imposible del hombre que ha de resolver un problema gigantesco y carece de la energía mental para hacer el más mínimo intento por resolverlo. En algún momento tendría que pensar en su viaje a Sydney o en hacer algo. Pero no entonces; no en ese momento.

—Mejor nos tomamos algo en Yindee —propuso el minero que conducía.

—Se nos va a hacer de noche si lo hacemos, Dick —replicó el minero sentado junto a Grant, que como se podía deducir tenía que ser Joe.

—¿Y qué?

—Pues que queremos ver cómo funciona la cosa con el perro.

—Seguro que vemos algo antes de llegar a Yindee.

—Vale, de acuerdo.

Grant se sentía obligado a añadir algo a la conversación.

—¿Y dónde está Yindee? —preguntó.

—A unos cien kilómetros de Yabba —le informó Joe.

Grant se preguntaba a cuál de los dos, si era a Joe o a Dick a quien había molestado su interludio con Janette la noche anterior. Según recordaba, Tydon había mencionado a uno de los dos. En cualquier caso, ninguno de ellos parecía hoy particularmente contrariado.

—¿Cómo te sientes tras lo de anoche? —inquirió Joe, dejando a Grant estupefacto.

—Hecho polvo.

—Le diste un poco duro, ¿eh?

—La verdad es que me pasé.

—No te preocupes: unos cuantos tragos y volverás a estar en forma.

Grant veía venir sin mayor alegría el momento de las cervezas en Yindee. Bastaría una sola ronda para reducir todo su capital a la mitad y una segunda invitación significaría la ruina.

No debía haber ido a ese viaje, aunque difícilmente podría haberse quedado en la cabaña. Daba la impresión de que Tydon quería que se quedase indefinidamente, aunque no lo había dicho.

Dios santo, ¡qué peste había allí dentro!

De pronto, el coche se detuvo y la estela de polvo que traían detrás los alcanzó y los envolvió.

—Ahí abajo —dijo Dick, señalando con el dedo.

El terreno se inclinaba ligeramente hacia la izquierda, formando un minúsculo valle de escasa profundidad de casi un kilómetro y medio de anchura que, en una tierra más amable, habría estado surcado por algún arroyuelo. En paralelo al camino, a unos cuatrocientos metros de distancia, una línea baja de matorrales proporcionaba la única cobertura en medio de una llanura que, de otro modo, se extendía completamente desnuda.

Al otro lado de los matorrales, Grant divisó una manada de unos veinte canguros.

También el perro los había visto (o los había olido) y había comenzado a llenar la ventana de baba, colocando sus cuartos traseros sobre la cara de Grant, mientras lo azotaba con la cola.

Joe estiró el brazo y abrió la puerta.

El perro salió despedido del coche y corrió a grandes saltos hacia los canguros. Dando zancadas increíblemente extensas, quedaba suspendido un momento en el aire y luego volvía a apoyarse en el suelo en busca de un nuevo impulso para así continuar planeando: las mismas extremidades desgarradas operaban entonces coordinadas hacia una magnífica motivación.

Los canguros observaron impasibles hasta que el perro estuvo a unos ciento ochenta metros de distancia. En ese momento, se dieron la vuelta y dieron un brinco propulsados por sus enormes patas posteriores, sin perder su rígida posición erguida: parecían juguetes mecánicos, excepto por la cola, que en lo más alto del salto daba un golpe contra el suelo, mientras sus cuerpos se

inclinaban hacia adelante para atravesar el aire como una abstracción del vuelo.

Grant se olvidó incluso de la resaca ante el espectáculo de aquel animal de caza corriendo tras los canguros, que cruzaban la llanura como la sombra de una flota aérea.

El conjunto de la manada se elevó como una ola para saltar por encima de una de esas vallas que aparecían ocasionalmente en medio del terreno, salvo un par de ejemplares que se desvió a lo largo de la cerca, en dirección al camino.

De inmediato el motor del coche soltó un rugido y encajó la primera con estridencia. Dick apretó el acelerador a fondo y se lanzó a través de la llanura para cortar la huida de los dos marsupiales. En realidad, no había mucha diferencia entre rodar por el camino y hacerlo por el terreno, excepto por algunas rocas que Dick debía sortear con ágiles volantazos, sin bajar de los ochenta kilómetros por hora. Al aproximarse a la valla viró con brusquedad y enfiló directo hacia los canguros.

El perro se anticipó a la maniobra y se alejó de la cerca en diagonal. Los canguros, al ver el coche, también se alejaron de la valla, pero en dirección a la llanura en la que se encontraban antes, de modo que tanto los marsupiales como el perro trazaban recorridos que pronto se cruzarían.

Tydon había sacado su rifle y disparaba por la ventanilla. Joe intentaba apuntar apoyado en el hombro de Grant mientras el coche no paraba de dar botes a más de ochenta kilómetros de velocidad.

Los hombres proferían gritos, el motor rugía y el intenso olor de la pólvora se imponía sobre el resto de hedores del coche.

El perro derribó a uno de los canguros con un revólver a unos cincuenta metros de la valla. El otro marsupial se detuvo un momento al ver como caía su compañero, y Grant contempló cómo el animal observaba la matanza, inmóvil y sin expresión. A continuación, puso rumbo hacia la valla otra vez.

Pero entre él y la valla se encontraba el coche.

Dick, aullando como un loco, conducía directo hacia el canguro pisando el acelerador a fondo. Ningún hombre en sus cabales hubiese conducido como él, chocando contra las piedras, pasando por encima de los matorrales bajos, estropeando el guardabarros con los restos de algún árbol. Y, pese a todo, el canguro continuaba aproximándose al coche, aún ileso bajo la lluvia de balas que Tydon soltaba por la ventanilla.

Fascinado, Grant se aferró al asiento y observó a través del parabrisas el fluctuante acercamiento del animal; arriba y abajo, arriba y abajo... Esa

figura salvaje de color gris avanzaba amenazante como en un ataque a sangre fría.

Pero cuando estaba a menos de diez metros del coche, cambió de dirección. Dick, completamente fuera de sí, dio un volantazo y atropelló al animal.

De repente desapareció bajo el capó.

A continuación se oyó un ruido sordo, el coche se inclinó derrapando hacia un costado a punto de volcar, para luego enderezarse y quedar detenido.

Grant miró hacia fuera a través del parabrisas trasero mientras los demás salían tambaleándose del coche. Un bulto gris se agitaba en el suelo unos cuantos metros por detrás.

Grant acompañó a los hombres hacia ese revoltijo descoyuntado y vio cómo Dick desenfundaba un cuchillo de hoja larga que llevaba en el cinto. A continuación se arrodilló y le cortó el cuello al animal. Sólo entonces expiró.

—No vale la pena carnearlo —dijo Dick. El canguro estaba abierto en canal y sus entrañas se esparcían a lo largo de diez metros. Su cuerpo estaba tan despedazado que los huesos sobresalían fuera del pelaje a cada palmo, blancos y brillantes.

Joe y Dick revisaron los daños sufridos por el coche, mientras Tydon permaneció junto al cadáver y extrajo su propio cuchillo. Con un corte limpio procedió a castrarlo.

Grant observaba el incidente sin saber qué decir hasta que oyó a Joe comentar:

—Es que Doc se los come. Cree que es lo mejor del 'roo.

Grant pensó vagamente en todo el rollo que Tydon le había soltado previamente sobre el sexo.

Por su parte, éste se echó el escroto al bolsillo, y todos regresaron al coche.

La rejilla del radiador estaba un poco abollada y había una pronunciada hendidura en el guardabarros. Por debajo se podían ver trozos de pelaje gris adheridos a la caja de cambios.

Volvieron a subir al coche y Dick condujo a campo a través hacia el lugar donde el perro se ocupaba del otro cadáver.

—Ése ya está más que liquidado —comentó Joe.

Daba la impresión de que el canguro sufría alguna enfermedad porque sus cuartos traseros y la barriga estaban surcados por una masa negra de costras.

Joe sacó al perro de allí y volvió a meterlo en el coche. Olía a sangre y a canguro muerto. El animal se acomodó contra Grant.

La vibración que anteriormente había notado en su cabeza cuando estaban en la cabaña se había convertido en un frenético golpeteo que le resonaba por todo el cuerpo. Se notaba inusualmente alerta, como si hubiera sido recién advertido de permanecer en guardia ante un peligro.

—¿Qué tenía la pastilla que me diste? —interrogó a Tydon por el camino.

—Bencedrina y otras cosas. ¿Quieres otra?

—No, gracias.

Ya podía estar seguro de algo, reflexionó Grant: una vez finalizado ese episodio de caza no volvería a la cabaña de Tydon. Su fijación sexual se podía aguantar, el calor, bueno, no quedaba otra. Era verdad que el aliento de Tydon también era tóxico, aunque sufrible, sin olvidar el hecho de que su conversación resultaba un incordio pero aún se podía tolerar durante un rato. Ahora, la dieta a base de testículos de canguro era demasiado. Prefería regresar caminando a Sydney antes que continuar con Tydon.

Joe, que había estado tanteando en el suelo del coche, sacó un rifle del veintidós.

—Éste es para ti —le dijo a Grant.

—Vaya, gracias.

Parecía un arma razonable, de un solo tiro, con la culata llena de arañazos pero con el cañón sin marcas aparentes.

Joe le pasó un gran puñado de cartuchos.

—Y aquí hay un montón más por si quieres. ¿Sabes cómo se usa?

—Sí, gracias.

Grant revisó el mecanismo de carga.

—¿Ya has disparado antes?

—Bueno, cuando estaba en la costa. A algún que otro conejo.

El coche dio una sacudida y el perro se golpeó contra el techo antes de caer con la mandíbula contra el cañón del rifle.

—¿Por aquí todos los caminos son así?

—Éste no está mal. Deberías ver el que va a Mundameer.

—¿Y ahora dónde vamos?

—A un sitio que conocemos a las afueras de Yindee. Allí sí que encontraremos cantidad de *'roos*.

—¿Vamos a disparar en la oscuridad?

—Con un reflector. Es una pasada.

El sol había comenzado a desaparecer tras la línea de un horizonte sin nubes, lanzando destellos rojos a través del polvo en suspensión. Hacia el Este la llanura se fundía en tonos malvas y negros.

El pueblo de Yindee emergió en mitad de la planicie penumbrosa de manera repentina. Había un único hotel, alargado y chato.

Dejaron el coche justo en la puerta, subieron hacia el inevitable porche porticado y Dick pidió cuatro cervezas.

—Ahí va un zorro —dijo Joe.

Contra las últimas luces del ocaso y a unos cincuenta metros del camino pudieron verlo avanzando en medio de la tierra árida como si supiese adonde iba.

Con cuidada naturalidad, Tydon, Joe y Dick regresaron al coche. Grant los siguió. Cada uno cogió su rifle y Grant hizo lo propio.

Los tres amartillaron las armas, mientras Grant aún cargaba la suya.

El zorro volvió sobre sus pasos; caminaba desgarbado por la carretera. El polvo se levantó a su alrededor con el impacto de las balas. Asustado, el animal giró noventa grados e intentó correr hacia el otro lado de la carretera, pero antes dobló el cuello y fue a morder el polvo rodando por el suelo. Aún dio una patada al aire antes de quedar inmóvil.

Aunque a esas alturas el perro estaba histérico, no quisieron bajarlo del coche. El disparo que había derribado al zorro con tan escasa luz había sido extremadamente certero, o afortunado. Grant, que también había soltado un tiro, se imaginaba que podía haber sido él quien hubiese alcanzado al animal y quería ir a recogerlo, pero los demás no querían ni oír hablar de ello.

—Bestia sarnosa —dijo Joe—, no vale la pena arrancarle la piel. Nunca faltan por aquí.

De modo que el zorro quedó tirado en el camino, y todos volvieron al bar, donde el tabernero, indiferente al tiroteo que acababa de tener lugar frente a la puerta de su local, había servido las cuatro cervezas.

Grant, que hacía rato que daba vueltas a la idea de pagar esa ronda, sacó su billete de diez chelines en un gesto instintivo y espontáneo y lo puso encima de la barra.

Joe lo cogió y se lo devolvió.

—Los que están sin pasta no invitan a cerveza en Yabba, amigo.

Y como hasta cierto punto era lo que Grant había supuesto o esperado, aceptó su billete de vuelta no sin expresar las protestas necesarias. En cualquier caso, evitó mirar a Tydon, que ya había comenzado a tragarse su cerveza.

No tenía que beber demasiado, pensó Grant, sólo lo justo, y si daba luego con un sitio para dormir esa noche estaría en forma para comenzar a buscar trabajo o hacer algo al día siguiente.

Pero ¿cuánto era demasiado? Una cerveza era algo maravilloso, refrescante y tan deseado por una garganta reseca.

Dos cervezas sirvieron para calmar el tamborileo que recorría su cuerpo gracias a la bencedrina.

A la tercera cerveza su cabeza comenzó a despejarse y le entraron ganas de fumar.

—¿Alguien tiene cigarrillos?

—Lo siento, no fumo —contestó Joe.

—Ni yo —añadió Dick.

Tydon sacó su petaca y se la pasó a Grant.

Habría sido mejor no haber hecho la pregunta: Grant prefería abstenerse de fumar en lugar de tener que pedirle a Tydon otro cigarrillo o cualquier otra cosa. Entonces se daba cuenta de que detestaba a Tydon con un odio claro e implacable.

Pese a todo, el tabaco estaba bueno.

Joe se dirigió entonces al cantinero:

—Un paquete de Craven A, jefe.

El hombre le entregó los cigarrillos a Joe quien, con un golpe en la barra, los plantó delante de Grant.

—Aquí tienes, colega. Yo antes fumaba y sé lo que es estar sin cigarrillos.

—Mira, de verdad..., muchas gracias pero..., lo que quiero... —Grant soltó una risa tonta.

—Anda, cógelos, John. Vamos, tío, unas cuantas monedas no son nada.

—Pero es que yo... —¿Qué podía hacer?—. Bueno, muchas gracias, en serio.

—Olvidalo.

Tydon no hizo ni el menor intento por invitar a la siguiente y parecía que tampoco a los mineros se les pasaba por la cabeza que fuera a hacerlo. Entre los dos se turnaban para pagar las rondas de cuatro cervezas.

A la cuarta cerveza los problemas de un hombre ya no parecen tan graves como a la primera. Pero ese hombre todavía estaba en condiciones de lamentar el no tener dinero y aún podía sentirse incómodo con que le comprasen un paquete de cigarrillos.

Grant hizo un intento bastante serio por invitar a la quinta ronda, pero Joe, ayudado esta vez por Dick, lo echó a un lado.

—De acuerdo. Pero os diré una cosa: tan pronto como tenga dinero tenéis que dejar que os invite a cogernos una buena cogorza.

Sus palabras le parecieron totalmente inútiles.

—Vale, John. Pero ahora no te preocupes.

Con cinco cervezas a un hombre le empiezan a caer bien sus acompañantes, excepto Tydon. Tydon era una rata de alcantarilla. Resultaba sorprendente que esos dos tipos se mezclasen con él. Pese a todos los defectos que pudieran tener, ambos eran personas. En cambio Tydon no era más que una criatura retorcida y asquerosa.

—¿Siempre has sido minero, Joe?

—No, John. Fue después de la guerra. Dick y yo acabamos aquí juntos y nos gustó, así que nos quedamos.

—Y antes de la guerra, ¿qué hacíais?

—Boxear.

—¿Boxear?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que combatíais profesionalmente?

—Sí, señor. ¿Es que no te has dado cuenta de que tenemos la nariz rota?

—No, no lo había notado.

—Pues sí, ambos la tenemos partida.

Joe y Dick eran tan parecidos que Grant no podía evitar confundirlos. Con buen humor y gentileza volvieron a corregirlo:

—No, yo soy Dick.

—No, es Joe.

—Pues yo también solía practicar un poco de boxeo.

—¿De veras? ¿Eras profesional?

—No, no, no: amateur nada más.

—¿En qué categoría?

—Welter. Pero claro, eso fue hace ya algunos años.

—Nosotros éramos peso medio. Pero cuesta mucho ganar pasta como profesional.

Siete, ocho, nueve cervezas, y un hombre ha adquirido el completo control de sí mismo y de su vida, sin importar cuán dura haya podido ser la resaca al levantarse esa misma mañana.

Para rematar, Joe, Dick y Tydon se bebieron un whisky doble antes de una última cerveza rápida. Grant prefirió dejar pasar la oportunidad, aunque no se negó a una cerveza postrera para hacerles compañía.

A continuación, Joe (¿o fue Dick?) compró dos docenas de botellas de cerveza y dos de whisky.

—Puede que necesitemos un trago por el camino.

Ya estaban listos para irse de caza en medio de la noche.

La oscuridad era ya dominante y la luna aún no había salido. Cerca de dieciséis kilómetros al Este de Yindee, dejaron la ruta principal para coger un sendero que estaba bastante marcado. Volvían a adentrarse en uno de esos amplios sectores de matorrales y arbustos que despuntaban aquí y allí en medio de la llanura, como un desafío a las duras leyes de la naturaleza.

Joe levantó el brazo y corrió hacia atrás una trampilla en el techo del vehículo. A continuación extrajo un reflector de debajo de su asiento con un par de ganchos para atornillarlo en un dispositivo instalado en el techo. Al encender el reflector, un gran haz de luz brillante perforó la oscuridad de la noche.

Dick conducía sin bajar de los sesenta y cinco kilómetros por hora; parecía conocer la ruta bastante bien.

Gracias al haz de luz, Grant podía ver pares de manchas de colores, un par de manchas amarillas, un par de azules, otro de naranjas, que tan pronto brillaban como desaparecían. Eran los ojos de los animales entre los matorrales, zarigüeyas, ovejas, zorros, dingos, ganado, canguros, conejos, ratas, emús, gatos salvajes, bándicuts: atraídos por el gran foco todos los animales giraban la cabeza en dirección a la luz blanca, que hacía resaltar el reflejo de sus ojos en distintos colores. Luego volvían a apartar la cabeza y escapaban, haciendo desaparecer las manchas de colores.

Grant quedó deslumbrado por la cadena de efectos visuales: las sombras oscuras, los reflejos de los ojos, el gran haz de luz blanca, el cigarrillo del hombre que fumaba en el asiento delantero, los curiosos destellos emitidos por las hojas brillantes, la espesa oscuridad del soto, todo ello contenido y enmarcado por una envolvente capa de negro, como el cielo negro purpúreo que sólo las estrellas lograban penetrar.

Las estrellas, las estrellas de Occidente, tan numerosas, tan brillantes, tan juntas unas con otras, tan limpias y claras, atravesando el cielo con implacable frialdad; estrellas puras y lejanas, estrellas dueñas de la noche y de sí mismas, sin exigir nada pero sin conceder perdón, concentradas en su ser, formando el irrefutable argumento de Dios contra cualquier sospecha de error al haber creado toda la región oeste.

El coche se detuvo, y Dick abrió una botella de cerveza con los dientes. Grant, que nunca había visto semejante técnica, oyó al minero explicar que la técnica consistía en presionar hacia abajo con los dientes de arriba mientras se hacía palanca con la parte inferior de la dentadura.

—No se te ocurra probarlo —apuntó—, si tienes dentadura postiza.

Grant aún conservaba todos los dientes en excelente estado, pero no tenía ni la menor intención de abrir botellas con ellos.

Tydon echó un trago, luego Dick, enseguida Joe le dio otro y Grant también bebió, de modo que la botella quedó vacía y volvieron a ponerse en marcha.

En ese momento Grant ya se sentía relajado y seguro de sí mismo, así que abrió la recámara de su rifle para cargarlo. Pero ya había una bala en el compartimento. Eso sí era extraño: debía de haberlo recargado después de disparar al zorro, pero no se acordaba. Podría haber provocado una situación de peligro. Volvió a cerrar la recámara y se inclinó hacia adelante en ese coche que daba botes descontrolados para ver qué revelaba el reflector.

—Ponte de pie y saca la cabeza fuera —sugirió Joe.

Grant asomó la cabeza con cuidado a través de la abertura del techo del coche y seguidamente sacó el rifle. Contra el aire de la noche echó el cuerpo hacia adelante, apoyó los codos sobre el techo y acomodó el rifle apuntando hacia el área iluminada por el reflector. El coche daba saltos y se sacudía sin parar, por lo que no conseguía mantener el cañón hacia la luz, ni mucho menos apuntar.

Una liebre apareció frente al coche, corriendo directo hacia el haz.

Grant amartilló el arma y tras varios intentos de apuntar dejó escapar un tiro titubeante. Nada indicaba que el disparo hubiese estado ni cerca de alcanzar a la liebre, que no tardó en dar la vuelta y perderse en la oscuridad.

En ese momento Grant oyó la voz de Joe proveniente del interior del coche:

—Hijo, en movimiento es imposible darle a otra cosa que no sea un *'roo*.

—Ya me lo imaginaba.

Ahí fuera, asomado al techo del vehículo como si fuera el comandante de un tanque, se estaba muy bien y corría el aire. Sus acompañantes le parecían lejanos y tuvo la sensación más cercana a encontrarse solo desde que había llegado a Bundanyabba.

Pero había algo que se le clavaba en la cadera. Bajó la mano para cerciorarse y notó algo redondo, frío y suave, con una aguda protuberancia en el extremo. Era la punta de un cañón. Aunque lo apartó, el rifle volvió de inmediato a recolocarse contra su cadera.

Grant se inclinó hacia un lado para introducir la cabeza dentro del coche.

—Joe —dijo—, hace rato que me estás apuntando con tu rifle.

—Sí, sí. —Joe respondió con cortesía aunque sin la menor preocupación.

—¿Estás seguro de que no está cargado?

—Claro que está cargado.

—Ah, muy bien. ¿Y qué? ¿No te parece un poco arriesgado?

—No, tiene puesto el seguro.

—Ajá.

Grant volvió a enderezarse y fijó la vista nuevamente en el haz de luz. Sin embargo, ya no se sentía tan solo.

Intentó acomodar su cuerpo para evitar ofrecerle al rifle una diana que apuntase directo a sus entrañas, su pecho o su cabeza, pero no lo consiguió del todo. Así permaneció durante un rato más para que nadie pensase que estaba nervioso con el rifle apuntándole, pero unos minutos después volvió al interior del coche y se sentó.

El perro había ocupado su lugar en el asiento, y tuvo que empujarlo a un lado.

—No tienes que preocuparte por mi rifle —le aclaró Joe—, es perfectamente seguro.

—No, no estaba preocupado. Sólo he vuelto a sentarme un momento.

El perro protestaba de forma amistosa por haber sido desplazado de su sitio y le lamía las manos.

Qué ganas tenía de que abriesen otra cerveza.

El coche realizó un pronunciado viraje a la izquierda y se detuvo. El perro sacó la cabeza por la ventanilla y comenzó a gruñir sin dejar de arañar con las patas traseras. Joe se puso de pie y asomó la cabeza a través de la trampilla. Tydon y Dick se descolgaron por las ventanillas y apoyaron sus rifles sobre la carrocería.

Grant, que hasta entonces no había visto nada, se escurrió por la trampilla junto a Joe, tirando de su rifle.

Tenían delante un pequeño claro en medio de la maleza. Al otro lado, a unos treinta metros de distancia, cinco canguros en posición de alerta observaban a la espera.

—¡Ya! —exclamó Joe y disparó.

Todos dispararon.

Los canguros comenzaron a brincar hacia adelante y hacia atrás, inquietos, sin dejar de mirar hacia el coche con esos ojos que brillaban anaranjados bajo la luz del reflector.

Los disparos sonaban irregulares: el preciso *staccato* del rifle automático de Tydon, el golpe rítmico más lento del arma de repetición de Joe intercalado con unos breves chasquidos metálicos al accionar el eyector; las detonaciones espasmódicas de los rifles de una sola carga de Grant y Dick,

que disparaban apenas volvían a recargar. Todos eran calibre 22 y uno de sus pequeños proyectiles no bastaba para derribar a un canguro. Sin embargo, se encontraban a una distancia tan corta que era imposible fallar, y mientras los dedos ansiosos de Grant volvían a cargar el arma, se podían oír las punzadas secas que producían las balas al penetrar en la carne de los marsupiales. De hecho, los canguros comenzaron a caer por tierra. Pero incluso estando heridos de muerte no dejaban de mirar hacia la gran fuente de luz que había surgido repentinamente entre los arbustos para convertirse en lo último que verían en su vida.

Poco después todos yacían en el suelo, excepto uno que, abandonando el trance hipnótico que ejercía la luz, se adentró brincando aturdido entre los arbustos.

La noche volvió a su maravilloso silencio una vez que cesaron los disparos. El motor del coche aún no se había puesto en marcha y el aire estaba cargado con el humo de la pólvora.

Avanzaron con el coche a través del claro y al llegar al lugar de la matanza, todos se bajaron para examinar la escena. Al perro hubo que mantenerlo encerrado en el vehículo.

—¿Y por qué no lo soltamos para que vaya a por el canguro herido? — preguntó Grant.

—No, si lo dejamos salir en la oscuridad nunca volveremos a encontrarlo —replicó Dick.

Tres de los canguros estaban muertos. El otro ejemplar yacía con una pierna rota y los miraba con ojos impasibles. Joe se encargó de reventarle la cabeza con un pedazo de rama arrancada de un árbol.

Grant estaba sorprendido por no sentirse especialmente alterado ante la masacre. Al fin y al cabo, sólo se trataba de canguros.

Joe y Dick cogieron uno de los cadáveres, le hicieron un corte en el abdomen, le arrancaron los intestinos y le seccionaron los cuartos traseros, incluida la larga cola musculosa.

Grant jamás había visto tan súbita transformación. Un momento antes los canguros eran cuerpos reconocibles. Pero, tras un breve instante, se habían convertido en horribles trozos orgánicos con las entrañas extirpadas.

Mientras tanto, Tydon se ocupaba a su manera de los cadáveres, cosa que Grant no quiso mirar.

Los mineros arrojaron los cuartos traseros en una gran caja que habían acondicionado para ese propósito en el maletero del coche.

Minutos después se volvieron a poner en marcha, mientras la noche se echaba encima de esos grotescos restos de esqueletos partidos por la mitad de los que salía una masa viscosa de intestinos que dingos, zorros, cuervos y hormigas se encargarían de hacer desaparecer: para el día siguiente sólo quedarían los huesos.

—¿Por qué sólo los cuartos traseros? —preguntó Grant.

—Es la única parte que tiene algo de carne; eso y la cola —le explicó Joe.

—¿Y qué hacéis con ella?

—Es para los perros, ¿no lo sabías?

Grant recordó entonces que los mineros se dedicaban a las carreras de galgos.

—¿Y este bicho también corre?

—¡Qué va! Éste es sólo cazador. No se puede salir de caza con los perros de carrera, se echan a perder.

—¿Y cuántos 'roos queréis cazar?

—Tantos como podamos cargar. Lo que no usemos nosotros le servirá a los demás.

—Y vosotros no os coméis la carne; la cola, quiero decir.

—A veces la vieja nos hace sopa con ella. Pero a mí no me gusta mucho: es muy fuerte.

Grant vio en ese momento a un gran canguro gris de pie junto al camino.

Amartilló su rifle y se acomodó a medida que el vehículo se aproximaba, bajando la velocidad. El animal estaba sólo a unos seis metros de distancia, prácticamente inmóvil, justo en el límite de la zona de luz proyectada por el foco, y por alguna razón oteaba hacia la oscuridad.

«Parece que ni siquiera se ha percatado del coche», pensó Grant en el momento en que el vehículo se detuvo. Entonces, agitado por la urgencia, disparó.

Cuando la bala alcanzó su objetivo, se produjo un ruido sordo tan claro que Grant se imaginó que era como si le hubiese arrojado algo con la mano al animal. Cayó derribado de inmediato y desapareció entre los matorrales. Era un grupo de arbustos aislado, y no había otro lugar en el que refugiarse en varios metros a la redonda. Grant permaneció a la espera para ver si el canguro emergía de la vegetación.

En ese momento un sonido horripilante salió de los matorrales; una respiración ronca, arrastrada y agonizante.

—Buen disparo —dijo Joe.

Pero Grant estaba paralizado, horrorizado por esos estertores, que en ese momento sonaban con un borboteo y se sofocaban. Se oían muy alto, realmente alto.

—Ahora ya no se moverá —dijo Joe—. Voy a por él.

Grant seguía sin decir nada. Sólo sentía miedo de lo que se ocultaba entre los arbustos y no sabía por qué.

En cuanto Joe hubo dado unos cuantos pasos, el sonido cesó. No se apagó poco a poco ni se fue convirtiendo en un resoplido o en un sonido lejano, no, simplemente cesó.

Joe alcanzó el grupo de matorrales y se plantó allí.

Grant le oyó gritar:

—¡Que me lleve el diablo!

Y se internó entre la vegetación, que no cubría más que un par de metros cuadrados. Una y dos veces atravesó esos arbustos bajos. Luego se dio la vuelta y se encaminó de regreso al coche.

Grant ya sabía lo que iba a decir y no quería oírlo.

—Allí no hay nada —anunció Joe, e incluso su propia voz sonó perturbada.

—¡Mierda! —exclamó Dick—. No puede haber escapado. Vamos, vuelve allí y cógelo.

—Te lo estoy diciendo: ¡no hay nada!

Grant continuaba de pie, con los ojos irritados. Le temblaban los labios y sentía una extraña picazón en la piel. Sabía que el canguro no estaba allí. No sabía cómo ni por qué, pero lo sabía. ¡Dios mío! ¿Por qué no estaba?

Tydon y Dick volvieron a echar una mirada, pero tampoco lograron dar con el canguro.

Grant no se atrevía a dar un paso más allá del coche.

—Vaya, ¡qué gracia! —concluyó Dick.

—Sí, la mar de gracioso —dijo Joe.

Grant creyó que se le trizaban los nervios.

—Pero tú viste cómo caía derribado, ¿no? —Sentía que la voz se le desgarraba.

—Claro. Pero... las cosas se vuelven curiosas de noche entre los matorrales —comentó Dick, pronunciando las palabras con lentitud.

—¿Oíste el ruido que hacía?

—Sí, un ruido curioso.

—En fin.

—En fin —repitió el otro.

Dick abrió entonces otra botella de cerveza y, como los efectos de la bebida consumida comenzaban a desvanecerse, se echó un trago de whisky.

Grant rechazó la cerveza pero le dio un buen sorbo a la botella de whisky. Normalmente cuando estaba sobrio era incapaz de beberlo solo, pero en esa ocasión no tuvo ningún problema. Al contrario, le resultó bastante placentero y le sirvió para recuperar la calma.

Volvieron a ponerse en marcha y según viajaban se fueron pasando la botella de whisky que todos habían estado echando en falta.

Llegado su turno, Grant se reclinó en su asiento para beber a morro, sin dejar de pensar en el canguro al que había disparado. En el coche ya no importaba gran cosa, pero un momento antes, en medio de la noche, bajo las estrellas... ¡Dios mío! Lamentó haberse vuelto a emborrachar otra vez.

No tardaron en encontrar otra manada de canguros. Debía de haber unos diez o doce, entre los que destacaba un gran animal que permanecía erguido mirando directamente a la luz.

Uno a uno, en respuesta a cada disparo, fueron cayendo al suelo o se alejaron sin prisa; todos excepto el grande, que no hizo ni el menor movimiento.

—Es el líder de la manada —aseguró Joe, hombro con hombro con Grant, mientras descerrajaban un tiro tras otro asomados por la trampilla del coche—. Ya está tocado.

Dick puso el coche en marcha y condujo hasta el animal. Pero el canguro continuó sin moverse.

—Dejad de gastar balas —ordenó Dick—: ¡yo me encargo de él!

El marsupial tenía dos manchas rojas sobre el pelaje blanco del pecho y un brazo le colgaba descoyuntado por un disparo en el hombro.

Dick se acercó cuchillo en mano.

El canguro giró la cabeza con tranquilidad para mirarlo.

Con un movimiento ágil, Dick le lanzó una cuchillada a la altura de la cabeza. El animal se limitó a inclinarse hacia atrás, apoyado sobre la cola, sin realizar otro movimiento.

Joe se reía entre dientes.

—¿Lo ves? El 'roo está intentando atraerlo para luego, cuando lo tenga cerca, arrancarle las entrañas con un golpe de las patas traseras.

Hombre y canguro se miraban fijamente bajo la luz del reflector.

El minero sonreía, divertido.

El animal parecía indiferente.

Ésta debe de ser, pensó Grant, la situación que excitaba a los romanos cuando luchaban contra las bestias exóticas en la arena.

El canguro era más alto que el individuo que tenía delante, al que debía mirar hacia abajo.

Dick dio un salto hacia un lado, y el canguro se reacomodó para seguir frente a frente. Luego hizo un quiebro hacia el otro lado y por un momento la cola del animal quedó a su alcance. La cogió entonces con firmeza y la levantó en el aire.

Al perder el equilibrio, el canguro comenzó a dar manotazos, incapaz de controlar sus movimientos, con la cabeza doblada hacia adelante, desvalido y sin dignidad.

Sin dejar de sujetar la cola con una mano, Dick se echó hacia adelante y con el cuchillo le hizo un profundo corte en el muslo, no lejos de la ingle. A continuación le provocó un corte en la otra pierna y dejó caer la cola. El canguro, que había quedado inmovilizado, permanecía quieto, de espaldas a la luz y sin mover la cabeza.

Dick lo cogió entonces por el morro y de un tajo le abrió la garganta. El marsupial se estremeció con un espasmo y se desplomó en el suelo. Dick le hizo un corte en canal, le extrajo las entrañas, seccionó los cuartos traseros y los metió en el coche, dejando medio canguro tirado en el mismo lugar en el que un minuto antes el animal completo había estado de pie, mirándolo a la cara.

Todos le dieron un espaldarazo a Dick y cuartearon el resto de cuerpos. Después de beber un poco más de cerveza volvieron a ponerse en marcha, permitiendo que la noche cubriese lo que dejaban atrás.

—¿No es peligroso? —Grant se dio cuenta de que ya estaba hablando lenta y pesadamente otra vez.

—No, John —le contestó Joe—, no, si sabes lo que estás haciendo.

—¿Tú también lo has hecho?

—Claro que sí, unas cuantas veces. No es nada del otro mundo.

—Pues me gustaría intentarlo.

—¿Quieres probar esta noche? —preguntó y se inclinó hacia adelante—: ¡Oye, Dick! John dice que él también quiere probar con el cuchillo. ¿Qué te parece si le damos una oportunidad?

—Claro, ¿por qué no?

Tydon se había girado para mirarlo. Grant no podía verle la cara: su rostro quedaba sumido en la oscuridad, recortado a contraluz por el destello del reflector. Pero Grant se imaginó que esbozaba una sonrisa.

—Sí, ¿por qué no? —dijo también Tydon.

«¿Por qué no?», se repitió Grant mientras continuaban descendiendo a través de la noche.

La siguiente manada la avistaron junto al sendero. La oscuridad se encendió con el fuego de los rifles, y el penetrante humo de las detonaciones llenó el interior del coche. Los canguros caían muertos o se arrastraban cojeando. Uno de ellos, sin embargo, se alejó unos cuantos metros dando brincos y se detuvo entre los árboles, claramente visible desde el coche.

—Ése es para ti, John —le dijo Joe, pasándole su cuchillo.

Grant cogió el arma y salió del vehículo a través de la trampilla del techo, para evitar tener que forcejear con el perro. De un salto se plantó en el suelo y fue en busca del canguro, nítidamente iluminado por el foco en una postura que parecía que estuviese oteando en la oscuridad cercana.

Grant oía a los hombres profiriendo vítores. Se oyó el disparo de uno de los rifles, pero no supo adonde fue a parar la bala. Él se limitó a avanzar aplastando la maleza, tropezándose, a trompicones. Podía caerse y hacerse daño con el cuchillo, así que blandía el arma ante sí con el brazo extendido, como una bayoneta durante la carga. Pero se sintió ridículo y optó por girar la hoja hacia abajo.

El canguro no se movía.

Sólo cuando lo tuvo cerca se dio cuenta de que era un animal muy pequeño, de algo más de un metro de altura. Además, estaba malherido y se limitaba a mantenerse en pie, mirando hacia la oscuridad que se prolongaba por detrás de la luz del reflector. De no haber sido porque los hombres estaban pendientes en el coche, habría ido a buscar el rifle. Se paró entonces detrás del canguro, deseando que se moviese y le echó una mano al hombro. Era suave y tibio al tacto. El pecho del animal palpitaba. Debido a la proximidad le veía dos cabezas, tal como la otra noche había visto doble el rostro de Janette.

Grant tomó impulso y arremetió contra el animal con el cuchillo. La hoja le produjo un profundo corte en la espalda y la sangre comenzó a brotar, formando una línea oscura sobre el pelaje. Sin embargo, el canguro seguía inmóvil.

¡Santo Dios! ¿Qué hacía él allí, John Grant, profesor de escuela y hombre enamorado, despedazando a esa pequeña bestia mullida bajo la fría luz de las estrellas?

Se echó hacia adelante y guió el cuchillo hacia el pelaje blanco del pecho. El arma penetró con facilidad y abrió una hendidura profunda, pero el

canguro seguía con vida. La carne se cerró con fuerza alrededor de la hoja y Grant tuvo que forcejear para extraerla.

Sollozando volvió a blandir el puñal y lo clavó en el pecho y en la espalda del animal una y otra vez. Pero el marsupial aguantaba en su sitio, mudo, sin protestar y sin morir tampoco.

Grant se echó hacia atrás un instante, se llevó la mano a los ojos y oyó los gritos de aliento provenientes del coche.

Nuevamente al ataque, rodeó al canguro por los hombros con el brazo izquierdo, tiró de su cabeza hacia atrás y comenzó a asestarle puñaladas en el cuello. La sangre salió despedida a presión y no tardó en manar tibia entre sus manos. Notaba la cabeza del animal cediendo más y más hacia atrás hasta que finalmente, con una gran convulsión, el canguro cayó muerto al suelo.

Grant lo cogió por la cola y lo arrastró hacia el coche.

Al llegar al lugar donde lo esperaba la pandilla corrió las persianas de su mente y simplemente continuó funcionando, volviendo a cobijarse bajo la manta de la borrachera.

Estar bebido resultaba reconfortante y agradable, no causaba dolor y le quitaba importancia al hecho de que los canguros muriesen a tiros entre horrorosos estertores y desapareciesen en plena noche, o que fueran pequeños animales que uno descuartizaba cuando aún seguían con vida.

Esa noche Grant mató a numerosos canguros e incluso intentó arrancarle las vísceras a uno sin asegurarse de que estuviese muerto. El animal acabó dando tumbos con las entrañas colgando desparramadas.

Todos se rieron a carcajadas y volvieron a reír al ver a Grant cubierto de sangre, bebiendo whisky y cerveza sin parar, mientras la cacería se hacía cada vez más salvaje.

Alguien soltó un disparo que atravesó el techo del coche y otro disparó a través del parabrisas, y todos se echaron de nuevo a reír.

Los gritos y las carcajadas, las botellas y las balas, el rugido del motor del coche y los golpes de las ruedas al impactar contra los arbustos: ésa era su contribución al sonido de la noche. La caja del maletero rebosaba de medios canguros cuarteados, y tras ellos quedaba un reguero de cadáveres mutilados, repartidos según la errática trayectoria del vehículo. Y en los recodos oscuros y en los cauces secos, aquellos canguros que tenían el cuerpo perforado por las balas esperaban la muerte sin emitir comentario.

Dios misericordioso, aunque el hombre era una criatura poderosa, un trago más podía hacerle sentir todavía mejor. Grant se había dejado caer pesadamente contra el perro. Ya no le importaba.

Poco después de que se acabase todo el licor, Dick dio la vuelta con el coche y, tras zigzaguear por un momento, regresó a la carretera. En realidad no se demoró mucho en volver a dar con el camino porque habían pasado buena parte de la noche dando vueltas en círculo.

El hotel de Yindee había previsto su regreso y continuaba abierto. Era raro que los hoteles cerraran en el Oeste.

Todos entraron a beber cerveza. Grant ni se enteró de quién pagaba pero tampoco le importó. Todo lo que le había ocurrido esa noche fue recreado a espasmos en su cabeza, pequeñas implosiones de acción imaginaria, una tras otra, a toda velocidad: primero los disparos, luego la matanza, el viaje en coche, las carreras, el alcohol; todo en imágenes brillantes, a todo color. Alguna vez había oído que no se podía pensar en color: pues se equivocaban. Llega un momento en que la mente se llena de colores, verde, naranja y fuego. Pero no, tampoco era eso: eso era el amanecer. Colores increíbles junto a la línea del horizonte.

El coche avanzaba. Ya estaban en otro hotel.

Aunque no conseguía ver mucho, todavía era consciente de la gente y las cosas a su alrededor. Todo estaba infinitamente lejos de él, en las inmediaciones de su cuerpo exterior. Él, en cambio, se había retirado a lo más profundo de su fuero interno, tan alejado de todo que un gran margen de oscuridad se interponía entre su ser y el mundo exterior.

Sí, allí estaba él, una lucecita brillando en su interior, su esencia; luego, la oscuridad de la carne, y encima, el caparazón de su rostro, y más arriba, su cabeza rematando.

Se encontraban en movimiento. En algún momento llegaban a alguna parte, y él se quedaba allí.

Todo cesaba por un rato.

Después, ¡Dios mío! La luz brillaba con intensidad y no era posible que aquello estuviese ocurriendo. Tydon. La luz volvía a apagarse y él también. Era terrible. No debía haber sucedido.

Todo cesaba de nuevo.

¡Dios mío! La luz brillaba con intensidad y no podía ser, pero una vez más volvía a ocurrir. Todo tenía que ser resultado de la borrachera, porque no podía, no le había sucedido a John Grant, profesor de escuela y algo más. Tydon era una criatura despreciable. Pero también lo era John Grant. ¡Dios mío, esa luz! En ese momento comenzaba a desvanecerse. Y desaparecía. Lo que acababa de ocurrir era algo terrible. Nunca tendría que haber ocurrido. No podía haber ocurrido. Y sin embargo ocurrió dos veces.

Después todo cesó por un buen rato.

Al despertar no sabía dónde se encontraba ni qué hora era: sólo sabía que si se movía el dolor recomenzaba. Durante un rato permaneció inmobilizado en medio de la calma que precede a las agonías de la resaca. Después sobrevino la tortura, se le echó encima sigilosamente, penetrando en profundidad hasta comenzar a hincharse.

Estaba fatal.

Los recuerdos forcejeaban en su interior, aunque él se empeñaba en suprimirlos deliberadamente. Pese a todo, volvían a regresar.

Levantó la cabeza lentamente. Estaba de nuevo en la cabaña de Tydon. No era una gran sorpresa. Comprobó también las manchas de sangre en sus brazos. La orgía de la noche pasada volvía a brotar en pequeñas apariciones espeluznantes. Pero todavía se sentía demasiado revuelto como para entregarse a los remordimientos.

Esa cosa desnuda y blanquecina que palpitaba, ¿no era su pecho? Levantó un poco más su cabeza. Estaba desnudo. Miró a un lado y vio su ropa hecha un bulto en el suelo. Tydon yacía dormido en otra cama de campaña, cubierto por una especie de sábana.

Grant dejó reposar la cabeza. ¡Tenía tantas cosas de qué arrepentirse y tan pocas fuerzas para hacerlo! Tal vez debería volver a dormirse. Pero se le había echado encima la árida claridad que martiriza a los borrachos, con todo un día por delante.

De pronto tuvo un flash: ¿qué habían sido esos espasmos de luz durante la noche? Una horrorosa sensación de asco lo invadió por completo. ¿Qué le había sucedido anoche? Sí, algo horrible le había pasado pero..., ¿qué había sido?

Al ordenar sus pensamientos y su memoria, se incorporó con un gesto rápido. El dolor se apoderó entonces de su mente hasta cegar lo. Mejor así: mientras le doliese tanto la cabeza no podría pensar. «Pero tienes que largarte. Sí, lárgate de aquí ahora mismo.»

Bajó los pies de la cama y se levantó. Tenía la sensación de que le hubiesen puesto pesos de plomo en los intestinos y también en los ojos y en las terminaciones nerviosas. ¡Dios mío! Qué dolor de cabeza.

Comenzó a vestirse lentamente sin que le importase despertar a Tydon. Su ropa estaba tesa por la sangre reseca y hedía. ¿Qué le había pasado a ese canguro que desapareció después de dispararle? En su interior penaban una

serie de momentos recordados a medias, capaces de despertar todo su miedo. Tenía los ojos anegados de lágrimas a causa de un terror oculto. Y esa maldita, odiosa, espantosa luz en medio de la noche. ¿Qué había sido todo eso? ¿Qué había ocurrido?

«Ve con cuidado, Grant, con mucho cuidado»: en realidad no quería recordar todo lo que había pasado.

Cuando se estaba atando los cordones de los zapatos, Tydon despertó.

—¿Te vas?

—Sí. —La afirmación parecía venir desde muy lejos.

—¿Adónde?

—A Sydney. —El pensamiento se formó en su mente según respondía a la pregunta.

—¿Cómo?

Su mandíbula parecía tener problemas y dejó la pregunta sin responder. Además, tampoco lo sabía.

Aunque en ese momento no estaba mirando a Tydon, sabía que sonreía.

—¿Quieres un trago antes de partir?

Grant sacudió su cabeza con lentitud.

—¿Algo de comer?

—No.

No veía bien y se demoró un momento en atarse los cordones.

Finalmente se puso de pie y buscó con la vista la puerta de salida de la cabaña.

—No te olvides de tu rifle —le recordó Tydon.

Grant se giró y lo miró, confundido. Pensó que Tydon tenía el aspecto de una rata desnutrida asomando sus bigotes por debajo de las sábanas. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué había hecho anoche?

—¿Qué rifle?

—El que te regalaron los chicos anoche. —Tydon hizo un gesto con la cabeza hacia el arma que había en el suelo no lejos de los pies de Grant.

Grant se agachó y recogió el rifle. Tydon continuó diciendo algo, pero él ya no entendía nada y no le prestó atención. Simplemente se dirigió hacia la puerta, cerró los ojos y abrió. Con dos pasos quedó expuesto a plena luz del día.

Por un instante permaneció sin moverse dejando que la puerta se cerrase tras de él. Mantuvo los ojos cerrados a la espera de que la primera oleada de calor fuera cediendo al ardor constante y abrasador que se mantendría hasta el crepúsculo. Pasado un rato, los abrió a medias y echó una mirada a su

alrededor hasta dar con la dirección de la ciudad. Se puso entonces a andar, con la cabeza gacha, titubeante, con el rifle en una mano y la mente vacía. Había unos ochocientos metros hasta alcanzar las primeras casas, y Grant tardó menos de lo que había supuesto en llegar hasta ellas. Ni por un instante giró la cabeza para mirar hacia la cabaña de Tydon.

Caminando lentamente y con pesadez recorrió la calle flanqueada de casas, sin importarle que pudieran tomarlo por una presencia extraña. Soplaba una ligera brisa y el polvo proveniente de los montículos de sedimentos junto a las minas se arrastraba por las calles, dando origen a una especie de nube que avanzaba incesantemente a la altura de las rodillas.

El rostro de Grant estaba seco y tirante. Parecía que la gente no sudaba cuando estaba expuesta al sol de la región oeste: las gotas de sudor se secaban en cuanto brotaban de los poros.

El polvo cubría los labios de Grant. Su boca era un árido hueco en medio de su rostro. Hubo un instante en que casi llegó a pensar en Robyn, pero ella había dejado de existir: sólo quedaban el dolor, el calor, el polvo formando remolinos junto a sus pies y la necesidad de llegar a Sydney.

Se detuvo un instante, cambió el rifle de mano y tanteó los bolsillos de sus pantalones. Con torpeza fue sacando dinero: un arrugado billete de diez chelines, la moneda de dos chelines, la moneda de seis peniques y otra de uno. Empuñando el dinero, retomó la marcha.

Al bajar por la calle principal todos se volvían para mirarlo: inmundo, sin afeitar, con la ropa oscurecida por la sangre. Para él, sin embargo, la gente deambulaba en los márgenes de su conciencia. Avanzó en línea recta por la acera haciendo que los transeúntes se apartasen a su paso.

Pero hubo uno que no se apartó.

Grant casi se dio de narices contra la camisa del uniforme. Alzó los ojos y vio una cara bajo la visera de una gorra: era un policía.

—Mira, John, no puedes ir así por la calle, cargando un rifle.

El policía parecía conocerlo.

Fijó la mirada en ese rostro y... sí, también él conocía al policía. Era aquel agente que había encontrado durante su primera noche en Bundanyabba, hacía ya tanto tiempo.

Intentó decir algo pero sólo emitió una especie de graznido.

—A ver, déjame un momento, hijo.

Le quitó el rifle de las manos. El policía estaba haciendo algo con él. Un instante después volvió a ponerlo en manos de Grant convertido en dos piezas, la culata y el cañón.

—Aquí tienes. Ahora ya puedes seguir. Guárdate esto en el bolsillo.

El policía le entregó algo pequeño y duro. Grant se quedó mirándolo: era el pasador del rifle.

—¿Qué pasa contigo, John?

Grant hizo un esfuerzo por reponerse y logró pronunciar:

—He estado cazando.

Eso bastaba para aclararlo todo a los ojos del policía.

—Un poco de resaca, ¿eh?

Grant dejó caer la cabeza y luego volvió a levantarla. Seguramente el policía entendería que eso quería decir «sí». No era necesario que se pusiera a hablar, ¿no?

—Necesitas beber un poco para recuperarte. Vamos.

Ese ingenio oculto que Grant había descubierto dentro de sí volvió a surgir en el vacío que llenaba su mente y casi le hizo sonreír al oírse a sí mismo diciendo:

—Lo siento, amigo, pero estoy sin pasta.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó el policía, tal como Grant esperaba—. Venga, vamos allá.

No existe en Bundanyabba un lugar que no esté cerca de un bar. A Grant apenas le dio tiempo a guardarse el dinero en el bolsillo cuando ya estaba de nuevo apoyado en una barra, con el pie levantado automáticamente para apoyarse en el reposapiés.

El alivio que le proporcionaría la cerveza lo excitaba e intentó rescatar el nombre del policía del saco de su memoria. Tampoco es que importase mucho: con tratarlo de «amigo» bastaría.

—Joyce, ponme un par de jarras —pidió el policía—, mi amigo se encuentra un poco perjudicado.

—Pues sí que lo parece —confirmó Joyce, a quien Grant no podía ver porque era incapaz de levantar la vista de la barra.

El agente dijo algo que parecía invitar a una respuesta, pero Grant fue incapaz de captarlo.

—Lo siento, amigo —se excusó—, estoy un poco pasado. ¿Qué decías?

El policía se echó a reír.

—Supongo que habrás cazado mucho.

La cerveza llegó. Dentro de Grant surgió el enfrentamiento: la sed por un lado, la náusea por el otro. Pero se impuso la sed; la sed y la necesidad de tomar algo que le permitiese aguantar su cuerpo.

Los dedos le temblaban al coger el vaso de cerveza, frío y húmedo. Acercándose a la boca pudo respirar la sensación refrescante proveniente de la espuma blanca que lo coronaba. A continuación dejó que el líquido se deslizara por su maltrecho cuerpo; al principio, con rapidez para acabar con la náusea, y luego, lentamente para sentirlo acariciando su interior, repartiendo señales de frescor desde su estómago. Poco después, los síntomas habían desaparecido.

—¿Mejor? —preguntó el policía.

—Mejor —respondió Grant—. Gracias..., Jock.

—¿Te tomas otra?

—Eh... No quiero que... Yo...

—¡Ah! Déjate de tonterías. Ya me invitarás tú a unas cuantas la próxima vez que nos veamos. Dos más, Joyce, gracias.

Grant se sintió terriblemente débil mientras esperaba de pie la siguiente cerveza. Debía de haber pasado mucho tiempo desde la última vez que había comido, si bien no lograba recordar cuándo había sido. Tampoco estaba seguro de qué día de la semana era. Lunes, creía. No le importaba mucho la hora.

—Pensé que te ibas de Yabba el sábado.

—Eso era lo que iba a hacer. —Pero eso había tenido lugar en otro mundo, en otra vida.

—¿Y qué pasó?

—Eh..., me lié.

Aún no estaba preparado para hablar, ni para pensar, y si esa cerveza no llegaba pronto caería desplomado a los pies del policía. Un instante después la tenía enfrente y pudo beber con rapidez, sin pausa: no había ningún placer en ello, era simple y pura supervivencia.

El agente volvió a decirle algo, pero Grant no acabó de enterarse.

—Jock, si no hubiese sido por ti creo que estaría muerto. ¿Qué tal si completas tu misión de rescate con un cigarrillo?

Mientras se liaba un cigarrillo, Joyce apareció para preguntar: «¿Qué, chicos, dos más?» Grant ignoró a la camarera distraídamente, de modo que volvieron a aparecer dos jarras llenas. A fin de cuentas, el policía no tenía que pagar por la cerveza.

Mediada la tercera jarra, Grant consiguió fuego para encender su cigarrillo. Una voluta de humo le llenó la boca y la nariz antes de bajar a sus pulmones. Pese al ligero malestar que le causó al inicio, el metabolismo de un hombre puede equilibrarse a base de cerveza y tabaco, le guste o no.

La claridad se hizo en Grant, aunque ya sabía que no duraría ni una hora, a menos que se emborrachase. Y eso estaba descartado.

—Jock, ¿dónde podría ducharme?

—Bueno..., en tu hotel, supongo.

—No estoy en ningún hotel.

—Pues dondequiera que te estés quedando.

—No me estoy quedando en ninguna parte.

—¿Cómo? No entiendo.

—Mira, Jock, estoy metido en un lío. No tengo dinero y quiero irme a Sydney. Pero antes me gustaría darme una ducha y asearme un poco. ¿Crees que me podrías ayudar?

El policía se quedó mirándolo pensativo y a continuación exclamó:

—Sí, John, claro que puedo ayudarte. ¡Joyce! —Cuando la camarera estuvo cerca le preguntó—: ¿Mi amigo puede darse una ducha aquí arriba?

Joyce, dudosa, le echó una mirada a Grant por un instante pero como había sido el policía quien había preguntado acabó por ceder:

—Sí, claro. No creo que sea un problema. Mientras no provoque ningún desorden.

—No, de ninguna manera.

Grant apartó la vista de la camarera y divisó sus maletas apiladas contra la pared.

—¡Mis maletas! —exclamó.

Joyce y el policía le echaron una mirada al par de maletas, luego se miraron entre sí y, por último, posaron sus ojos en Grant.

—¿De verdad?

—Sí. Debí de olvidármelas aquí ayer... No, ayer no, el otro día.

—Han estado aquí desde el sábado.

¡Dios mío! ¿Qué día era?

—Justamente. Estuve aquí bebiendo con un hombre, un señor que se llama Tim. ¿No conoce usted a Tim?

La camarera miró al policía.

—No conozco a ningún Tim —respondió ella—. De todos modos, el sábado yo no tenía turno.

En ese momento intervino el policía.

—No importa, si John dice que son tuyas, es que lo son. ¿Qué tienen dentro, John?

—En una hay libros y en la otra, ropa.

El agente se acercó al par de maletas y manipuló el cierre de una de ellas. La maleta se abrió.

—Libros —confirmó el policía. Volvió a cerrarla y regresó a la barra—. No es que dudase de ti, John, por supuesto que no.

A Grant le daba lo mismo. Se acabó su cerveza.

—Muchísimas gracias, Jock. Me voy arriba a darme una ducha. Ahora vuelvo.

Cogió las maletas y el rifle desmontado y se encaminó hacia la puerta que parecía conducir a la zona residencial del hotel. Entonces se detuvo y volvió la vista atrás. El policía y la camarera lo estaban observando.

—¿Dónde están los baños?

—Saliendo por la puerta, hay que subir las escaleras y girar a la izquierda.

Joyce estaba evidentemente arrepentida de haberle dado permiso a Grant para usar el baño. Cuando éste hubo desaparecido por la puerta, la camarera se volvió hacia el policía con ánimo de indagar.

Ya en el baño, Grant se quitó la ropa y, asqueado ante el olor de su propio cuerpo, apartó la cabeza.

El grifo del agua caliente le proporcionó una tímida lluvia tibia bajo la cual comenzó a frotarse la piel usando el fragmento de jabón que encontró a un lado de la bañera. No era fácil hacer espuma con el agua que salía de las cañerías de Bundanyabba. Abrió entonces el grifo del agua fría y la temperatura apenas disminuyó. Por espacio de unos minutos, permaneció bajo el chorro con la esperanza de refrescarse.

Como no tenía toalla, tuvo que afeitarse desnudo ante el espejo, dejando escurrir las gotas de agua por su cuerpo. En tres ocasiones se cortó con la cuchilla de afeitar y, al ver brotar la sangre casi llegó a gritar, aunque no a causa del dolor, sino por lo miserable de su situación.

Se vistió con calzoncillos limpios, calcetines, camisa, pantalones y zapatos. Incluso se puso corbata. Con la ropa sucia hizo un montón que metió en una esquina de la maleta. El dinero se lo metió en el bolsillo de la camisa. A continuación se peinó ante el espejo y permaneció un momento observándose. Su aspecto estaba en orden, excepto por la cara hinchada de tono grisáceo y los labios temblorosos. Parecía que sus ojos estuviesen aguantando las lágrimas.

—Dios mío, Grant, vas por mal camino.

Cuando Grant regresó al bar con las maletas y su rifle, el policía ya no estaba. La camarera lo miró sin pronunciar palabra.

—Dígame, si cojo el camino principal hasta el final del todo, llego a la carretera del Este ¿no es así? —preguntó Grant.

—¿La carretera del Este?

—Sí, la carretera que lleva hacia el Este, hacia la costa. —Cada palabra le costaba trabajo.

Grant salió del hotel. El camino se había desdibujado por el viento rasante. Echó una mirada a esa vía abrasada por el sol y su resolución se evaporó. Volvió a meterse dentro del hotel.

—¿Hay algún autobús que vaya en esa dirección?

—¿En qué dirección?

—Hacia el Este.

—El 416 va por ahí —hablaba como si eso fuese algo que cualquier tonto sabía.

—¿Y dónde lo cojo?

—En la parada.

Dios mío, ¡qué mujer más odiosa!

—Claro, pero ¿dónde está la parada?

—Pues ahí fuera, nada más salir.

¿Tenía que hablarle como si fuera un completo idiota o qué? Sin embargo, lo era, ¿no era cierto?

—Muchas gracias. ¿Puede darme seis cajetillas de cerillas, por favor?

—Eso le costará un chelín.

—De acuerdo.

Cuando se dio la vuelta para ir a buscar las cerillas, Grant creyó oírla murmurar «creía que no tenía dinero».

Antes de pasarle las cerillas, mantuvo el brazo estirado para recibir el dinero.

—Y una botella de cerveza, por favor.

La cerveza le costó tres chelines con seis peniques. Ya sólo le quedaban ocho peniques y medio.

En una tienda cercana al hotel compró un pastel de carne por un chelín y, envuelto en una bolsa de papel marrón, lo metió en la maleta junto con su ropa, la cerveza y las cerillas.

Aunque todavía se sentía frágil y pesaroso, el cambio de vestimenta había servido para dejar atrás parte de la sensación de degradación. Por lo demás, prefirió no hacer un esfuerzo especial por hurgar en lo que le había ocurrido durante los últimos días.

El autobús lo llevó hasta las afueras de la ciudad por el costado oeste, cerca de la planta de tratamiento de aguas. La tarifa, uno con seis peniques. Pagó al conductor, se bajó del vehículo, junto a la carretera, y se dio cuenta de que el fulgor del sol ya casi había desaparecido: el crepúsculo se aproximaba. Eso significaba que debían de ser cerca de las siete. Pero ¿qué había hecho con su reloj?

Se instaló a esperar a la vera del camino, mientras el autobús daba la vuelta un poco más allá y regresaba hacia la ciudad. Intentó recordar cuáles habían sido sus intenciones hacía un momento. En el hotel le había parecido todo muy claro, pero ahora...

La planta de tratamiento de aguas era el único edificio en las inmediaciones y no se veía a nadie por allí. Por algún motivo habían cavado una zanja junto al camino, levantando una especie de terraplén inmediatamente al lado. Grant se subió en lo alto con las maletas y su rifle y se deslizó dentro de la zanja.

De una de las maletas extrajo una manta de viaje que alguien le había dado en alguna ocasión y que hasta entonces nunca había usado. La extendió en el suelo y se sentó.

A continuación sacó la botella de cerveza y se puso a observarla, pensando cómo iba a abrirla. ¿No había visto a alguien abriendo botellas con los dientes? Él no era capaz de hacerlo. Sacó su moneda de un penique e intentó hacer palanca en el tapón desde todos los ángulos. Le llevó bastante tiempo y en un par de ocasiones estuvo a punto de soltar un grito de frustración. Pero finalmente lo consiguió.

No tardó casi nada en beberse media cerveza, que ya se había puesto tibia, y luego desenvolvió el pastel de carne y le dio un bocado. Era un bollo de masa amarilla y seca y la carne era en realidad una pasta apelmazada de color marrón. Por más que masticase no conseguía tragar y finalmente acabó por escupir lo que tenía en la boca y envolver el resto del pastel en la bolsa de papel. Luego se bebió lo que quedaba de cerveza y se acostó.

Estaba bastante oscuro y las estrellas habían comenzado a despuntar en medio de un cielo de color violáceo, que se desplegaba como un enorme manto curvo sobre él para cuidar su intimidad.

No sabía si lograría quedarse dormido. Podía sentir todos los nervios de su cuerpo palpitando y encogiéndose, y cada cierto rato le sobrevinía un espasmo, como si le hubiesen dado un susto.

Qué extraño, pensó, que no sintiese particulares deseos de fumar. Los cigarrillos, esos cilindros blancos que te dejaban la boca podrida si fumabas

demasiados. En ese instante la notaba así. En cambio, la boca de Robyn tenía una forma perfecta. Y se ponía ese vestido blanco para jugar al tenis. Cuando él estaba al servicio, ella se colocaba con aplomo junto a la línea. Él lanzaba la bola al aire, echaba su raqueta atrás en un movimiento perfecto y soltaba un golpe que volaba rasante sobre la red; un punto incontestable que le permitía hacerse con el juego. Su oponente no había tenido tiempo ni de moverse. Un hombre grandote, de unos nueve metros de altura y hombros anchísimos, que sobresalía como una torre al otro lado de la red. Iba vestido con pantalones cortos y un polo beige. ¿Beige o amarillo? Los sueños nunca son en color.

Cayó profundamente dormido mientras las estrellas avanzaban por el cielo siguiendo su curso y los pequeños animales de la noche olisqueaban en las proximidades antes de salir huyendo, alarmados por su marcada respiración y sus súbitos movimientos de desasosiego.

Grant despertó al amanecer sintiéndose maravillosamente descansado. Hasta que se puso en movimiento. Entonces se percató de lo débil y tembloroso que se encontraba. De cualquier forma, se sentía mucho mejor que el día anterior.

Tenía tanta hambre que cuando desenvolvió el pastel de carne de la víspera no le pareció tan malo. Pero la masa amarilla estaba tan dura que resultaba complicado comer sin tener a mano algo de beber. La sed sí que era insufrible.

Al acabarse el pastel, recogió la manta y la puso en la maleta, y también consiguió meter dentro ambas partes del rifle. Recogió entonces la botella de cerveza vacía, buscó en los alrededores hasta dar con el tapón y se asomó al camino.

Debían de ser cerca de las cinco y media de la mañana, y el sol ya había comenzado a elevar la temperatura sobre la llanura, en anticipación a la ola de calor que se anunciaba para el día.

Grant dejó sus maletas junto a la zanja y se acercó con la botella a la planta de tratamiento de aguas. Parecía que no había nadie en las inmediaciones, así que rellenó la botella en un grifo, dio un trago largo, la volvió a rellenar y le ajustó el tapón.

El primer coche en aparecer fue un gran Buick negro, que pasó a su lado a toda velocidad cubriéndolo de polvo y dejándolo allí plantado como un tonto con la mano en alto.

Diez minutos más tarde apareció una camioneta, que se detuvo ante sus gestos que indicaban hacia el Este.

—Sólo voy hasta Yindee, amigo —explicó el conductor, un hombre delgado y fibroso de rostro muy moreno, con un cigarrillo mordisqueado adherido al labio inferior.

—Ya es una gran ayuda, muchas gracias.

—Entonces mete tus cosas en la parte de atrás.

Al subirse al vehículo Grant prefirió llevar consigo la botella de agua porque no se fiaba del tapón. Se sentó y la sostuvo entre las piernas. El vehículo retomó la marcha de un respingo y avanzó a saltos entre la neblina de polvo que aún flotaba sobre el camino tras el paso del Buick.

—¿Adónde te diriges, amigo? —le preguntó el conductor.

—Voy a Sydney.

El hombre permaneció un rato callado, con los ojos entornados para contrarrestar el blanco resplandor del camino.

—Tienes un largo camino por delante —dijo al fin—. ¿Y piensas hacer todo el viaje en autostop?

—Eso creo.

—Una vez que dejes atrás Yelonda el resto será más fácil. Bueno, supongo que lo lograrás. Siempre pasan uno o dos camiones por semana. Puede que tengas suerte y te lleven hasta la costa.

—Eso espero.

Entonces se quedaron en silencio, el conductor con sus pensamientos (sea lo que sea que piensan los pequeños granjeros), y Grant intentando no recordar la última vez que había hecho ese camino.

Uno o dos camiones por semana, había dicho. Y hoy, supuestamente, ya era martes. Sí, estaba casi seguro de que era martes, pero no se atrevía a preguntar.

El conductor escupió la renegrida colilla de su cigarrillo por la ventana y con admirable agilidad se lió otro, manteniendo el coche en mitad del camino. A continuación le pasó la petaca a Grant:

—¿Fumas?

—Muchas gracias.

Grant había estado tratando de olvidar ese ardor seco en la boca y en la garganta que experimentan los fumadores más viciados cuando pasan un buen rato sin tabaco.

Se lió un cigarrillo con generosidad y lo encendió. Aunque el humo le provocó algún mareo, inhaló hasta el fondo de sus pulmones y después lo dejó escapar lentamente.

El sudor corría libremente por su cara y tenía la ropa empapada. Se sentía mejor que antes de encontrarse con Tim Hynes por primera vez, excepto por los nervios. Su cuerpo no paraba de temblar y tenía que tomar grandes bocanadas de aire e intentar relajarse aunque no lo lograba. Pese a tener la cabeza bastante despejada, los pensamientos lo asaltaban con rapidez en pequeñas secuencias repetitivas.

¡Qué asco se daba a sí mismo!

—Lo mejor que puedes hacer —insistió el conductor— es darte una vuelta por los bares de Yelonda. Probablemente allí encuentres algún camión que te pueda llevar.

—Gracias, lo intentaré.

¡Por su alma, que no lo iba a intentar! Prefería esperar junto al camino, y si fuera necesario morir atropellado, antes que volver a entrar en un bar.

—¿Y cómo es que vas en autostop hasta Sydney?

—No tengo un duro —respondió Grant.

—Pero si el billete de tren sólo son unos cuantos pavos, amigo.

—Pues ni eso tengo.

Se produjo una pausa. La camioneta se zarandeaba al pasar por la tierra suelta sobre el camino. El sol se encontraba en lo alto y los tonos pasteles de esa mañana se habían secado: todo a su alrededor era un blanco resplandor.

—¿Y no tienes nada de dinero?

—Creo que me quedan cinco peniques —respondió Grant con humor.

Cuando por fin se había puesto en marcha hacia Sydney no veía como una tragedia tan grande el hecho de encontrarse sin dinero.

El conductor se quedó mirándolo por un espacio de tiempo suficiente como para que la camioneta estuviese a punto de salirse del camino.

—¿Y dónde comenzaste tu viaje?

—Acabo de salir de Yabba.

Otra pausa. El conductor miraba el camino concentrado.

—Pues vas a pasar un hambre perra antes de llegar a Sydney.

—No sé. Tengo un rifle y creo que podré cazar algo.

—Mmmh.

El conductor no volvió a decir nada más hasta que llegaron al hotel de Yindee. Sólo entonces volvió a abrir la boca:

—Te puedo acercar un kilómetro y medio más allá, pero vamos a echarnos un trago antes.

—No, gracias —respondió Grant cortante.

—Yo invito —insistió el conductor.

—No, gracias. Lo he dejado —explicó Grant.

—Como quieras. Yo me voy a beber algo —concluyó el conductor un tanto molesto antes de aparcar el vehículo a la salida del hotel.

Cuando Grant terminó de descargar su equipaje de la parte de atrás del vehículo, la molestia del conductor había desaparecido y volvió a insistir:

—Vamos, hombre, te invito a beber algo. Seguro que lo necesitas.

—De verdad, muchas gracias —replicó Grant—, pero lo he dejado. Muchas gracias por traerme hasta aquí.

Cogió entonces las maletas y se puso a caminar en dirección Este. El conductor se quedó mirándolo un momento como si estuviese loco.

—¡Al diablo contigo! —exclamó y se metió en el hotel en busca de un trago.

Achicharrado bajo el sol, Grant avanzó unos doscientos metros por el camino y se detuvo junto a un árbol del caucho seco que ofrecía algo parecido a una sombra. Sentado encima de una de las maletas echó una mirada al camino en dirección al Oeste. No había ni la menor señal de un remolino de polvo que pudiera indicar la presencia de algún vehículo, tan sólo flotaba la nube levantada por la camioneta que lo había llevado hasta allí y que ya comenzaba a disiparse suavemente sobre la llanura.

Destapó la botella y bebió un sorbo de agua tibia. Debía de ser cerca del mediodía. Nuevamente se preguntó dónde habría ido a parar su reloj.

A la derecha divisó una hilera de matorrales que indicaban el curso de un arroyo. No cabía duda de que estaba seco, pero quién sabía si podía pillar un conejo por ahí. El alimento era de absoluta necesidad aunque se arriesgase a perder el paso de algún potencial transporte mientras buscaba de comer.

Trasladó las maletas a unos cuantos metros del camino y sacó las partes del rifle. Por un momento se preguntó cómo funcionaba el mecanismo hasta que colocó el cañón en el riel de la culata y lo atornilló. A continuación insertó el pasador en la recámara, lo amortilló y pudo oír el chasquido al apretar el gatillo.

Los bolsillos de su chaqueta safari estaban llenos de cartuchos. Extrajo un puñado sin poder evitar estremecerse ante esa ropa endurecida por la sangre y puso una bala en la recámara, aunque sin amortillar el rifle.

El cauce seco estaba a menos de cien metros y hacia allí dirigió sus pasos, haciendo crujir los restos resecos de hierba que se repartían sobre la aridez del suelo. No era prudente exponerse así al sol: ojalá la Divina Providencia se encargase de enviarle pronto un conejo o algún tipo de presa. Casi al instante avistó uno al otro extremo del arroyo; el animal lo estaba mirando con las

orejas erguidas y la respiración acelerada. Grant echó la rodilla a tierra, amartilló el percutor del rifle y se lo acomodó al hombro. Con un ojo cerrado y el otro pestañeando por la intensidad de la luz, trató de apuntar al animal, que no terminaba de quedarse quieto, pero tenía problemas para controlar el temblor de sus propias manos.

Echó entonces el cuerpo a tierra y, a pesar de las ramas y malezas resacas que se le clavaban por todas partes, logro acomodarse para tener al conejo en el punto de mira. El animal se había erguido y permanecía inmóvil, moviendo las orejas.

Grant respiró hondo, aguantó el aliento y apretó el gatillo.

La detonación se oyó seca y se perdió al instante en esa llanura sin eco. El conejo salió despedido por el aire y cayó de espaldas.

Grant se puso de pie a toda velocidad, y una especie de niebla le subió desde el pecho a la cabeza, pero la sensación se detuvo y se desvaneció. Era mejor que permaneciera en la sombra, pensó, debía conseguir algún tipo de sombrero.

Tal como había supuesto, el lecho del arroyo estaba seco y era bastante bajo, así que lo cruzó sin problemas y fue a recoger su presa.

El animal estaba podrido por la mixomatosis.

Lo sujetó un momento en el aire, preguntándose si sería posible rescatar algo de ese cadáver, pero acabó arrojándolo con un gesto de asco. Podía sentir cómo su confianza se iba desvaneciendo mientras paseaba la vista por el cauce de ese arroyo seco de paredes de arcilla rojiza y fondo blanco por la arena acumulada. Pero ya que había llegado hasta allí, qué más le daba dar unos cuantos pasos más. Saltó pues dentro del cauce seco y siguió ese sendero de tierra trazado por el curso de las aguas acumuladas gracias a las lluvias que, una vez al año, caían durante una semana, si es que había suerte.

Sus pisadas no hacían ruido sobre la tierra suelta y al sortear el primer meandro dio con otro conejo. Estaba a casi veinte metros de distancia y, debido a la sorpresa, el animal permanecía estático.

Por mucho que le temblasen las manos, no podía errar ese tiro. Levantó el rifle y se lo apoyó contra el hombro, apuntó a la cabeza del conejo y apretó el gatillo. El percutor hizo su trabajo, pero no hubo detonación: se había olvidado de volver a cargar el arma.

Grant había cazado bastante a lo largo de su vida y no se movió. Al cabo de un rato comenzó a bajar lentamente el rifle, abrió el cargador, sacó el casquillo vacío e insertó un nuevo cartucho, amartilló el rifle y volvió a acomodárselo sin espantar al conejo. Y a continuación le voló la cabeza.

Como presa era bastante escuálida, pero al menos su cuerpo no mostraba signos de enfermedad. Grant cogió el animal muerto por las patas traseras y se encaminó de regreso a donde había dejado las maletas, buscando protegerse bajo la sombra del árbol.

Aún no había señales de ningún vehículo por el camino y la camioneta ya no estaba frente al hotel. Probablemente se había ido cuando él se encontraba en el cauce del arroyo y no la había oído.

Sacó entonces su navaja del interior de la maleta y la abrió. Sujetando el conejo contra el suelo realizó un corte alrededor del cuello y comenzó a arrancarle la piel como si fuese un guante. Otro corte y vació las entrañas en el suelo.

De inmediato se congregó una nube de moscas que forzó a Grant a desplazarse unos cuantos metros para rebanarle la cabeza al animal. Pero la inclemencia del sol lo obligó a volver bajo la escasa sombra que proporcionaba el árbol. Para mantener las moscas a raya echó unos cuantos puñados de tierra encima con la intención de sepultar la piel y las entrañas. La cabeza la arrojó lejos.

No tuvo mayor problema para encender un fuego con cortezas de árboles, hierbas secas y ramas caídas que desde hacía mucho habían perdido el más mínimo vestigio de humedad.

Una vez el fuego bajó de intensidad, dejó caer el conejo en medio. Sabía que no sería una comida placentera: en realidad, todo lo que quería era algo de comer que al menos tuviese el aspecto de haber sido cocinado. Cuando comenzó a chamuscarse, lo sacó del fuego y lo partió en dos. Una mitad la envolvió en una camisa vieja y la metió en la maleta. La otra se la llevó a la boca y, acuclillado a un costado de esa carretera vacía, se puso a masticar.

La carne aún estaba medio cruda, magra y fibrosa, pero tampoco habría servido de mucho macerar la presa durante un rato. Sin embargo, continuó mordisqueando el conejo sin dejar de lamentar no haberse acordado antes de aprovisionarse de sal. Seguro que no le habría costado nada. Tal vez en el próximo pueblo comprase un poco, porque estaba claro que aún tendría que continuar viviendo de esa manera durante algún tiempo.

¿Algún tiempo? ¿Cuánto significaba algún tiempo? Bueno, lo cierto era que nada sugería que no fuese a seguir así para siempre, excepto que, llegado cierto punto, se quedaría sin balas.

Puso especial esmero en chupar bien los huesos del conejo y luego se reclinó, con la espalda apoyada contra el tronco y la vista puesta en el camino que iba hacia Bundanyabba. La desesperación lo fue envolviendo como la

niebla a medida que el día avanzaba y los colores que les gusta usar a los aborígenes se extendieron por la planicie, a medida que el sol se hundía detrás del horizonte.

Así permaneció sentado en ese lugar, con ganas de fumarse un cigarrillo y tratando de mantener a raya la acuciante ansiedad de la histeria: procuraba con desesperación no pensar en el pasado ni en el futuro.

Cada cierto rato daba un traguito de agua caliente a la botella ya casi vacía. Pensó en volver al bar para rellenarla, pero temía también gastarse el dinero en cigarrillos si los veía a mano, o incluso en cerveza.

Había avanzado sesenta y cinco kilómetros en un día y aún le quedaban cientos por delante. De seguir a ese ritmo, le llevaría un mes llegar a Sydney. Un mes por la carretera con cinco o seis chelines en el bolsillo. Y puede que se demorase más.

Y cuando llegase a Sydney, ¿qué? Prefería no pensar aún en eso. Cualquier cosa que le ocurriese estando ya allí sería necesariamente mejor que estar en Bundanyabba.

Se formó de pronto una espiral de polvo en la penumbra violácea que antecedía al fulgor anaranjado de la puesta de sol, y Grant comenzó a desmontar el rifle. No podía pedir que lo llevaran agitando un rifle en la mano. Metió las dos piezas en la maleta junto con la botella vacía y se dispuso a esperar, imaginando que el coche, camión, camioneta, o lo que fuera, motivado por cualquier razón, podía coger un desvío de la ruta principal y desaparecer, dejando sólo una estela de polvo en la creciente oscuridad.

En cualquier caso, era casi seguro que acabaría parando en el hotel. Dudaba mucho de que hubiese algún conductor en un radio de ochocientos kilómetros a la redonda de Bundanyabba capaz de pasar con su vehículo junto a un bar sin detenerse.

Al poco pudo ver que se trataba de un camión, que daba brincos a toda velocidad por ese camino cuarteado. El hecho de que fuera un camión no quería decir nada. Muchos de los pequeños propietarios de tierras de la zona tenían camiones bastante grandes para transportar su producción a Bundanyabba, que en ocasiones también utilizaban como simple medio de transporte. Los únicos vehículos que sí debían cubrir grandes distancias eran probablemente aquellos que llevaban un remolque acoplado. De todos modos, otros ochenta kilómetros más no vendrían mal.

Desde el momento que vio aparecer el camión hasta que alcanzó la posada transcurrieron veinte minutos. Pero no se detuvo.

Grant comenzó a hacer señas cuando todavía estaba a unos cincuenta metros. El conductor bajó la velocidad y lo escudriñó con la mirada: incluso en el Oeste del país un hombre se lo piensa antes de recoger a un extraño en el camino cuando ya ha caído la noche. Pero Grant tenía buen aspecto, así que el conductor se detuvo. Se acercó entonces al camión y quedó con la cabeza a la altura de la ventanilla del conductor.

—¿Le importaría llevarme?

—¿Adónde vas, amigo? —preguntó el conductor, un hombre de cara redonda y sin afeitar de unos treinta y cinco años.

—Bueno, voy a Sydney —respondió Grant, disculpándose.

—Pues yo sólo llego hasta Yelonda, amigo.

—Eso ya sería de gran ayuda.

El conductor volvió a sumirse en sus cavilaciones sin despegar los ojos de Grant. Un instante después parecía haber llegado a una conclusión.

—Está bien, sube.

El conductor encendió las luces cuando volvieron a ponerse en marcha porque la oscuridad era casi total. El sonido del motor y la sensación del cuero agrietado del asiento recomfortaron a Grant tras las largas horas de espera pasadas a la sombra de aquel árbol sin oír otra cosa que el inexplicable susurro producido por las hierbas secas y el desapacible graznido ocasional de algún cuervo.

—¿De dónde vienes?

—De Yabba.

—¿Y hace mucho que comenzaste tu viaje?

—No, hoy mismo.

—¿Estás metido en algún lío?

—¿Perdón?

—Que si tienes problemas con la Policía.

—No. Para nada. ¿Qué le hace pensar eso?

—No sé, un tío de ciudad como tú, que va con maletas y vestido así. Bueno, salta a la vista que no estás viajando así por gusto. —Y con un tono de complicidad, añadió—: Los trenes y los aviones están vigilados, ¿no es así?

—Es probable, no lo sé. Pero le puedo asegurar que no estoy metido en ningún lío con la Policía.

—Bueno, eso es lo que dices. Y te creo. De todos modos, es asunto tuyo. No debería haberte preguntado. Perdona.

Grant sentía una inexplicable sensación de culpa.

—De verdad, sólo viajo a dedo hasta Sydney porque no tengo dinero.

—Vale. Todo bien. Si tú lo dices, así será.

Ambos permanecieron en silencio, Grant desconcertado, el conductor escéptico. «Tampoco tiene mucha importancia —pensó Grant—, en realidad resulta bastante gracioso.» Algún día todo eso sería parte de una historia sobre sus aventuras en la región oeste. Aunque tal vez no, tal vez mejor no contar la historia de sus aventuras en la región oeste. Se percató en ese momento de que hacía ya un rato habían cesado determinados destellos sobre los hechos de los días pasados. Entonces se dedicaba más bien a buscar, hurgar y remover, si bien sabía que había cosas que era mejor no recordar. Una nauseabunda sensación de miedo volvió a atraparlo: el ruido de ese canguro que había desaparecido. Era extraña su fijación con ese suceso. Probablemente lo ocurrido no era algo difícil de explicar, pero entonces, ¿qué habían sido esos destellos de luz esa noche y...? ¡No!, no debía volver atrás en sus recuerdos.

—¿Qué distancia hay hasta Yelonda?

—Unos sesenta y cinco kilómetros. En un par de horas estaremos ahí.

—¿Y cree que existe alguna posibilidad de que alguien me lleve hasta la costa desde allí?

—Bueno, diría que sí. Lo más seguro es ir por los bares. Allí podrás encontrar a alguien que cubra esa ruta.

Yelonda apareció difusamente como unas cuantas motas de luz sobre la llanura. Era una población que había florecido cuando los grandes barcos de vapor subían y bajaban por las aguas del río Harden, casi en mitad del continente. Pero hacía ya cuarenta años que los barcos habían dejado de navegar y treinta y nueve que Yelonda había muerto. ¿Hacía ya cuarenta años que los vapores habían dejado de navegar? Debía cerciorarse en caso de que alguno de sus alumnos le preguntase. Dios del cielo, ¡sus alumnos! Qué extraño cómo había olvidado ciertas cosas que luego reaparecían entre sus pensamientos con tal violencia que casi resultaba doloroso..., pero ¿volvería a ver a sus alumnos? En ese momento el camión llegaba a Yelonda y la cuestión más urgente era descubrir cómo continuar el viaje a Sydney.

La mitad de la población que circulaba por las calles escasamente iluminadas eran aborígenes o mestizos. El río Harden corría a las afueras de la ciudad, con sus aguas oscuras de escasa anchura, aunque profundas, al menos para los ríos de esa parte del país. Grant decidió acercarse a su orilla a la mañana siguiente para lavarse y afeitarse.

Mientras sacaba sus maletas de la parte de atrás del camión, el conductor esperó de pie junto a él. De pronto, pese a tratarse de una invitación, oyó lo

que parecía una orden:

—Venga, vamos a tomarnos un trago.

—No, gracias —respondió Grant—. Lo he dejado.

—¿Lo has dejado? ¿Quieres decir que no bebes?

—Bueno, de momento no.

—Eso ya lo veo. Pero lo que te quiero decir es precisamente eso: vamos a beber algo.

—Gracias, amigo —dijo Grant con toda paciencia—, pero he dejado de beber por un tiempo.

—De acuerdo, yo voy a... Pero ¿me vas a decir que no te tomas una cerveza con alguien que te ha traído ochenta malditos kilómetros?

Convencido de que la pobreza no era un impedimento para dejar la bebida en la región oeste, Grant no quiso continuar con la discusión. Simplemente se encogió de hombros con algo de vergüenza y respondió en voz baja:

—De veras que lo siento, amigo, pero por el momento he dejado la bebida.

—¡Vaya, pues por mí puedes irte a...! —exclamó el conductor en un tono de total desprecio, antes de darse la vuelta y perderse detrás de las puertas batientes del bar.

Curioso rasgo de la gente de por aquí, pensó Grant: puedes dormir con sus mujeres, aprovecharte de sus hijas, gorronearles, estafarlos, hacer casi cualquier cosa que en una sociedad normal te llevaría, cuando menos, a sufrir el ostracismo. Aquí, en cambio, casi ni se dan por enterados. Ahora, basta con que te niegues a beber con ellos para que pases de inmediato a convertirte en su enemigo mortal. ¿Cómo demonios era posible? Pero no tenía ganas de seguir pensando en la región ni en las peculiaridades de su gente. Que hicieran lo que quisieran. Una vez que él estuviese en Sydney, quién sabe, tal vez nunca regresaría a esa parte del mundo.

Se puso en marcha hacia el río con sus maletas. Pasaría la noche debajo del puente, se lavaría en el río temprano por la mañana y se acercaría a la carretera para ver si conseguía cazar alguna otra pieza. Después de eso esperaría para encontrar a alguien que lo llevara. Le bastó caminar cien metros con las maletas para terminar empapado en sudor, así que dejó el equipaje en el suelo un momento para descansar.

Tenía delante el cine de Yelonda, un edificio que emitía un auténtico resplandor en comparación con la tenue iluminación del resto de esa calle. La gente se arremolinaba a su alrededor o cruzaba la calle rápidamente para echar unos cuantos tragos durante el intermedio.

Un cartel pegado sobre un panel frontal del vestíbulo anunciaba una oscura película que Grant creía recordar como uno de los títulos producidos durante los años de la guerra.

Se quedó un momento observando el cuadro que ofrecía esa muchedumbre mientras pensaba cómo la imagen en celuloide de la cultura norteamericana había logrado penetrar tan lejos en esa desolada tierra. Era extraño que esos deslucidos y curtidos habitantes de la región oeste pudiesen sentirse fascinados por el concepto de guerra que tenían algunos directores norteamericanos, hasta el punto de pagar por salir de sus casas de madera e ir a sentarse en esas incómodas butacas durante horas, sudando a mares, ante una pantalla llena de rayas con héroes de pura apariencia.

En fin, que hicieran lo que quisieran, claro que sí. La gente de las ciudades también iba a ver películas de segunda, ¿y qué? Volvió a recoger las maletas y sufrió una repentina obsesión con la palabra «Sydney».

SYDNEY en letras mayúsculas.

Sacudió la cabeza y se dio cuenta de que estaba leyendo la palabra. Estaba escrita sobre la puerta de la cabina de un camión con remolque aparcado en la calle principal de Yelonda.

Aparecía escrita en la última línea de una columna impresa. Grant se apartó un poco.

J. CARRINGTON  
*Transportista*  
7 HOLDEN STREET  
WYTON  
SYDNEY

Era muy probable que un transportista de carretera llegase a la ciudad en menos de cuatro días. ¡Cuatro días! ¡Dios mío!, seguro que podía aguantar cuatro días sin comer y, en cualquier caso, con el dinero que tenía podía arreglárselas. Cuatro días, cinco como mucho. Grant se mordía el labio inferior sabiendo que su suerte dependía totalmente del conductor del camión. Pero ¿dónde estaba el conductor?

Echó una mirada alrededor. El hotel más cercano al vehículo era el que estaba frente al cine. Era razonable pensar que pudiera estar allí. Pero si no era así y Grant entraba a buscarlo, el conductor bien podía aparecer y largarse. Por otra parte, era posible que estuviese pasando la noche en el hotel y Grant

tendría que esperar varias horas junto a la carretera. Decidió, pues, intentarlo en el hotel. Podía vigilar el vehículo por si aparecía el conductor.

Tras dejar las maletas allí mismo, cruzó la calle corriendo para echar un vistazo en el hotel. Estaba repleto de gente que había ido al cine. Pero al cabo de un momento, cuando hubiese acabado el intermedio, no quedaría casi nadie.

De hecho, en cuanto empujó las puertas batientes para entrar en ese bar de ambiente ahumado y luces amarillas, oyó que tocaban la campana que marcaba el final del descanso: con grandes tragos los hombres se acabaron sus cervezas y enfilaron hacia la puerta. Al poco rato no quedaban más que veinte personas. Grant se dedicó a analizarlos uno por uno, tratando de decidir quién podía ser el transportista profesional.

De pie en una esquina desde la cual podía divisar el camión, se puso a observar a los bebedores. Un buen número de ellos le devolvió la mirada: los extraños no eran muy comunes en Yelonda.

A ojos de Grant, todos los hombres que se encontraban en el bar guardaban un cercano parecido: curtidos por el sol y de mirada vacía. Ninguno de ellos mostraba algo que pudiese indicar que se trataba de un transportista.

Se acercó a la barra, y cuando el camarero se aproximó hacia él, le preguntó:

—¿Sabe usted quién es el dueño del camión que está aparcado allí fuera?

El camarero, un hombre pequeño con chaleco que podía haber sido el dueño del bar, le dirigió una mirada directa a Grant. A continuación se enderezó y soltó la pregunta a todo pulmón:

—Este caballero quiere saber quién es el dueño del camión que está allí fuera —dicho lo cual, se reincorporó a sus labores de servir cerveza.

Todos en el bar volvieron la cabeza para mirar al «caballero». De pronto, un hombre de complexión robusta, de unos cincuenta años, dio un paso adelante desde la pared en la cual se encontraba apoyado bebiendo en solitario y se aproximó hacia Grant.

A medida que el hombre avanzaba hacia él, Grant sintió que sus esperanzas se iban desvaneciendo. Tenía ante sí un rostro burdo y fofo rematado por dos pequeños ojos de expresión porcina. Se puso frente a Grant y le dirigió una mirada inquisitiva, pero no dijo nada.

—¿Es usted... Perdone, es usted el dueño del camión? —preguntó finalmente Grant, consciente de que todos en el bar estaban pendientes y atentos a la conversación.

—¿Qué pasa con el camión? —replicó el hombre con una voz que parecía salir desde la parte baja de su estómago, no desde la garganta.

—Nada... Es sólo que... yo quería saber... si podía llevarme..., ya sabe.

El hombre lo miró con expresión de no entender: tal vez estuviese pensando en algo pero no había nada que lo indicara. Hasta que preguntó:

—¿Y adónde vas?

—Hasta la ciudad, sí... Toda la ruta... Es lejos pero... bueno, intento... viajar hasta allí en autostop, sabe usted..., eh —Grant fue perdiendo fuelle miserablemente.

—¿Cuánto me vas a pagar?

Dios del cielo, ¿era posible que estuviese ante el único hombre en toda la región oeste que pedía dinero por llevarlo?

—Me temo que estoy sin blanca. Ésa es la razón por la que me veo obligado a pedir que me lleven.

Eso debió haber servido para rematar la situación. El hombre pensaría que, al no tener dinero, estaría obligado a alimentar al pasajero y parecía demasiado estúpido explicarle que pretendía cazar su comida por el camino... ¡a tiros!

Pero el hombre volvió a contestar:

—Un viaje así sale por unas dos libras.

—Puede ser —replicó Grant—, pero es verdad que estoy sin dinero, mire...

—Bueno, dejémoslo en una libra y damos el trato por cerrado.

—Lo siento mucho: sólo tengo seis peniques, pero le diré algo... Tengo un rifle... Si usted me lleva puede quedarse con él.

—¿Qué tipo de rifle?

Ojalá pudiera escupirle a la cara a ese hombre y marcharse.

—Un veintidós. Es bastante bueno... y tengo cerca de cien balas.

—¿Dónde lo tienes?

—En mi equipaje, al lado de su camión. Iré a buscarlo.

Dios maldiga a ese hombre con cara de cerdo, pensó Grant en su carrera hacia las maletas. La pérdida del rifle no era lo que le preocupaba, sino el hecho de tener que viajar con un animal así. De todos modos, hacer el trayecto de un tirón era el mejor trato posible. Envolvió las partes del rifle en un viejo chubasquero de plástico porque ya había llamado la atención en el bar lo suficiente.

Para cuando Grant regresó, el hombre estaba vaciando otro vaso. Sin emitir comentario, cogió el rifle y se puso a examinarlo. A continuación

espetó:

—¿Y la munición, qué?

Grant comenzó a sacar balas de sus bolsillos.

—Lo siento, no tengo caja.

El hombre las cogió y se las metió en los bolsillos. ¿Quería decir eso que habían alcanzado un acuerdo?

—Aquí no hay cien, ¿eh?

—Lo siento mucho. Pensé que había cien, pero son todas las que tengo.

—Bueno, está bien. Te llevaré. Pero tendrás que viajar en la parte de atrás.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Grant no lograba entender por qué debía viajar en la parte de atrás; seguramente el hombre querría venderle el asiento delantero a otra persona. En cualquier caso estaba agradecido, porque eso significaba que iba a poder dormir.

—Bueno, vamos a tomarnos un trago entonces —rugió el hombre, y Grant sintió que una mano helada le atenazaba el estómago. ¡Por los cuernos del diablo! ¿Es que ése era el único motivo de conversación en toda la región desde la Gran Cordillera Divisoria hasta la costa oeste? Por supuesto que sí. Eso ya lo sabía. Pero... ¡qué demonios! No se podía permitir discutir con ese hombre tal como había hecho con los dos anteriores.

—De acuerdo —respondió—, pero tendrá que ser el último trago de todo el viaje: un par de rondas bastarían para dejarme sin nada.

—Será la última del viaje; luego iremos directamente hasta allí.

«Directamente hasta allí.» Esas maravillosas palabras sirvieron de consuelo a Grant después de haber pagado tres chelines por dos vasos de cerveza: en Yelonda la cerveza era más cara que en Bundanyabba.

Su compañero de viaje no tardó en darle la espalda para entablar una triste conversación con el hombre que tenía al lado con quien parecía tener algún negocio entre manos.

Grant se tomó su cerveza sin placer alguno. El sabor le resultó nauseabundo y su estómago vacío montó en rebelión. Con todo, sirvió para suavizar su boca y garganta resacas. No debía olvidarse de rellenar su botella con agua.

«Directamente hasta allí»: eso significaba que era muy posible estar en Sydney antes del domingo.

Una vez acabadas las cervezas, el hombre pidió otras dos sin mirar a Grant y no hizo el menor gesto de pagarlas. Grant esperó hasta que se hizo

evidente que era él quien tenía que pagar. Y así lo hizo. Todo lo que le quedaba eran siete peniques.

Bebió a sorbos su cerveza, profundamente humillado, sabiendo que no le quedaba otra que aguantar cualquier tipo de trato por parte del cerdo de cara gorda con tal de no perder su medio de transporte hasta Sydney.

Tras beberse la cerveza el gordo hizo nuevas señas al camarero, pero Grant interrumpió nervioso:

—Me temo que no me queda pasta. ¿Le importa si espero en el camión?

El hombre se volvió para mirarlo con un rostro carente de toda expresión.

—¿Sin pasta? ¿Me estás diciendo que no tienes más dinero?

—Ya le dije que estoy sin blanca —replicó Grant, casi suplicante—. Lo siento mucho, pero es la verdad.

¿Es que era tan idiota que no entendía lo que le estaba diciendo?

El hombre se quedó mirándolo por un instante.

—En fin —acabó diciendo—. Bueno, espérame en el camión. Yo me voy a beber un par más.

—Gracias —contestó Grant desconsolado y se dispuso a marchar.

—Oye, si de verdad estás sin dinero no voy a aceptar esto —soltó el gordo, extendiéndole el rifle.

Grant lo miró estupefacto.

—Vamos, coge tu maldito rifle.

—Pero yo...

—¡Que lo cojas! —No había nada agradable en los gestos del hombre.

Grant cogió el arma.

—Gracias —dijo abatido.

—Vamos, te invito a una cerveza: yo pago.

—No, gracias. De verdad que prefiero esperar en el camión, si no le importa. Pero muchas gracias, en cualquier caso.

—Como quieras —fue su respuesta, y volvió a retomar la conversación con su colega.

Grant caminó de regreso al camión cegado y temblando de humillación. Si ya era malo tener que ir por ahí pidiendo, tener que aguantar además ese trato brutal y de displicente desprecio era demasiado. ¡Qué asco! Se sentó sobre una de sus maletas con el cuerpo tembloroso. Sin embargo, un momento después pensaba ¿qué más da? A fin de cuentas, era el único precio que debía pagar por su insensatez y no iba a durar para siempre.

Inspeccionó bajo la tela que cubría la parte de atrás del camión y se dio cuenta de que había espacio de sobra junto a un montón de cajones apilados.

Después de volver a guardar el rifle en una de las maletas, metió su equipaje arriba y subió. Con algunas de sus prendas de ropa vieja acomodó una almohada y se tumbó sobre la superficie de madera.

Ahí dentro hacía calor y el aire era asfixiante, pero a Grant ya le daba todo igual.

Un ligero dolor de estómago sirvió para recordarle que llevaba horas sin comer y se dispuso a zamparse la mitad del conejo que había guardado.

Un pestilente olor lo asaltó nada más abrir el bulto: en ese clima la carne no tardaba en ponerse mala. Además, el hecho de permanecer envuelta en una camisa dentro de una maleta no ayudaba mucho a detener el proceso de descomposición.

Intentó darle un par de bocados, pero era demasiado repulsivo y acabó arrojando el trozo de conejo por un costado de la lona que cubría el remolque.

¿Podía un hombre sobrevivir sin comer durante cuatro o cinco días? Más le valía intentar comprar media barra de pan con el dinero que le quedaba.

Llegado cierto momento le pareció que llevaba horas allí echado, escuchando los constantes ruidos producidos por los hombres que bebían en la media docena de bares repartidos por las inmediaciones. Con ellos se mezclaban las voces mecánicas y los disparos que salían de la sala de cine, los cascos de los caballos resonando por el camino, los acelerones y los frenazos de algún que otro coche o camión, las voces incorpóreas de las personas que pasaban caminando, fragmentos de conversaciones, palabras planas y sin contexto hasta que, finalmente, oyó la puerta de la cabina del camión que se abría y poco después se cerraba.

Una voz ligeramente arrastrada por los efectos del alcohol preguntó:

—¿Estás ahí?

—Sí, gracias —respondió Grant.

Y nada más.

A continuación el motor se encendió, oyó cómo entraba la primera marcha y dando un brinco se pusieron en camino.

Al comienzo avanzaban con suavidad, pero no tardó en encontrarse incómodo. Pasada una hora, la más mínima sacudida le repercutía en los huesos. Pero avanzaban, sí, avanzaban hacia el mar en dirección al Este, hacia Sydney, y quién sabía si hacia Robyn también. Aunque la verdad es que a esas alturas, Robyn era parte de un pensamiento pasajero que no estaba preparado para alimentar.

Tras probar numerosas posturas, Grant descubrió que la mejor manera de viajar era acostado de espaldas con las manos entrelazadas detrás de la

cabeza. No dejaba de preguntarse cuánto faltaba para que el conductor se detuviera a dormir. Había oído que los transportistas lograban a veces auténticas proezas de resistencia que les permitían cubrir vastas distancias sin necesidad de detenerse más que para dar una cabezada. Probablemente, ese hombre había salido de Bundanyabba esa misma tarde, así que bien podía viajar otros quinientos o seiscientos kilómetros antes de volver a detenerse. El camión con su remolque parecía avanzar con extremada rapidez para ser una máquina tan aparatosa.

Ahora que había resuelto satisfactoriamente el problema de cómo llegar a Sydney, era mejor pensar en lo que haría una vez allí.

Bueno, no todo estaba perdido, pensó. La empresa de transporte tenía su sede en Wyton, de modo que lo más probable era que el camión se dirigiese allí directamente. Podía dejar sus maletas en alguna parte y caminar hasta la casa de un amigo en Double Bay, quien no tendría inconveniente en prestarle una o dos libras. Luego iría a casa de su tío y le explicaría sus problemas; aunque no había necesidad de contarle todos los detalles. Su tío podía alojarlo y darle de comer por un tiempo, y tendría que conseguir algún trabajo. Tal vez todavía le aguardasen algunos momentos placenteros en sus vacaciones.

Pero se sentía tan profundamente asqueado... Habían sucedido demasiadas cosas y se sentía sucio: necesitaba liberarse de aquello que lo había atrapado desde que pisara Bundanyabba. Lo que quería era poder disfrutar de algo como la confesión que practicaban los católicos.

Bueno, ya pasaría. Finalmente había conseguido escapar de Bundanyabba e iba de camino a Sydney, y un baño, una buena noche de sueño y una comida decente bastarían para hacer las cosas mucho más sencillas.

Todo sería maravilloso si nunca se hubiese aventurado a ir a la sala de apuestas. O mejor dicho, si no hubiese vuelto por segunda vez. En esos mismos instantes podría estar con Robyn, paseando tal vez por algún lugar junto al mar, un lugar donde no hiciera calor.

El sueño se fue cerniendo sobre Grant mezclado con numerosas y temibles imágenes que lo llevaban a incorporarse, golpeándose la cabeza con los cajones. Pero paulatinamente fue cediendo a una especie de coma intermitente del cual emergía a ratos oprimido por una horrenda sensación de desesperación.

Finalmente, cayó en un sueño refulgente y luminoso que no guardaba relación con nada, pero en el que todo parecía limpio y soleado, un gran remanso de inocencia. A través de esa luz surgió una voz, muy lejana al comienzo, que se fue acercando más y más:

—Bueno, ya hemos llegado. ¿Qué tal ahí dentro? Ya estamos aquí.

Grant emergió confundido de las tinieblas. La apremiante necesidad de entender lo que decía esa voz chocaba con su incapacidad para orientarse. Luego, a medida que sus pensamientos comenzaron a ordenarse, un miedo desesperado se apoderó de él.

Con un gesto frenético echó a un lado la lona. El hombre estaba de pie frente a él. ¡Por Dios! Que se haga a un lado. ¿Dónde estaba?

Era una calle ancha.

Con farolas.

Y tiendas, muchas tiendas a ambos costados.

Grant se quedó congelado mirando y supo que iba a enloquecer.

Estaba en la calle principal de Bundanyabba.

En ese gran vacío que parecía haberlo envuelto, Grant oyó su propia voz diciendo con toda calma:

—Bueno, yo creía que usted iba a Sydney.

—¿Y eso?

Grant señaló la dirección en la puerta de la cabina del conductor.

—Allí es donde compré el camión, pero nunca se lo he borrado. Normalmente viajo entre 'Londa y Yabba.

—Pero usted dijo que iba a Sydney. ¿Por qué me dijo que iba a Sydney?

Ya ¿qué más daba?

—Yo nunca dije nada de Sydney —replicó el conductor al tiempo que se montaba en la cabina—, todo lo que dijiste es que querías ir a la ciudad. Pues bien, ésta es una ciudad, ¿o no, amigo?

La puerta de la cabina se cerró.

—Además —añadió el conductor tras encender el motor—, el viaje no te costó nada.

—Ésa no es la cuestión —dijo Grant con tranquilidad cuando el camión ya se ponía en movimiento para dejarlo allí de pie junto a sus maletas, en mitad de Bundanyabba.

Y allí permaneció, observando cómo desaparecía el camión tras doblar por la esquina, ligeramente sorprendido por el hecho de no sentir ni la menor indignación: en realidad se hallaba absolutamente desprovisto de cualquier sensación que no fuera una persistente impresión de vacío.

Ése era, después de todo, el final. A partir de ahí era probable que ya no hubiese nada que temer.

Sin saber adonde iba, Grant recogió sus maletas y se puso a caminar una vez más por esa calle. Los pensamientos se le venían encima como una

sucesión de circunstancias imposibles. No podía seguir caminando para siempre, pero tampoco había lugar alguno en el que detenerse. No podía quedarse en Bundanyabba sin dinero ni recursos y ya ni siquiera tenía munición para el rifle. La totalidad de la situación no era más que un cúmulo de desesperanza: no había nada que pudiera hacer.

Se limitó, pues, a caminar y caminar hasta que la fatiga lo obligó a detenerse. Se encontraba casi al final de la calle principal hacia el Este, frente a un parque.

Ese lugar le permitía apartarse de la calle, así que se adentró en él, caminando sobre la hierba seca hasta dar con un árbol. Dejó las maletas en el suelo, se sentó con la espalda apoyada contra el tronco del árbol y se puso a mirar las estrellas. Así permaneció durante un largo rato, con la cabeza echada hacia atrás, la vista puesta en los astros del cielo, meditando sobre su lejanía y maravillado ante el hecho de que esas luces siguiesen siendo parte inalterada de su mundo, un mundo que se hallaba hecho trizas.

Y sólo después de un largo rato, su mente volvió sobre las cosas que le habían ocurrido. Casi sonríe ante el inmenso absurdo de todo ello.

Pero lo más fantástico era que no había habido ninguna necesidad en todo lo que le había sucedido. Más bien parecía que él mismo se hubiese propuesto destruirse a propósito. Y una vez desencadenados los acontecimientos, una cosa había llevado a la otra.

Pero es que no tenía ninguna razón para haber hecho nada de lo que había hecho.

Sacudió la cabeza y volvió a dejarla caer hacia atrás contra la rugosa superficie del tronco, cerrando los ojos a las estrellas del cielo.

No tenía ninguna razón para haber hecho lo que había hecho. No tenía por qué haber jugado en el Two-up. Y después de haber ganado, nada lo había obligado a volver a la sala de apuestas. Tampoco tenía por qué haberse emborrachado con Tim Hynes: no había tenido el menor sentido. E incluso aunque estuviera borracho, había decidido por propia voluntad seducir a Janette Hynes, bueno, intentar seducirla.

De igual modo, tampoco había ninguna necesidad de ir de caza con los mineros, que no es que fuera algo inapropiado en sí. Pero no había ninguna razón para haberse emborrachado de nuevo y lanzarse a esa orgía de sangre. Y si no lo hubiese hecho no existiría el eco del horror que había seguido resonando en su interior.

Entonces resultaba extraño que ya no le importase acordarse de todo eso. Quizás porque ya no había nada importante; para él todo había acabado, no

podía hacer nada.

Sin embargo, sí había existido un momento en el que ya no había margen para decidir. Aquel asunto de los destellos de luz durante la noche y el arrebató que los había acompañado no tenía mucho que ver con una decisión suya, excepto, claro, que todo lo que había hecho previamente durante la velada lo había conducido hasta ese punto.

Una cosa había llevado a la otra. Nada de lo ocurrido había sido necesario, pero cada acontecimiento llevaba en sí la semilla que iba a dar origen al siguiente suceso.

La fortuna también había desempeñado su papel: su ridículo viaje con el camión difícilmente se podía considerar como algo que él había esperado. Aun así, todo eso no hubiese sucedido de no haberse arruinado antes por la bebida.

Casi en cada capítulo de su pequeña tragedia personal podía recordar un momento de decisión en el que podría haber hecho que las cosas tomaran otro cariz.

Pero ahí estaba, con siete peniques, un rifle sin munición y varias cajas de cerillas. Y además sintiéndose débil y enfermo, desesperado por albergar cualquier emoción capaz de penetrar esa nube de vacío e inexistencia en la que se hallaba ahora inmerso.

Todo lo que podía hacer era continuar allí sentado, esperando. Y, de no ocurrir nada, acabaría muriendo en ese lugar. ¿Y qué?

Se metió las manos en los bolsillos y se dejó deslizar hasta quedar prácticamente tumbado. De pronto su mano derecha dio con un pequeño objeto cilíndrico, duro y frío. Lo palpó con los dedos y supo que era una bala. Se le debía de haber quedado en el bolsillo al pasarle el resto de la munición al conductor del camión en aquel bar. La sacó del bolsillo y se puso a examinarla. Al menos tenía una bala.

Bajo la luz de las estrellas parecía una pequeña pieza de metal inofensiva, por más que sirviese para matar.

¿Por qué no matar a John Grant? Había gente que acababa con su vida. Otros lo habían hecho. Era una solución a los problemas inmediatos y servía para evitar cualquier otro problema que pudiera surgir en el futuro.

¿Por qué no?

Con la vista puesta en el cartucho, lo hizo girar entre sus dedos. Era minúsculo.

¿Por qué no?

Bueno, podía pensárselo un rato, sacar el rifle, cargarlo y darle otra vuelta a la idea.

La precisa operación de montar el arma le resultó tranquilizante en cierto modo. Insertó la bala en la recámara y cerró el pasador. Con el rifle cargado sobre las rodillas se puso a pensar. Por fin John Grant podría alejarse de Bundanyabba, de Tiboonda y de sí mismo; todo lo que tenía que hacer era apuntar a su cabeza y apretar el gatillo.

Giró entonces el arma y colocó la boca del cañón contra su frente. Estaba fría, fría y dura. Pero en esa posición no podía alcanzar el gatillo con comodidad. Entonces probó con el dedo. En lugar de apretar el gatillo, tendría que empujarlo. Muchos suicidas (la sola palabra provocaba escalofríos) se colocaban el cañón en la boca. Intentó ver si lo conseguía. El metal tenía ese sabor tan propio... En esa postura la bala le atravesaría el paladar, lo quemaría y le dejaría un boquete. Se sacó el cañón de la boca.

¿Y dispararse al corazón? Intentó apuntar el rifle hacia su cuerpo pero resultaba imposible alcanzar el gatillo. En cualquier caso, parecía mejor opción que tener que dispararse a la cabeza, un final más imperioso. Además, su cabeza no parecía tan vulnerable.

Ése había sido un pensamiento tonto.

Acunó el rifle entre sus brazos. Había quien decía que el suicidio era algo malo. Según los católicos significaba la condenación. Pero ¿qué querían decir con la palabra «condenación»? Él prefería a los panteístas: «Ahora forma parte de la magia a la que alguna vez contribuyó con su presencia.» ¿No era así como sucedían las cosas? En cualquier caso, él no había contribuido a nada con su presencia. Todo lo contrario.

Chesterton solía decir que el gran error del suicidio es que destruimos la totalidad de nuestro propio mundo. Pues bien, a él no le importaba destruir todo el mundo, ni en lo más mínimo.

¿También a Robyn?

Pero si Robyn no era más que un sueño, un sueño vestido de blanco. Acabase o no con su propia vida, Robyn seguiría viviendo en otro mundo.

¿Otro mundo? Se podía suponer que se estaba precipitando hacia otra vida. Pero no, las frías estrellas le aseguraban que no había otra vida.

El hecho era que tenía dos opciones: o se mataba o no lo hacía. Simplemente tenía que tomar la decisión.

Aunque había otro punto que decidir. Podía hacerlo o no, pero a partir de esa decisión se derivarían una serie de consecuencias. Ahora, si se suicidaba no habría consecuencias. No habría nada.

Probablemente no habría nada. Un montón de gente sostenía que había algo después de la muerte. ¿Qué pasaría si ese algo fuese desagradable para los suicidas? Pero como nunca había considerado que suicidarse estuviese mal, ¿cómo iba a sufrir entonces por ello?

No eran más que tonterías. ¿De dónde venía esa insinuación sobre el sufrimiento? El sufrimiento tenía lugar ahí y en ese momento. Si acababa con su vida estaría muerto y eso sería el fin de todo.

¿Y la pregunta en torno a la decisión? ¿Es ése el único acto que absuelve al hombre de todas las consecuencias y responsabilidades generadas por sus propias decisiones? Por supuesto que sí. Si acababa con su vida estaría muerto y eso sería el fin de todo.

Echó atrás el cerrojo hasta oír el doble chasquido que indicaba que el arma había sido amartillada. Sólo necesitaba ejercer una ligera presión con el dedo y John Grant, con todos sus problemas, habría desaparecido.

Era extraño que se mostrase tan reacio a matarse. En realidad no era una mala idea. Nada de dolor, sólo olvido para siempre, pensaba. No era descabellado acabar con la propia vida por la simple curiosidad de ver qué sucedía después. Pero si además se trataba de acabar con la propia vida para resolver un problema, resultaba todavía más comprensible.

No paraba de darse argumentos para justificar su suicidio. Aunque tampoco le hacía ningún daño dedicarse a pensarlo por un rato.

Pero ¿para qué? ¡Al carajo con todo! No había nada más que hacer: el mañana no ofrecía ninguna esperanza. ¿No era el problema lo suficientemente grave como para justificar todo eso? Tener que seguir ahí, día tras día, durante otras cinco semanas, en medio del calor de Bundanyabba, sin dinero ni comida, sin un lugar al que ir. Y luego otro año más en Tiboonda... Sí, era grave. Aparte de eso, el John Grant de antaño era en ese momento una criatura sucia y miserable.

Colocó la boca del cañón contra su cabeza, sostuvo el arma con las dos manos y apoyó la culata en el suelo. Estaba asqueado de sí mismo a muerte: quería deshacerse de John Grant.

¿Y por qué no?

¡Al diablo con él! Si le parecía bien podía suicidarse.

Por supuesto que le parecía bien. Sus manos apretaron el cañón. ¡Acaba ya de una vez! ¡Hazlo! ¡Toma la decisión! ¡Dale al maldito gatillo!

Pero antes, un último momento para desear que todo hubiese sido distinto, que él hubiera sido algo más parecido al hombre que alguna vez creyó ser. Y un instante más para pensar en Robyn y en el mar.

El vacío se evaporó y el dolor lo invadió por completo. Sintió las lágrimas que le ardían en los ojos y rodaban por sus mejillas y ya no supo si quería hacerlo o no, pero ¡oh, Dios santo!, la vida era un desastre así que, sollozando, alcanzó el gatillo y presionó.

**EL IMPACTO FUE ATROZ**

... y luego nada.

En mitad de la noche, bajo las estrellas, el tren corría balanceándose a lo largo de la única vía que se extendía sobre la llanura. Atrás iba dejando esos cuadrados de luz amarilla que eran las ventanas de las casas. El balanceo, las oscilaciones y el traqueteo de los vagones creaban un arrullador ritmo compuesto de sonido y movimientos que los hombres que cantaban no tardaron en incorporar a sus canciones.

Cantaban porque en el Oeste, cuando una canción se hace conocida, tarda mucho tiempo en ser olvidada:

*Hay un corazón hecho para ti,  
un corazón que necesita tu amor divino,  
un corazón que puede ser fuerte y sincero,  
con tan sólo decir que eres mía.  
Si nos separamos mi corazón se rompería,  
dime que eso nunca ocurrirá,  
oh, querida, hazme una promesa,  
que siempre mía serás.*

El suelo del tren estaba sucio con restos de papeles y comida. Cada cierto rato, una botella vacía salía expulsada por alguna ventana y seguía al tren por un instante, dando tumbos sin romperse hasta quedar inmóvil, tirada sobre el polvo de la llanura. Por alguna razón que nadie sabía, el maquinista hacía sonar el silbato de vapor y el melancólico silbido se extendía por esos páramos en penumbra, haciendo levantar la cabeza con curiosidad a canguros, ganado, zorros y dingos.

John Grant viajaba sentado junto a una ventana de espaldas a la dirección en que avanzaba el tren, escrutando la oscuridad de la noche. Fumaba. Cada cierto rato retiraba el cigarrillo de sus labios y se llevaba la mano a la frente para tantear la cicatriz aún fresca que sobresalía en medio de su cabellera rapada.

No podía dejar de mirar con deleite el cristal de la ventana. Últimamente había desarrollado un afecto especial por los pequeños objetos sencillos que formaban parte de la vida cotidiana. La madera, la pintura, los olores, el tacto de la ropa, el sabor de una comida, el placer de los cigarrillos y, por último, el cristal: ¡qué cosa más maravillosa el cristal!

... De hecho, lo primero que había visto al recuperar la conciencia había sido un cristal. Se trataba de una jeringa, una enorme jeringa de cristal en manos de una enfermera. Y él se hallaba en una especie de camilla, en una habitación blanca sin ventanas.

La enfermera lo había empujado hasta darle la vuelta y dejarlo con las nalgas expuestas: parecía que lo habían vestido con algo similar a un camisón de dormir que sólo le llegaba hasta la cintura, pero claro, se lo habían arremangado.

La mujer le clavó la aguja en la nalga y presionó el émbolo. Grant pudo ver cómo el pálido líquido pasaba de la jeringa a su cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Vaya! Ya está despierto —exclamó la enfermera, una mujer de unos treinta años sin ningún rasgo destacable.

—¿Qué es eso?

—Una solución para combatir la gangrena.

En ese momento Grant notó un gran dolor en la cabeza. En realidad, había estado ahí todo el tiempo, pero era tan abrumador que no lo había advertido. Era un dolor traumático.

Y además no estaba muerto.

Volvió a recostar la cabeza.

—¿Estoy muy mal?

—No podría decirlo —contestó ella—. Tendría que preguntárselo al doctor. Pero no tan mal, diría yo. Tiene una contusión, eso sí.

Grant se llevó la mano a la cabeza y se encontró un vendaje.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó la enfermera.

¿Era posible que no lo supiera? ¿Era posible que nadie supiera que él era en ese momento la más absurda de todas las criaturas: un suicida fallido?

—No estoy seguro —balbuceó Grant. Y eso pareció dejar satisfecha a la enfermera.

La chica empujó la camilla fuera de la habitación hacia un pasillo para entrar en un ascensor, salir a otro pasillo y acabar en una habitación más pequeña. Era un cuarto bastante sobrio en el que sólo había una cama y un pequeño armario de madera.

La enfermera le echó una sábana encima y le preguntó:

—¿Le gustaría comer algo?

—Sí, por favor. Y si fuera posible algo de beber... Y sabe, enfermera, me duele la cabeza de una forma espantosa.

—Bueno ¿qué esperaba?

La mujer salió cerrando la puerta tras de sí. Grant escuchó cómo corría el pestillo. Se sujetó la cabeza para contener el dolor y echó una mirada a su alrededor. Sólo había una pequeña ventana en lo alto de la pared que tenía a sus espaldas.

Bueno, después de todo sí sabían que se trataba de un intento de suicidio..., pero en ese momento, sentado en el tren, escuchando casi con cariño a los que cantaban, le parecía inconcebible que hubiese intentado volarse la tapa de los sesos. Claro que aquella noche bajo el árbol todo había sido diferente.

Con un gesto mudo, uno de los hombres que estaba sentado frente a él le ofreció un trago de una botella de whisky que casi había vaciado en la última media hora. Grant sacudió la cabeza y le dio las gracias. El hombre reaccionó con un mohín y terminó de beberse el whisky.

La camisa que llevaba el tipo parecía sacada del uniforme de un policía.

La última vez que había visto una camisa como ésa había sido en el hospital. El doctor acababa de verlo. Era un señor alto y bien vestido que llevaba una flor blanca en el ojal.

—¿Cómo se siente? —le había preguntado con una voz agradable y profunda.

—Algo mejor. Tengo un dolor de cabeza espantoso. ¿Es usted el doctor?

—Sí, soy parte del equipo médico.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Creo que usted lo sabe mejor que yo.

Grant vio que debía mostrarse avergonzado al respecto, aunque pareció no importarle.

—No, lo que quiero saber es dónde impactó la bala.

—En la parte superior de la frente. Alcanzó a astillar una parte del cráneo. Tiene usted una conmoción parcial, pero se pondrá bien.

—¿Han tenido que operarme?

—No, sólo fue necesaria una limpieza.

—¿Y cómo llegué hasta aquí?

—La Policía lo trajo.

—¿Cuánto tiempo más debo quedarme aquí?

—Bueno, depende. ¿Dónde vive usted?

—En Sydney.

—Me temo que no va a poder viajar hasta dentro de un mes, tal vez un poco más.

—Ya veo.

Bueno, no estaba tan mal. De hecho, eso venía a resolver más o menos su situación. Era bastante gracioso: esa bala no había sido totalmente malgastada.

—Hay un policía ahí fuera que desea verlo. ¿Se siente bien como para conversar un momento con él?

—Sí. Supongo que debería hacerlo.

—Pero no es necesario que sea ahora. Si lo desea, puedo decirle al agente que vuelva otro día.

El doctor era un hombre realmente amable.

—Muchas gracias, pero no es necesario. Es mejor que resuelva ahora esta situación.

—Bueno, yo no me preocuparía demasiado. En Bundanyabba suelen ser bastante tolerantes con este tipo de cosas. Le diré que pase.

Grant sabía que el policía sería Crawford. Y efectivamente, lo era.

—Hola, John —saludó con un gesto bastante ridículo.

—¿Qué tal? —correspondió Grant y permaneció a la espera.

—No quiero molestarte mucho rato, John, pero como comprenderás, hay algunas formalidades que debemos seguir cuando alguien es ingresado en un hospital con una herida de bala.

—Sin duda —confirmó Grant—. No te preocupes, adelante, pregunta lo que quieras.

—Bueno —comenzó Crawford temblando casi de incomodidad—, se trata de lo siguiente: he pensado que, para no cansarte con todo esto, era mejor que yo mismo redactase un informe de lo que probablemente sucedió y que tú podrías echarle una firma, si te parece bien. ¿Cómo lo ves?

—Por mí, ningún problema.

¿Qué le ocurría a la gente condenada por intento de suicidio? ¿No los mandaban acaso a un manicomio?

Crawford sacó un folio de papel de su bolsillo y se lo pasó a Grant.

Haciendo un esfuerzo, lo sostuvo con una mano para leerlo:

«La herida de bala en mi cabeza fue el resultado de un accidente. Yo regresaba de un viaje de cacería y llevaba mi rifle del veintidós. Me detuve a descansar en un parque al lado de Randon Street y, creyendo que el arma estaba descargada, la dejé caer con la culata hacia el suelo. En ese momento soltó una descarga y es todo lo que recuerdo.»

Grant levantó la vista hacia Crawford y sonrió.

—Fue algo así lo que sucedió, ¿no es así, John? —preguntó Crawford sin dejar de mirar hacia el suelo.

—Claro, algo parecido. Gracias, amigo.

—¿Crees que podrías firmarlo, John?

Grant firmó el papel con el bolígrafo de Crawford.

—Gracias, John. No creo que sea necesario molestarte más al respecto. Bueno, ya nos veremos por ahí.

Crawford se perdió lo más rápido que pudo...

La temperatura dentro del vagón había ido en aumento según avanzaba el viaje y el sudor rodaba por las caras de los pasajeros, acumulándose en goterones temblorosos que caían al compás de los movimientos del tren.

Grant encendió otro cigarrillo, exhaló el humo por la ventana y vio cómo se desvanecía en el acto debido a la corriente de aire. El calor comenzaba a marearlo: durante su estancia en el hospital se había malacostumbrado. Lo cierto es que la hospitalización no había estado mal; tumbado en una cama de sábanas limpias en el frescor proporcionado por el aire acondicionado, con ese dolor de cabeza aséptico que servía para eliminar los pensamientos subjetivos. En realidad había sido bastante agradable, un período que recordaría como tranquilo, excepto por un día, cuando llevaba dos semanas internado.

No le permitían levantarse de la cama y su habitación siempre permanecía cerrada con llave. Suponía que lo hacían para evitar que intentase suicidarse de nuevo. Daba igual, estaba contento de continuar ahí tendido.

A la derecha de la cabecera estaba el botón de la campanilla eléctrica para llamar a la enfermera en caso de necesidad. Si tocaba una vez significaba que tenía que orinar, dos toques eran para la cuña, tres eran una llamada general para que viniese alguien cuando fuese posible y cuatro eran la llamada de emergencia.

Durante los primeros días en el hospital Grant lo pasaba bastante mal con los dos primeros tipos de llamadas, aunque acabó resignándose. Un día, cuando el apremio se hizo evidente, apretó dos veces el timbre. Las enfermeras no tardaban mucho en responder y sólo tuvieron que pasar un par de minutos hasta que oyó que alguien descorría el pestillo de la puerta. Entró una enfermera con el detestado recipiente convenientemente envuelto en un paño blanco.

Grant se incorporó y se acomodó en una posición adecuada, con la expresión de desentendido que solía adoptar en esas circunstancias. Entonces miró a la enfermera a la cara.

Era Janette Hynes.

Por un segundo su alma ahogó un alarido ante lo intolerable de la situación; la última humillación posible. Hasta que cayó en la cuenta de que ésa era justamente la forma en la que debía sentirse. A partir de ese momento, toda la situación le pareció soportable: al fin y al cabo era algo que sólo le estaba ocurriendo a John Grant.

Por otra parte, prefería sufrir una herida interna antes que verse obligado a usar la cuña en cuestión.

Janette lo saludó:

—Hola, había oído que estabas aquí.

—Así es —contestó Grant—, aquí estoy.

Ella permaneció junto a la cama sosteniendo el recipiente, probablemente tan avergonzada como él, aunque no lo demostraba, pensó Grant.

Si bien parecía que no había mucho que decir, alguien tenía que abrir la boca.

—Disculpas por haber llamado —se excusó Grant—, en realidad quería apretar tres veces. Sólo quería un poco más de agua si había alguien disponible.

Janette miró la jarra de agua junto a la cama. Grant también. Estaba casi llena.

—No hay problema. Es parte de mi trabajo de enfermera —dijo ella al fin, antes de retirarse.

Grant acabó por usar la cuña; no tenía más opción. Al rato Janette volvió a aparecer y se la llevó...

Por alguna razón la tristeza de la llanura en medio de la noche era mucho más perceptible desde el interior de un tren en movimiento, pensó Grant. Tal vez se debía a la gente que cantaba, ese dejo de melancolía que atravesaba hasta la más chillona de sus canciones formaba parte de eso, algo que nacía de

la propia tristeza de la llanura. Todos sus recuerdos de Bundanyabba y de la gente que allí había conocido estaban teñidos de esa quejumbrosa miseria acallada.

Todas eran personas tristes: Crawford el policía, la gente de la sala Two-up, Tim Hynes y su hija, Tydon y los mineros, todos los conductores que lo habían llevado. Incluso la asistente social del hospital le había dado esa impresión de tristeza; no sabía por qué...

Antes de salir le habían devuelto sus maletas y lo habían conducido al despacho de la asistente social, donde le habían extendido un cheque por veinticuatro libras.

—No tendré forma de pagar esta suma hasta dentro de un tiempo —explicó Grant.

—No tiene importancia —contestó la asistente social de forma amistosa—. Cuando pueda.

—Gracias. Le pagaré dentro de dos meses.

—Es usted profesor de escuela, ¿no es así? —preguntó la asistente—. Tome asiento un momento, si le parece.

Grant se sentó.

—¿Un cigarrillo?

Eso sí que era un avance. Durante todo el tiempo que había pasado en el hospital no había tenido ni la más remota posibilidad de fumarse un cigarrillo y ya casi se había olvidado de ellos.

—Gracias.

La primera calada de humo le resultó deliciosa, aunque le provocó un mareo.

—Sé que es una pregunta muy tonta —recomenzó la asistente—, pero... ya se encuentra usted bien, ¿verdad?

—Sí, bastante bien, gracias.

—Quiero decir...

—Ah, ya veo.

Estaba claro que era parte del trabajo de la asistente velar por que Grant no desperdiciase todo el esfuerzo hecho por el hospital, para que al salir consiguiese finalmente volarse la cabeza.

—Puede estar tranquila; estoy bien. Es que me había quedado sin dinero y sentía lástima de mí mismo. Pero todo eso se ha acabado.

—¿Está usted seguro?

Grant reflexionó por un instante.

—Bastante seguro. Tan seguro como se puede estar sobre este tipo de cosas —dijo, y sonrió.

La asistente le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. ¿Y qué planes tiene ahora?

—No tengo ningún plan.

—¿Tiene algo de dinero?

—No.

¿Cuántas conversaciones similares con suicidas frustrados tenía que soportar la asistente?

—Pues tenemos un fondo especial destinado a casos como el suyo, ¿sabe? Yo le podría conseguir un préstamo de veinte libras.

—Seguramente debe de ser algo excepcional, ¿no?

—No crea. El Rotary Club se encarga de mantener este fondo. En realidad existe una importante necesidad que justifica su funcionamiento. ¿Cree usted que estaría interesado en hacer uso de él?

Grant se preguntó si todos los pacientes indigentes del hospital recibían una oferta similar o si era sólo para los suicidas fallidos.

—Sí, claro que me interesa, gracias.

La asistente le pasó el dinero y le hizo firmar un formulario en el que prometía devolver el dinero en un plazo de seis meses, a ser posible.

—Bueno, esto ya está arreglado —apostilló la mujer—. Ya puedo dejarlo marchar...

El tren, como ocurría con todos los trenes de la región oeste, se detuvo en mitad de la nada por razones que sólo el maquinista sabía. La interrupción repentina del movimiento y del nivel de ruido provocó un extraño efecto arrullador. Incluso los que cantaban se quedaron en silencio. La mirada de los pasajeros se dirigió hacia fuera, donde se extendía la noche silenciosa. Grant supo que era uno de aquellos momentos que siempre recordaría. De hecho, algo similar había tenido lugar a su salida del hospital, horas antes ese mismo día.

Dejar el aire acondicionado para volver otra vez al encuentro del calor era como comenzar a vivir de nuevo. Permaneció un momento en los escalones frente al hospital mientras asimilaba cuán irreal y alejada había sido su vida allí dentro. Durante su internamiento no tenía que hacer nada: le llevaban la comida, le hacían la cama, lo ayudaban a bañarse. Había entrado en una especie de trance parecido al que les sobreviene a aquellas personas que se encuentran alejadas de cualquier acción independiente de verdad, como los prisioneros encarcelados o en «ciertos casos» en las fuerzas armadas.

Pero las primeras oleadas de calor que subían desde el camino abrasador y descendían del deslumbrante resplandor del cielo sirvieron para que aquel trance se evaporase. Una vez más volvía a ser John Grant, responsable de sí mismo. Con todo, pensó, no era algo tan espantosamente importante como podría haber supuesto.

El tren había vuelto a ponerse en marcha y avanzaba a través de la noche con renovada intensidad, como si estuviera ansioso por recuperar el tiempo perdido durante su parada.

Se volvieron a entonar las canciones, pero el ánimo ya no era el mismo. Alguien se puso a tocar una armónica y, como si por primera vez admitieran la gran carga de desdicha que conllevaba la vida en el Oeste, cantaron:

*Prestad atención al aullido del dingo  
alerta y extraño. Es momento de partir  
porque anuncia la muerte de un ganadero  
desde la penumbra de los matorrales.*

Grant acomodó su cuerpo en el asiento y estiró su ropa empapada en sudor para despegarla de su piel. Se preguntaba cuánto tiempo más duraría esa sensación de satisfacción que le producía el poder saborear las distintas cosas, incluso los pequeños disgustos. No mucho más, se dijo, probablemente lo mismo que tardase en crecerle el pelo para acabar de cubrir la cicatriz de su cabeza, con lo cual dejaría de tener un constante recordatorio de lo cerca que había estado de no volver a sentir nada nunca más...

Ese mismo día, mientras esperaba en el bar el tren que debía pasar al cabo de una hora, se había mostrado muy preocupado por su cicatriz. Acodado en la barra, apoyaba la cabeza en su mano izquierda y podía notarla, mientras en la otra mano sostenía un vaso de cerveza. El parloteo de las voces formaba un envoltorio a su alrededor que lo hacía sentirse aislado, justamente lo que deseaba.

Estaba inmerso en paladear el sabor del tabaco, el tacto del vaso en su mano, la vulgar maravilla que le provocaba la solidez del suelo bajo sus pies.

«Nunca, nunca, volveré a emborracharme otra vez —se dijo en voz baja—, si no es en buena compañía.»

Miró a su alrededor, a los hombres que bebían y a la camarera sudorosa, en medio del ambiente ahumado del bar. Una vívida sensación de alegría se apoderó de él por el simple hecho de estar allí, vivo...

El tren volvió a detenerse, y Grant descendió en el apeadero junto a la vía que recibía el nombre de Tiboonda Station.

Fue el único pasajero en bajar y esperó sobre el andén a que el tren volviese a ponerse en movimiento. A medida que se alejaba, oyó las voces de los que cantaban según se iban desvaneciendo sin dejar de entonar el lamento del ganadero:

*Envolvedme con mi lazo y mi manta  
y enterradme en lo profundo  
donde los dingos y los cuervos no me molesten  
bajo la sombra en la que crecen los eucaliptos.*

Un instante después Grant estaba solo bajo las estrellas. El tren ya no era más que una línea silenciosa de cuadraditos amarillos cada vez más pequeños.

Allí permaneció durante un rato mirando hacia arriba, aturdido y maravillado por esa brillante placidez natural que transmitía el desenfrenado orden de las estrellas.

Entonces se dijo, casi en voz alta: ahora comienzo a ver con mayor claridad la ingenuidad que puede hacer que un hombre se convierta en una persona ruin o en otra grandiosa bajo idénticas circunstancias.

Y puedo ver con mayor claridad que, incluso escogiendo el camino de la maldad, los acontecimientos que desencadena una persona pueden, llegado cierto punto, tornarse en una forma de cordura de la que obtener ventajas, si así se desea.

«Pero lo que no consigo ver —sus ojos bajaron desde las estrellas hasta la oscuridad de la llanura para elevarse hacia lo alto otra vez—, lo que no consigo ver es por qué me está permitido seguir con vida y saber estas cosas...»

Recogió entonces sus maletas y se echó a andar hacia la mancha de luz donde sabía que Charlie, el tabernero, estaría esperando y su curiosidad pronto despertaría gracias a la cicatriz de su frente.

«... aunque supongo que algún día lo averiguaré.»

## Nota editorial

En 1963 el actor Dirk Bogarde adquirió los derechos para la adaptación cinematográfica de *Wake in Fright* (*Pánico al amanecer*), que en un principio iba a dirigir Joseph Losey, pero que finalmente llevó a la pantalla el director norteamericano Ted Kotcheff. La película fue estrenada en el Festival de Cine de Cannes en 1971, con gran éxito de crítica. Para su distribución internacional se cambió el título original por el de *Outback* y se modificaron algunas escenas. En 1972 los negativos originales de *Wake in Fright* se perdieron, y sólo se conservaban algunas copias en 16 y 35 milímetros de calidad insuficiente. En 2002, después de una larga investigación, el cineasta Anthony Buckley localizó una copia en Pittsburgh, Estados Unidos. Después de un proceso de restauración digital, la película fue exhibida en el Festival de Cine de Cannes en 2009, y obtuvo una mención especial en la sección de Clásicos.



KENNETH COOK (Lakemba, Nueva Gales del Sur, Australia, 1929-1987) fue un conocido periodista, guionista, presentador de televisión y escritor.

En su vida ejerció varias profesiones mientras recorría Australia, incluso hizo sus pinitos en política. Agudo lepidopterólogo aficionado, Cook creó la primera granja de mariposas de Australia y cofundó en 1966 el partido político *Liberal Reform Group*, que se oponía vehementemente a la guerra de Vietnam.

Es autor de diecinueve obras de ficción, algunas publicadas bajo seudónimo, de entre las que destacan el clásico de culto *Pánico al amanecer* —se sigue publicando tras más de cinco décadas después de su edición original— y la trilogía de relatos humorísticos formada por *El koala asesino*, *El lagarto astronauta* y *El canguro alcohólico*.

# Notas

[1] *Rubaiyat*, del poeta persa Omar Khayyam. (N. del T.) <<